

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE  
MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**COLEGIO DE GEOGRAFÍA**

**LA CRISIS ECOLÓGICA:  
DEBATES CONTEMPORÁNEOS Y ALTERNATIVAS  
DESDE LA TEORÍA CRÍTICA**

TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE  
**LICENCIADO EN GEOGRAFÍA**

PRESENTA

**BENJAMÍN CORTÉS PERALTA**

ASESOR

**DR. EFRAÍN LEÓN HERNÁNDEZ**

**COLEGIO DE GEOGRAFÍA**

CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO D.F., ABRIL 2015



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A María Concepción Peralta Terrazas, mi madre, porque éste y otros logros son homenajes a su existencia, que me llena de amor, alegría y orgullo.*

*A Benjamín Cortés Valadez, mi padre, quien me heredó el gusto por el conocimiento y la lectura, con mucho cariño y admiración.*

# Índice

	<b>Pág</b>
<b>Agradecimientos</b>	1
<b>Introducción</b>	3
<b>1. La crisis ecológica y las alternativas liberales hacia un <i>capitalismo verde</i></b>	8
1.1. Introducción	8
1.2. Balance de la crisis ecológica en la actualidad	11
1.2.1 <i>La atmósfera y el calentamiento global</i>	11
1.2.2 <i>Crisis del agua</i>	13
1.2.3 <i>Ecosistemas marinos</i>	15
1.2.4 <i>Suelos</i>	16
1.2.5 <i>Urbanización</i>	17
1.2.6 <i>La energía y el «pico del petróleo»</i>	18
1.3. El discurso liberal frente a la crisis: tecnologías alternativas y mercantificación de la naturaleza	21
1.3.1 <i>Preámbulo</i>	22

1.3.2. <i>Las causas de la crisis y la ideología liberal</i>	22
1.3.3. <i>El papel del Estado y de la sociedad civil en la gestión de la crisis</i>	26
1.3.4. <i>Las nuevas energías: la tecnocracia y sus límites</i>	28
1.3.5. <i>La solución del mercado</i>	30
1.4. Conclusión	31
<b>2. Mercado, capitalismo y enajenación: algunas ideas para pensar la crisis ecológica a partir de la Crítica de la Economía Política de Karl Marx</b>	<b>33</b>
2.1. Introducción	33
2.2. La escasez, la historia y el fundamento de la modernidad	36
2.2.1. <i>La ideología liberal y la escasez</i>	36
2.2.2. <i>En torno a la escasez y el materialismo histórico</i>	38
2.2.3. <i>La revolución técnica y la posibilidad de superación de la escasez</i>	41
2.2.4. <i>Acerca de la concreción histórico-geográfica de la modernidad</i>	43
2.3. La figura capitalista de la modernidad: mercado, explotación del trabajo y desarrollo técnico	45
2.3.1. <i>Propiedad privada y sociedad mercantil simple</i>	45
2.3.2. <i>La circulación capitalista y la explotación de la fuerza de trabajo</i>	47
2.3.3. <i>La subsunción real del proceso de reproducción social bajo el capital y el sentido destructivo del desarrollo técnico</i>	50
2.4. La fractura metabólica como expresión de la enajenación de la politicidad	55
2.4.1. <i>Crisis estructural, mercado y cosificación</i>	55
2.4.2. <i>La enajenación política, la nación y el Estado</i>	59

2.4.3. <i>La expresión material de la enajenación política: la fractura metabólica y la destructividad de la tecnología capitalista</i>	62
2.5. Conclusión	65
<b>3. La teoría del decrecimiento y la Ecología Social: aciertos y límites de los paradigmas actuales de la ecología radical</b>	<b>68</b>
3.1. Introducción	68
3.2. Serge Latouche y la teoría del decrecimiento: ¿un reformismo radical?	72
3.2.1. <i>Las dimensiones de la crisis y alternativas desde la teoría del decrecimiento</i>	73
3.2.2. <i>La sociedad de crecimiento y la dominación ideológica</i>	77
3.2.3. <i>Las ambigüedades del discurso del decrecimiento y sus peligros</i>	80
3.3. Murray Bookchin y la Ecología Social: libertad, descentralización y autonomía como salida a la crisis ecológica	82
3.3.1. <i>La Ecología Social: causas de la crisis y perspectivas de transformación</i>	83
3.3.2. <i>Sobre la escasez y el carácter natural de la evolución social en la Ecología Social</i>	89
3.3.3. <i>Dominación, ética y libertad: la transformación desde la Ecología Social</i>	92
3.4. Conclusión	95
<b>A modo de conclusión</b>	<b>98</b>
<b>Bibliografía citada</b>	<b>102</b>

*«De las costumbres más antiguas de los pueblos parece surgir hoy una advertencia dirigida a nosotros: que al recibir lo que la naturaleza nos ofrece tan generosamente evitemos el gesto de la codicia. Pues no podemos regalarle nada nuestro a la madre tierra. Por lo tanto, conviene que mostremos reverencia en el tomar, devolviéndole a la madre tierra una parte de lo que recibimos antes de apoderarnos de lo que nos corresponde [...] En cuanto la necesidad y la avidez hayan hecho degenerar la sociedad hasta que ya sólo pueda recibir de forma predatoria los regalos que le ofrece la naturaleza, hasta el punto de llegar a arrebatarse sus frutos antes que lleguen a la madurez para poder venderlos a buen precio, y hasta el punto de vaciar todos los platos para mejor saciarse, toda su tierra se empobrecerá, y el campo le dará malas cosechas.»*

W. Benjamin, *Calle de dirección única*

## Agradecimientos

„Ich bin. Aber ich habe mich noch nicht. Darum werden wir erst.“

Ernst Bloch

En primer término, quiero agradecer a la UNAM; todo lo aprendido —en especial en las aulas de las Facultades de Filosofía y Letras y Economía— lo debo al cotidiano esfuerzo del pueblo de México que hace posible la Universidad, a los compañeros y a los grandes profesores que tuve la fortuna de conocer, entre los que destacan Bolívar Echeverría y Andrés Barreda.

A mi asesor, el Dr. Efraín León Hernández, por su compromiso e interés, y por las valiosas enseñanzas y sugerencias tanto de forma como de contenido que me permitieron organizar mis ideas y concluir este trabajo; a los profesores Illie López Cisneros, Fabián González Luna, David Herrera Santana y Manuel Ortega Herrera, que conformaron un sínodo atento y amable que leyó y comentó puntualmente mi trabajo, provocando nuevas reflexiones y alentando la profundización de los temas tratados en él.

A mis padres, a quienes debo todo, pero también a mi querida abuelita Conchita y a mis tías Silvia y Catalina Peralta Terrazas, quienes han estado con nosotros en momentos difíciles, dándonos muestras de apoyo y cariño invaluable. A mi hermana Delia Estefanía, que con su sonrisa imborrable refresca y hace aún más agradable la convivencia en familia.

A Dorothea Hemmerling, mi maestra y gran amiga, quien tanto en las aulas como fuera de ellas me ha enseñado muchas cosas, entre otras, el significado profundo de la amistad y la confianza, y que me ha brindado a su vez la oportunidad de conocer más sobre el bello idioma alemán y la tarea del traductor en contextos que, no exentos de discusión y polémica, me han ayudado enormemente en mi formación. Por momentos ella parecía más preocupada que yo por la conclusión de mi trabajo; su aliento y sus consejos fueron determinantes para mí en todo este tiempo, *vielen herzlichen Dank!*



A Carla Vázquez Mendieta, con la alegría inmensa de quien descubre un tesoro, pues de forma rápida e inesperada se ha convertido en una amiga muy querida y entrañable, responsable de tantas risas y buenos ratos. Por su interés constante en la terminación de mi trabajo, así como por sus valiosos consejos y su amistad sincera, intentaré pagar con la misma moneda.

A Roberto de Anda, mi carnal de años, por todo lo vivido: días y noches, cervezas, odio y rabia contra el sistema compartidos que han cristalizado en una amistad como pocas, que siempre tengo presente; a Gabriel de Anda, de igual forma, con tantos buenos recuerdos a la distancia y con esperanzas de reencontrarnos pronto; al *tocayo* Joao Ordaz, personaje único y amigo que se hace extrañar a menudo; a la banda, Edna Lara, Pablo Álvarez y los demás; a Teresa Salgado y Christian Guevara, mis amigos viajeros que hoy andan lejos...

A Héctor Martínez, Cristina Olmedo y Manuel Espejo, compañeros y amigos de la licenciatura, muy agradecido por los buenos ratos; a Fernanda Córdova y Carolina Garmendia, pues aunque ya sea raro encontrarlas, extraño frecuentemente su plática y compañía.

## Introducción

Este trabajo es una aportación a los debates en torno a las causas de la crisis ecológica y sus posibles alternativas. A partir de la década de los setenta, los estudios consagrados a la cuestión ecológica han aumentado significativamente: desde aquellos provenientes de instituciones financiadas por las naciones más poderosas del mundo, hasta los que intentan comprender la crisis como un problema que más allá de restringirse a ser un obstáculo para el crecimiento económico, representa una *situación límite* en la que la reproducción del capital y su carácter destructivo niega las condiciones de vida de muchas especies en el planeta, son muestra de una orientación creciente y de una atención cada vez mayor hacia las problemáticas derivadas de la creciente devastación de los ecosistemas.

Aquí se reconoce a dicha crisis como elemento central de un proceso histórico más amplio y profundo que algunos autores han dado en llamar «crisis civilizatoria», caracterizado por el entrecruzamiento de múltiples factores —económicos, políticos, culturales— que ponen en entredicho los fundamentos del modo de vida moderno. Desde esta perspectiva, la crisis ecológica puede definirse sucintamente como la expresión histórica de los límites materiales del modo de producción capitalista, que al desplegar su dinámica contradictoria a lo largo y ancho del planeta, alcanza una medida insostenible para la continuación de su crecimiento sin socavar progresivamente las condiciones de vida sobre el mismo.

Por su propias características, la cuestión escapa a cualquier pretensión reduccionista y parcelaria que busque encasillarla como objeto de estudio de alguna disciplina particular, por lo que las investigaciones interdisciplinarias —y *transdisciplinarias*— que demandan un diálogo constante entre las ciencias existentes —e incluso su superación en tanto que disciplinas «independientes»— se han vuelto comunes en los últimos años.

Podría decirse que, para la geografía, la relación sociedad-naturaleza encabeza la lista de sus temas principales; si bien es cierto que históricamente se ha caracterizado por su proclividad al aislamiento y al provincialismo (Santos, 1990, p. 114 y ss.), encontramos ya entre sus autores «clásicos» esfuerzos orientados a pensar la relación entre «el Hombre y la

Tierra» —haciendo alusión al título de una de las obras monumentales de Élisée Reclus— desde perspectivas que trascienden el empirismo dominante entre los geógrafos, no sólo entre aquellos que contribuyeron a la consolidación de la geografía como disciplina universitaria, sino también entre muchos otros en la actualidad. La tradición anarquista en geografía, encabezada por el mencionado Reclus y por Piotr Kropotkin, es una muestra de la fecundidad de la reflexión científico-humanista que, eliminando las barreras aparentemente insuperables de cada parcela del conocimiento, busca hacer inteligible esta relación a través de su transformación racional y libertaria.

Tras un largo periodo de omisiones, son numerosas las contribuciones de geógrafos que buscan hoy en día dar cuenta de las problemáticas que se desprenden de la crisis ecológica; obras como la del recientemente fallecido Neil Smith o las participaciones de David Harvey en debates actuales a nivel internacional, son muestra de que la geografía abandona de manera creciente el aislacionismo y se convierte en un referente para el estudio de diversas problemáticas sociales en nuestro tiempo. Este trabajo toma como base estos aportes e intenta contribuir —tomando como punto de partida la reflexión de autores provenientes de distintos campos del saber— al esclarecimiento de cuestiones fundamentales para aquellos que consideran la cuestión ecológica como un tema de primer orden al momento de pensar la situación crítica actual.

El objetivo general de este trabajo es demostrar la pertinencia y actualidad de la teoría marxista para pensar la crisis ecológica, sometiendo sus premisas a discusión con otras propuestas teóricas que, desde una crítica al capitalismo y a la modernidad, rechazan por principio al marxismo como referente teórico. De este modo, se busca abrir nuevas vetas y ángulos de reflexión que contribuyan a profundizar la comprensión de dicha crisis.

Con base en la recuperación de algunos conceptos y temáticas claves de la *Crítica de la economía política* de Karl Marx y su desarrollo ulterior por parte de distintos autores entre los que destaca el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría, se problematizarán cuestiones frente a las cuales el pensamiento marxiano parecería, para muchos, más bien distante: el problema de la libertad del individuo a partir de conceptos como *escasez*, *cosificación* y *enajenación* —cuando una pléyade de autores atribuyen a Marx posiciones fatalistas y deterministas que negarían por principio dicha libertad—; la lógica

autodestructiva del modo de producción capitalista y el carácter anti-ecológico de su tecnología —ante aquellos que afirman que en Marx existe una teoría del equilibrio y únicamente loas hacia la tecnología del capital—; y, por último, el problema de la *politicidad* humana y su sometimiento bajo la lógica del *pseudo-sujeto* capital, que la debilita y la encamina hacia su identificación absoluta con los imperativos de la valorización del valor.

En discusión con estas interpretaciones, aquí se defenderá la vigencia general de la teoría marxiana desarrollada en el proyecto denominado *Crítica de la economía política*, para pensar de manera profunda los problemas que hoy colocan a la especie humana en una encrucijada de dimensiones inéditas y, a su vez, para la formulación de alternativas que puedan sortear tanto el pesimismo antimoderno como el progresismo acrítico presentes hoy en los debates sobre la crisis ecológica.

El primer capítulo de este trabajo inicia con una breve exposición de algunos aspectos que conforman dicha crisis; con el objetivo de delimitar históricamente el problema y demostrar su existencia empírica —a pesar de que las posturas negacionistas han perdido buena parte de su credibilidad inicial—, se expondrá la situación actual de la polución atmosférica, de la degradación de los suelos y de la contaminación y escasez del agua, así como las características de la llamada crisis de la energía y sus posibles consecuencias.

Con base en ello se analizarán las perspectivas que se desprenden desde un discurso liberal que identifica la continuidad del modo de reproducción capitalista como la única posibilidad de prolongación de la vida humana sobre la Tierra; al ser promotor de un conjunto de reformas políticas, económicas y técnicas que permitan ensanchar los límites naturales del planeta para la prosecución acrítica de un modo de vida basado en el crecimiento irracional, este discurso será sometido a un cuestionamiento, iniciando con las premisas que buscan explicar las causas de la crisis hasta llegar a las tentativas de transformación que tienen como base la creación de nuevas oportunidades de negocio mediante la *mercantificación* y privatización de la naturaleza, el desarrollo de tecnologías alternativas y la creación de nuevos mercados que satisfagan las necesidades creadas para un «consumo responsable».

En el segundo capítulo se plantearán algunas ideas cuyo propósito es contribuir a la explicación de la crisis ecológica a partir del pensamiento de Marx. Partiendo de obras como las de Michael Löwy, Daniel Bensaïd y John Bellamy Foster, quienes en años recientes se han ocupado en la construcción de lo que el primero denomina «ecosocialismo», se planteará la pertinencia del análisis marxiano del capital para la comprensión de su dinámica destructiva y fundamentalmente anti-ecológica.

Además, se pondrá de relieve la utilidad de conceptos tales como *escasez*, *enajenación* y *cosificación* para pensar no sólo la especificidad de la crisis ecológica en relación con lo que Bolívar Echeverría caracterizó como una situación de «crisis estructural», sino también para valorar críticamente las perspectivas políticas que se desarrollan para hacer frente a la misma. A partir de dichos conceptos y con base en el seguimiento de la teoría marxiana de la subsunción real del proceso de trabajo bajo el capital, se polemizará con aquellos autores que, desde una interpretación particular del pensamiento de Marx, argumentan la *ambigüedad* de la técnica capitalista y sugieren que más allá de imponer un límite absoluto a las condiciones de vida en el planeta, la crisis ecológica es por principio el escenario de un conflicto derivado únicamente de la contraposición de intereses políticos.

Para finalizar, el tercer capítulo tiene como propósito debatir con algunas corrientes que poseen cierta relevancia al interior del llamado movimiento ecologista. Consciente de la amplia diversidad existente en el seno del mismo, este trabajo se limita a discutir con aquellas perspectivas que coinciden en el reconocimiento de un urgente «cambio de paradigmas», y de la necesidad de una crítica profunda que cuestione los valores y las prácticas dominantes de la vida moderna capitalista.

A partir de lo expuesto en el segundo capítulo se cuestionarán, en primer lugar, algunos elementos clave de la llamada «teoría del decrecimiento» mediante la discusión con uno de sus principales defensores: Serge Latouche. Al gozar de una amplia difusión y aceptación al interior de los movimientos ecologistas surgidos de la sociedad civil, pero críticos del modo de vida consumista de la actualidad —e incluso de algunos partidos verdes, que han integrado la palabra *decrecimiento* en sus slogans—, resulta pertinente la pregunta acerca de la validez de sus planteamientos que, si bien parten del reconocimiento

de una necesidad de transformación profunda, se hunden en el romanticismo y en el relativismo cultural.

En segundo lugar, se llevará a cabo una discusión con el pensador anarquista Murray Bookchin, pionero en la reflexión crítica sobre la destrucción del medio ambiente influenciada por pensadores anarquistas clásicos como los geógrafos Elisée Reclus y Piotr Kropotkin. Fundador de la llamada «Ecología Social», Bookchin es reconocido unánimemente como precursor de la crítica a la tecnología capitalista y como teórico de nuevas formas de vida basadas en la descentralización antiautoritaria de las megaurbes anti-ecológicas que crecen por todos lados a pasos agigantados. Al rescatar a la libertad individual del menosprecio dogmático del marxismo mecanicista difundido desde la Unión Soviética, se verá que Bookchin cae, sin embargo, en la exaltación idealista del ser humano como ser auténticamente libre y capaz de ejercer, en cualquier momento, un razonamiento auténticamente humanista y comunitario.

Aunque distintos en sus métodos y conclusiones, ambos autores comparten una premisa fundamental, a saber: la *esencia humana* es discernible de la existencia cotidiana de los individuos, por lo que su liberación del yugo del capital —o de la llamada «sociedad de crecimiento»— depende de *volver consciente* dicha esencia y actuar conforme a ella. A partir de los conceptos marxianos mencionados con anterioridad, esta premisa, así como aspectos particulares tratados por cada autor —tales como su concepción de la *escasez*, de la *modernidad*, de la *libertad* y de la *política*— serán sometidos a un cuestionamiento, con miras al enriquecimiento de los debates y a la revaloración de algunas ideas que, desechadas *a priori* por el fracaso del llamado «socialismo real», cobran nuevamente actualidad, debido a que la crítica al capitalismo es hoy más necesaria que nunca.

# Capítulo 1

## La crisis ecológica y las alternativas liberales hacia un *capitalismo verde*

*«Fuente y recurso, la naturaleza nos obsesiona, como la infancia y la espontaneidad, a través del filtro de la memoria. ¿Quién no desea protegerla, salvarla? ¿Quién no anhela reencontrar la autenticidad del mundo? ¿Quién pretende destruirla? Nadie, y sin embargo todo parece conspirar en su perjuicio. El espacio de la naturaleza se aleja, un horizonte que queda atrás para los que vuelven su mirada. Incluso esquiva el pensamiento. ¿Qué es la naturaleza? ¿Cómo captarla antes de la intervención, antes de la presencia humana con sus útiles devastadores? Mito poderoso, la naturaleza torna en mera ficción, en utopía negativa: es considerada meramente como la materia prima sobre la que operan las fuerzas productivas de las diferentes sociedades para forjar su espacio. Resistente, sin duda, e infinita en su profundidad, la naturaleza ha sido sin embargo vencida y ahora espera su evacuación y destrucción...»*

Henri Lefebvre, *La producción del espacio*

### 1.1. Introducción

En la crisis mundial actual se entrecruzan diversos factores que la convierten en la crisis más grave que haya enfrentado la humanidad; no sólo porque es una crisis del capitalismo efectivamente globalizado tras la caída del bloque socialista, sino porque, además, el desarrollo capitalista choca esta vez con múltiples dificultades que no surgen directamente de los problemas característicos de la acumulación, por ejemplo: el patrón energético petrolero, que posibilitó la «edad de oro» del capitalismo de posguerra, está llegando a límites insostenibles, y el daño casi irreversible al ecosistema global pone actualmente en entredicho la supervivencia de nuestra especie, o al menos, de las condiciones mínimamente humanas de su reproducción social en un mediano plazo. La crisis, pues, tiene múltiples aristas (Echeverría, 2006) que sin embargo en una escala

jerárquica presentan distintos niveles de urgencia, no sólo para la reproducción del capital global, sino para garantizar las condiciones de vida de la especie humana sobre la Tierra.

La llamada «crisis ecológica», elemento fundamental de la crisis civilizatoria antes mencionada, no es, como suele afirmarse, el resultado de «malas decisiones individuales» ni de «descuidos» que puedan ser solucionados mediante reformas al modo en que se produce y se consume la riqueza, ni tampoco a través de tecnologías milagrosas que vengán al rescate de la civilización tal y como hoy se encuentra; por el contrario, es un resultado ineludible del modo de reproducción de la vida material de la sociedad moderna capitalista que en su delirio productivista arrasa con todo aquello que no pueda ser directamente integrado a la lógica de su funcionamiento.

Los altos niveles de polución atmosférica, la contaminación de ríos, lagos y suelos, la tala excesiva de bosques, así como la degradación física y moral de los trabajadores, caracterizaban ya al avance del modo de producción específicamente capitalista —basado en el desarrollo de la gran industria y la introducción masiva de máquinas en la producción y en la circulación— durante la segunda mitad del siglo XIX, no obstante, para el cálculo económico la destrucción de los ecosistemas se presentó, la gran mayoría de las veces, como «externalidades», como aspectos que quedaban fuera del mismo e incluso como un costo necesario del progreso.

El siglo XX, además de ser el siglo más violento en la historia de la humanidad (William Golding, cit. en Hobsbawm, 2001, p. 11), fue el periodo en que, como nunca antes, se produjo y se consumió más energía. Como afirma McNeill:

«Es probable que desde 1900 hayamos utilizado más energía que en toda la historia humana antes de esa fecha. Según mis cálculos, muy aproximados, el mundo consumió en el siglo XX 10 veces más energía que en los mil años anteriores a 1900 d.C. En los 100 siglos que van de los albores de la agricultura hasta 1900, la humanidad consumió sólo en torno a dos tercios de la energía gastada en el siglo XX.» (McNeill, 2003, p. 41).

Este impresionante despilfarro, además de pasar como «un triunfo de la especie humana, una liberación de la monotonía del esfuerzo muscular infinito y una apertura de nuevas posibilidades mucho más allá de lo que el músculo es capaz de lograr» (McNeill,



2003, p. 42), fue también la causa del sometimiento del planeta a las necesidades de una economía del desperdicio basada en la producción por la producción misma —o la *valorización del valor*— y en la incesante acumulación de capital a una escala cada vez mayor; en el agotamiento y la contaminación de una de las dos fuentes de la riqueza social — «la Naturaleza»— y en el sojuzgamiento vital y político de la otra —«el Hombre»—. No obstante la apertura de múltiples posibilidades técnicas y sociales para realizar progresivamente la liberación del trabajo y de la naturaleza con respecto a las ataduras de un modo de producción orientado a la obtención ilimitada de ganancias, el derrotero trazado por la historia del siglo XX derivó —mediante múltiples guerras y genocidios— en la profundización de una tendencia irreversible que hoy se enfrenta a límites infranqueables.

La crisis ecológica, reflejo del fracaso del modo de producción capitalista como mediador metabólico entre la sociedad y la naturaleza, se despliega en múltiples facetas que, aunque poseen diversos alcances geográficos, se encuentran articuladas y afectan directamente a todos los elementos que están en la base de la reproducción de las condiciones de vida de millones de seres humanos. Algunas de ellas, por tener un alcance inmediatamente global, obtuvieron desde hace algunas décadas un lugar en la agenda política internacional —al menos desde que, con motivo de la publicación del informe *Los límites del crecimiento* por parte del llamado Club de Roma en 1972, llamaron la atención de la comunidad científica y de la prensa—; otros, sin embargo, a pesar de formar parte de una crisis estructural que se expresa en todas las regiones del mundo, son atendidos únicamente a escala local por lo que se ha dado en llamar un «ecologismo de los pobres» (Martínez Alier , 2004), es decir, habitantes de diversas regiones organizados en torno a conflictos ambientales que ponen en riesgo las condiciones materiales de su vida misma, enfrentándose en la mayoría de los casos a los intereses del Estado en contubernio con el capital privado.

Este capítulo busca realizar una síntesis de las características principales de la crisis ecológica en la actualidad como trasfondo necesario para analizar los pilares argumentativos que el discurso dominante sobre la crisis —el discurso liberal— ofrece como explicación de la misma. Con base en dicha explicación, surgen necesariamente

propuestas en distintos planos —políticos, tecnológicos, sociales— que articulan una visión general de la crisis a partir de una identificación con sus postulados básicos; éstos se someterán a una crítica que tiene como fundamento un método particular: la *crítica de la economía política* y ciertos desarrollos posteriores de la misma, para así proponer nuevas herramientas teóricas a distintas corrientes científicas que en la actualidad debaten la naturaleza de la crisis y buscan impugnarla seriamente.

## **1.2. Balance de la crisis ecológica en la actualidad**

### *1.2.1. La atmósfera y el calentamiento global*

Si bien la contaminación de la atmósfera había sido denunciada ya desde la década de los sesenta por múltiples activistas —entre los que destacan Rachel Carson y su *Primavera silenciosa*—, es hasta fechas muy recientes que dicho problema —aunado al calentamiento global y a las amenazas del cambio climático— obtuvo un lugar relativamente importante en la agenda de los gobiernos más poderosos del mundo.

A pesar de haber tenido cierta cobertura mediática en la década anterior, las corrientes científicas y políticas «negacionistas» o «escépticas» con respecto al calentamiento global —que van desde científicos financiados por las grandes compañías petroleras hasta radicales de izquierda como el recientemente fallecido Alexander Cockburn— han perdido casi toda su credibilidad frente a los acontecimientos recientes; hoy en día se acepta oficialmente la existencia de un grave problema<sup>1</sup> con riesgos inéditos para la vida humana. En el conocido e influyente *Informe Stern*, un estudio detallado sobre los impactos humanos del cambio climático financiado por el gobierno del Reino Unido, su autor, el economista Nicholas Stern, reconoce:

«Pero el cambio climático tiene una serie de características que, en su conjunto, lo distinguen de otras externalidades. Para empezar, es de carácter global, tanto por sus causas como por sus consecuencias; los efectos de este cambio de clima son persistentes y se desarrollan a largo

---

<sup>1</sup> Cf. Li, Minqi, «El cambio climático, los límites al crecimiento y la necesidad del socialismo», en *Monthly Review. Selecciones en Castellano*, n° 11, Editorial Icaria, 2011.

plazo; está rodeado de incertidumbres que impiden una cuantificación precisa de sus repercusiones económicas, y lleva asociado un grave riesgo de cambio irreversible a gran escala con efectos económicos no marginales.» (Stern, 2007, p. 19).

Las concentraciones actuales de dióxido de carbono (CO<sub>2</sub>) —uno de los tres gases de efecto invernadero más importantes en la atmósfera— alcanzan casi las 400 partes por millón (ppm), excediendo en más de 100 ppm a las concentraciones habituales en la época preindustrial (1750); el mundo es casi un grado centígrado más cálido que en dicha época y se encuentra a un grado de la temperatura media global más alta en el último millón de años (Li, p. 94). Cada diez años el mundo se calienta aproximadamente 0,2°C, y debido a la concentración actual de gases de efecto invernadero en la atmósfera —sin importar que las emisiones actualmente se redujeran a cero— se espera un mayor calentamiento a largo plazo de 0,6°C.

Diversas instituciones científicas prevén que de continuar el ritmo acelerado de emisiones hacia la atmósfera —incremento anual de 2 ppm—, las consecuencias catastróficas del incremento de 2 a 3°C en la temperatura global en un plazo no mayor a cincuenta años serían irreversibles; entre ellas destaca el aumento de la frecuencia de sequías e inundaciones que hoy comienza a dar sus primeras señales. La desintegración de los casquetes polares en el Ártico y el subsiguiente aumento en el nivel del mar, ocasionarían la desaparición de las condiciones de vida para miles de habitantes de zonas bajas (Brown, 2011, p. 100).

Además, la amenaza de sequías generalizadas y desertificación no sólo se extiende sobre África, sino también hacia el oeste de Estados Unidos, el sur de Europa, y Australia; la pérdida de glaciares afectaría sobre todo a Sudamérica y Asia, y entre el 15 y el 40% de las especies vegetales y animales se encontrarían al borde de la extinción.

Desde un punto de vista «realista» (Li, 2011, p. 99), el objetivo radica en estabilizar las emisiones en 500-550 ppm:

«Actualmente, sería muy difícil y costoso tratar de estabilizar la situación en 450 ppm CO<sub>2</sub>e<sup>2</sup>. Si nos demoramos, la oportunidad de estabilizarla en 500-550 ppm CO<sub>2</sub>e podría alejarse de nosotros definitivamente.» (Stern, 2007, p. 24).

Aún así, estas expectativas resultan igualmente difíciles de cumplir si se mantienen inalterados los cimientos que sostienen en la actualidad a la economía global. Con base en datos del Banco Mundial, el economista chino Minqi Li construyó teóricamente una serie de escenarios de reducción de emisiones y crecimiento económico mundial con una estabilización del CO<sub>2</sub>e en la atmósfera en 445 ppm —el objetivo inicial propuesto por el IPCC— en el periodo de 2010 a 2050. Los resultados son abrumadores: en todos los modelos sería necesario que la economía mundial decreciera de -0,7% a -3,4% para alcanzar la meta, lo cual resulta a todas luces imposible, pues la economía capitalista sólo puede sobrevivir mediante una acumulación de capital acelerada en cada ciclo o al menos manteniendo el mismo ritmo de acumulación que en el ciclo anterior; una economía capitalista decreciente es, pues, impensable.

De esta manera, todo intento de reducción considerable de las emisiones de gases de efecto invernadero a la atmósfera volvería casi imposible la realización de un crecimiento económico sostenido; la humanidad, por tanto, corre el riesgo señalado por Bellamy, Clark y York, según el cual «para mantener en marcha la rueda del molino de las ganancias y la producción, el mundo debe arriesgarse a sufrir un Apocalipsis medioambiental» (Bellamy, Clark y York, 2011, p. 35).

### 1.2.2. Crisis del agua

Aunque la situación de la atmósfera es quizá la cuestión que posee mayor cobertura mediática por su impacto inmediato a escala global y por las predicciones «apocalípticas» al respecto, otros muchos problemas se desprenden de la crisis ecológica global. Entre ellos, puede destacarse la crisis mundial del agua, que encuentra su explicación en el

---

<sup>2</sup> «El CO<sub>2</sub>e hace referencia a los seis gases de efecto invernadero de Kioto —dióxido de carbono [CO<sub>2</sub>], metano, óxido de nitrógeno, hidrofluorocarbonos, perfluorocarbonos, y hexafluoruro de sulfuro—, expresados todos ellos en su cantidad equivalente de CO<sub>2</sub>. Mientras que la concentración de CO<sub>2</sub> en la atmósfera es actualmente de 387 partes por millón [ppm], la de CO<sub>2</sub>e es de aproximadamente 430 ppm.» Bellamy, Clark y York, «Ecología: la hora de la verdad», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, op. cit., p. 32.

progresivo agotamiento de los acuíferos disponibles, en el despilfarro industrial y urbano de la misma y en los proyectos privatizadores que someten a su control la disponibilidad del agua, así como su distribución (Veraza, 2007a).

Tony Clarke y Maude Barlow, prominentes activistas en defensa del derecho al agua, sostienen que:

«Según datos de las Naciones Unidas, 31 países del mundo se enfrentan en este momento a problemas de suministro y escasez de agua. Más de 1.000 millones de personas carecen de agua limpia para beber y casi 3.000 millones no tienen acceso a los servicios sanitarios. Para el año 2025 el mundo tendrá 2.600 millones más habitantes que en la actualidad, pero, como mínimo, dos tercios de esas personas vivirán en condiciones de grave escasez de agua, y un tercio carecerá absolutamente de ella. La demanda de agua superará en 56 por ciento la disponibilidad de la misma.» (Balrow y Clark, cit. por Barreda, en Veraza, 2007, pp. 216-217).

Contrario a la opinión bastante difundida por los *mass media* según la cual el principal problema concerniente al agua dulce es su escasez progresiva —lo que sirve perfectamente para justificar proyectos privatizadores—, los temas que sobresalen, en primer término, son la desigual distribución del líquido y su gestión privatizadora (McNeill, 2003).

La contaminación del agua está relacionada directamente con la industrialización y la urbanización, así como con las necesidades de riego de una agricultura y una ganadería cada vez más mecanizadas. La industrialización requiere cada vez más agua, y los procesos de producción de los artículos más «necesarios» en la actualidad se caracterizan por el alto grado de dependencia de grandes cantidades del líquido. Por ejemplo, la producción de automóviles, que además de ser «la mayor fuente singular de contaminación atmosférica del mundo» (McNeill, 2003, p. 89), requiere de aproximadamente 400.000 litros de agua para producir un sólo vehículo (Barlow y Clarke, cit. en Barreda, 2007, p. 223). Otro ejemplo es el que resulta de la búsqueda de obtención de petróleo por vías no convencionales, el llamado *fracking*, que se posiciona como una alternativa ante el agotamiento ineluctable de los yacimientos de petróleo conocidos y la ausencia de nuevos descubrimientos de importancia. Este proceso utiliza enormes cantidades de agua y energía para la obtención de petróleo de arenas petrolíferas y pizarras bituminosas y produce casi

10 litros de residuos tóxicos líquidos por cada barril de petróleo que se extrae, los cuales tienen como su destinatario principal los ríos, lagos, aguas subterráneas y océanos.

Asimismo, la masiva construcción de presas y trasvases para la utilización del agua en procesos industriales o de generación de energía son una de las principales causas de contaminación hídrica y desecación de los mantos freáticos. El siglo XX experimentó el *boom* de la construcción de presas y trasvases<sup>3</sup>, ocasionando la contaminación de las principales corrientes fluviales del mundo —como el Indo y el Nilo—, e incluso la desecación del Mar de Aral —el cuarto mayor lago del mundo hasta la década de 1950— en la ex Unión Soviética, considerado como el mayor desastre del siglo XX debido a un plan de riego. A pesar de los riesgos ecológicos que conlleva la construcción de presas (Barreda, *op. cit.*, pp. 206-207), hoy en día continúa promoviéndose una enorme cantidad de proyectos industriales relacionados con el agua y su gestión industrial.

### 1.2.3. *Ecosistemas marinos*

Además de la contaminación de las aguas continentales, los ecosistemas marinos se encuentran al borde del colapso por la sobreexplotación pesquera y, junto a ello, debido a los derrames de hidrocarburos y al depósito de basuras promovido por los gobiernos nacionales y las empresas transnacionales (Naím, 2006). A comienzos de este siglo, la rápida merma de especies marinas llamó la atención de los científicos, y descubrieron que el 75 por ciento de las principales pesquerías están completamente explotadas, sobreexplotadas o agotadas (Brett y Clausen, 2011, p. 137).

Se cree que los ecosistemas marinos albergan una diversidad genética, de especies y de hábitats superior a la de cualquier otro sistema de la Tierra (Brett y Clausen, 2011, p.139), no obstante, ante el agotamiento de las especies más codiciadas en el mercado, las grandes compañías pesqueras han decidido iniciar su producción en niveles tróficos inferiores sin tomar en cuenta que existe una gran cantidad de interacción entre los

---

<sup>3</sup> «Durante la década de 1960 se construyó, por término medio, más de una gran presa (de 15 o más metros de altura) al día. El clímax histórico se alcanzó en 1968. Aunque el ritmo se redujo, la construcción de presas continuó, de modo que en la década de 1990, dos tercios, aproximadamente, de las corrientes del planeta pasaban por encima o a través de algún tipo de dique.» (McNeill, 2003, p. 201).

depredadores superiores con respecto a los de dichos niveles (Brett y Clausen, 2011, p. 141).

La invasión de dichos niveles en busca de mantener —o elevar— los niveles de producción podría, como puede inferirse, ocasionar una gran crisis en la cadena alimentaria de las especies marinas, y aumentar exponencialmente el riesgo de su desaparición. Aunado a lo anterior, la elevada demanda de energía por parte de la industria pesquera supone problemas adicionales.<sup>4</sup>

#### 1.2.4. *Suelos*

Los suelos han sido expuestos a elevados niveles de contaminación, en primer término, en la búsqueda por incrementar su capacidad productiva. La adición de fertilizantes y pesticidas, así como la promoción del monocultivo mediante semillas mejoradas —principalmente de trigo, arroz y maíz— ha ocasionado que la contaminación se extienda hoy en día prácticamente a lo largo del planeta: la degradación del suelo en cualquiera de sus formas afecta actualmente a un tercio de la superficie terrestre. La extensión degradada actualmente (en torno a dos millones de hectáreas, o el equivalente de la suma de Estados Unidos y Canadá) supone así mismo una cuarta parte de la superficie cultivada mundial. (McNeill, 2003, p. 78).

La llamada Revolución Verde, que consiste en la aplicación sistemática de las tecnologías agroindustriales antes mencionadas al campo después de la Segunda Guerra Mundial, ha promovido la dependencia de la producción de alimentos con respecto a los combustibles fósiles: «en la actualidad nuestra comida está hecha de petróleo como de luz solar» (McNeill, 2003, p. 54).

---

<sup>4</sup> «En el año 2000, para pescar 80 millones de toneladas de pescado fue necesario quemar casi 50.000 millones de litros de combustible y emitir unos 134 millones de toneladas de dióxido de carbono. Eso significa que la pesca global utilizó en forma de combustible 12,5 veces la cantidad de energía que proporcionó en forma de energía de proteína comestible.» Brett y Clausen, «La crisis de los océanos: capitalismo y degradación de los ecosistemas marinos», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, op. cit., p. 147.

Otro agente que ha ocasionado la grave contaminación de los suelos es la proliferación de las industrias química y metalúrgica, principalmente en Europa, el este de Norteamérica, la ex Unión Soviética y Japón, que al verter sus desechos tóxicos a la atmósfera y sobre los mantos freáticos necesariamente tuvieron a los suelos como su receptor final.

#### 1.2.5. *Urbanización*

La urbanización del planeta ocurrida durante el siglo XX —sobre todo en su segunda mitad— es considerada por Mike Davis como «un acontecimiento en la historia de la humanidad comparable a la Revolución Industrial o a la que se produjo en el Neolítico» (Davis, 2007, p. 13). El crecimiento de las ciudades intrínsecamente ligado a la industrialización del planeta ocasionó un cambio en la estructura demográfica a nivel mundial, no sólo a causa de las migraciones masivas del campo a la ciudad —lo que provocó que, hoy en día, la población urbana sea mayor a la rural a escala global—, sino también debido a que «las ciudades han absorbido cerca de los dos tercios de la explosión demográfica global producida desde 1950, y en la actualidad están creciendo a razón de un millón de nacimientos e inmigrantes a la semana» (Davis, 2007, pp. 13-14).

La relación moderna de la ciudad con el campo basada en el sometimiento de las funciones de este último a las necesidades de la vida urbana se ha visto transformada por la ciudad capitalista que, dominando sobre el campo, lo toma en cuenta sólo en la medida de sus propias necesidades (Echeverría, 2013, p. 76).

Mientras que la población urbana crece a pasos agigantados —sobre todo en el llamado «Tercer Mundo» y en los países de economías emergentes como China, India y Brasil—, se espera que la población rural comience a descender en términos absolutos a partir del año 2020, por lo que «las ciudades absorberán todo el crecimiento demográfico de la población mundial, que se calcula que llegará a los 10.000 millones de personas en 2050.» (Davis, 2007, p. 14).



La dinámica del crecimiento urbano no estará, sin embargo, exenta de dificultades. La concentración de la población en megaurbes de más de 8 millones de habitantes —e incluso hiperciudades que superan ya los 20 millones de habitantes— choca con problemas de aglomeración y tamaño, por lo tanto, se vislumbra la creciente importancia de ciudades medias o el surgimiento de nuevas redes y corredores urbanos, jerarquizados e interconectados que den cuenta de nuevas megalópolis con más de 35 millones de habitantes.

Además, la gran mayoría de los asentamientos urbanos se encuentra hoy caracterizada por los llamados *slums* (Davis, 2007) —término que dispone de varias traducciones, entre ellas, la de *ciudades miseria*—, que son zonas urbanas desprovistas de todos los servicios públicos, y en las que muchas veces han sido los mismos habitantes los que han levantado sus viviendas, con base en muy diversos materiales, y muchas veces en zonas con alto riesgo de desastres. Así, el problema de la concentración poblacional en áreas urbanas «hiperdegradadas» —que ya manifiestan hoy niveles de contaminación muy altos— contrasta con los proyectos de crear «ciudades verdes», y se convertirá en una cuestión de primer orden para los organismos internacionales, así como para las reivindicaciones de los crecientes movimientos populares.

#### 1.2.6. *La energía y «el pico del petróleo»*

La cuestión de la energía en general y del petróleo en particular reviste una importancia crucial en el contexto de la crisis ecológica, no sólo porque la quema de hidrocarburos es la causa principal de la emisión de gases de efecto invernadero hacia la atmósfera, así como de innumerables procesos industriales que han arrojado resultados funestos con relación al medio ambiente, sino porque, además, su relevancia radica en la dependencia que la sociedad capitalista tiene con respecto al petróleo. León y Rosas Landa (2006) sostienen que:

«El grado tan profundo y diverso en que el petróleo se entreteje materialmente en nuestra sociedad le confiere rasgos tan distintivos —e imposibles de imaginar sin su presencia— que exige pensar la época comprendida desde 1860 hasta la fecha como una auténtica *civilización*

*material petrolera* (Casifop-Oilwatch, 2004; 2006). La mayor capacidad y eficiencia energética de los hidrocarburos posibilitaron su constitución como la *fuerza motriz abrumadoramente dominante del último siglo* —destino final del 93% de su uso— pero además, dada la multiplicidad de los valores de uso derivados de la petroquímica y dirigidos al hilado productivo y al consumo final han convertido también al petróleo en la fibra *material del tejido total de la reproducción social.*» (p. 56).

El petróleo, patrón energético generalizado tras la Segunda Guerra Mundial, fue sin duda el artífice del *boom* energético de la sociedad capitalista durante el siglo XX; su alta eficiencia como combustible, la diversificación de su uso, su abundancia y, por tanto, el bajo costo al cual podía adquirirse, contribuyeron a su universalización como fuente de energía y materia prima, presente prácticamente en todos los ramos de la industria moderna. El petróleo cimentó las bases de la «motorización» de la sociedad, es decir, la difusión masiva del uso del automóvil como medio de transporte dominante al interior de los países —dejando en segundo plano a los trenes y tranvías—, y un modo de producir y consumir basado en la dilapidación acelerada de recursos que, si bien lleva ya mucho tiempo en una crisis latente, hoy se agudiza con todas sus contradicciones a escala global.

Los límites a los cuales se enfrenta hoy la *civilización petrolera* son múltiples, pues al haberse identificado en un grado tan profundo con el petróleo, la sociedad en su conjunto experimenta los riesgos y amenazas provenientes de la situación de progresivo agotamiento del mismo, así como de la avanzada degradación medioambiental derivada de su utilización como principal fuente de energía a escala global.<sup>5</sup>

A pesar de los intentos de ocultar los efectos ecológicamente perniciosos del petróleo por parte de las grandes compañías que lo producen, hoy en día es prácticamente un consenso que la principal causa del aumento de dióxido de carbono en la atmósfera es la quema de los hidrocarburos que se encuentran en la base de prácticamente todos los flujos del capital a nivel mundial. Ante la ausencia de alternativas realmente aplicables —y la reticencia de los defensores a ultranza del capital petrolero—, se cierne la amenaza del

---

<sup>5</sup> «Hoy día, aproximadamente el 95 por ciento de todo el transporte mundial se basa en el uso del petróleo, que es lo que mueve prácticamente todos los coches, camiones, autobuses, trenes, aviones y barcos del planeta.» Klare (2008), p. 60.

agotamiento progresivo del petróleo, por un lado, y el creciente aumento de la demanda del mismo para mantener funcionando a un ritmo acelerado a la economía global en las próximas décadas, por el otro (Klare, 2008, p. 25 y ss.). Frente a la llegada inminente del «pico del petróleo» (Bellamy, 2011, p. 51) en la producción global —que las proyecciones más optimistas auguran para la próxima década—, el panorama geopolítico de la energía parece destinado a cambiar drásticamente.

El final de la época del «petróleo barato» supone que cada vez sea más difícil acceder a dicho recurso; la ausencia de nuevos descubrimientos de importancia (Giddens, 2010, p. 55) que pudieran dilatar un poco más los sombríos escenarios de la mayoría de los analistas de la energía, proyecta un recrudecimiento de una estrategia geopolítica que anticipa crecientes conflictos por asegurar el abastecimiento y las rutas comerciales de los principales recursos naturales, en particular los energéticos y el agua. El discurso oficial se orienta cada vez más a promover grandes inversiones en la investigación y el desarrollo de fuentes alternativas de energía que puedan sustituir al petróleo como patrón energético y cumplir con las metas establecidas para frenar —o, en todo caso, ralentizar— los efectos del calentamiento global, sin embargo, en la práctica, las cosas son muy distintas: las grandes potencias destinan sus inversiones mayoritariamente al desarrollo de tres fuentes de energía ya conocidas: el carbón, el gas y la energía nuclear.

Sin importar que el carbón emite una mayor cantidad de dióxido de carbono a la atmósfera, su relativa abundancia y su disposición por parte de las potencias económicas de la actualidad —Estados Unidos, Rusia y China—, proyectan a este recurso como una fuente energética viable para las próximas décadas.

El gas natural, que produce menos dióxido de carbono que el carbón y el petróleo, parece a su vez una alternativa, tomando en cuenta las exigencias ambientales de un calentamiento global que se agudiza. Su amplia utilización en la producción de combustibles líquidos y fertilizantes artificiales, así como un ciclo de vida en su extracción que permitirá que su producción siga aumentando en las próximas décadas, posicionan al gas natural como uno de los componentes fundamentales en la producción y abastecimiento de energía en las próximas décadas; sin embargo, la proposición del gas como un energético que pueda sustituir al petróleo, choca con barreras que parecen infranqueables.

En primer lugar, el gas no se utiliza ampliamente como fuente de energía para la industria del transporte, sino como materia prima para producir electricidad y para elaborar fertilizantes sintéticos; en segundo lugar se encuentra el problema de su distribución, pues su naturaleza gaseosa hace que su transporte sea muy costoso y complejo, ya que con algunos de los medios con los que se mueve el petróleo —por ejemplo, barcos, trenes y camiones— es prácticamente imposible trasladar grandes cantidades de gas en su estado natural. Su traslado exige la construcción de gasoductos que permitan su movimiento, o su sometimiento a un proceso muy complejo —y costoso— de licuefacción, que requiere grandes cantidades de energía y una infraestructura muy sofisticada que lo vuelve prácticamente inviable en términos económicos.

Todo parece indicar que la energía nuclear experimentará un nuevo auge en las próximas décadas, a pesar de los recientes sucesos en Japón que demuestran que, si bien representa una fuente de energía limpia, su producción conlleva altos riesgos, tanto medioambientales como para la seguridad internacional. La actitud reciente por parte de gobiernos como los de las principales potencias económicas, que tienen contemplada la construcción de nuevos reactores nucleares y la búsqueda de alianzas que garanticen el suministro de uranio en los años siguientes, coincide con la opinión de aquellos que, ante la urgencia de encontrar una fuente energética que haga frente a las amenazas del calentamiento global, observan a la energía nuclear como la más viable en la actualidad.

Los entusiastas de la energía nuclear consideran que, si bien no pueden menospreciarse los riesgos, cada uno de ellos tiene ya una potencial solución, por lo que se convierte en una de las fuentes energéticas más viables para el futuro, al no existir por el momento ningún sustituto. Los detractores, por su parte, siguiendo la argumentación propia del movimiento pacifista en el contexto de la Guerra Fría, y basándose a su vez en las experiencias catastróficas de Three Mile Island, Chernobyl y Fukushima, alertan ante la amenaza de una guerra nuclear de carácter no disuasorio, de intensidad nunca antes vista y cuyo alcance sólo es posible atisbar llevando la mirada a Hiroshima y Nagasaki.

### **1.3. El discurso liberal frente a la crisis: Tecnologías alternativas y mercantificación de la naturaleza**

#### *1.3.1. Preámbulo*

El panorama actual, marcado por la progresiva escasez de recursos y por un cambio en las políticas de seguridad nacional, orientadas hoy en día a la protección militar a ultranza del abastecimiento de energéticos y otros valores de uso claves para la reproducción del capital, ha llevado a algunos analistas —entre los que puede mencionarse a pensadores tan dispares como Michael T. Klare y Robert Kagan— a afirmar que el sistema mundial retorna a un *status quo ante* (Klare, 2003, p. 24 y ss.), es decir, a una época histórica ubicada en la primera mitad del siglo XX en la que la seguridad de los recursos era lo más importante en la agenda de los gobiernos nacionales; durante la Guerra Fría, este aspecto habría sido menos importante que la atención hacia «la evolución política y militar de los acontecimientos en Europa y Asia» (*Íbid*), por lo que la vuelta a planteamientos «econocéntricos», supondría la predominancia de los conflictos económicos por sobre las batallas ideológicas y políticas que caracterizaron la segunda mitad del siglo XX.

Es difícil pensar, por un lado, que la Guerra Fría estuviera motivada principalmente por los conflictos ideológicos entre los bloques capitalista y soviético; por otro, hablar de una predominancia de lo económico y delegar a un plano secundario la cuestión ideológica y discursiva en el contexto actual, supone llevar a cabo una escisión que nos conduce a una visión parcial de la realidad, en la cual «economía» y «política» constituyen, por principio, dos aspectos independientes de la realidad social, cuya vinculación ocurre de modo exterior o formal.

Mucho se ha dicho y propuesto en décadas recientes sobre la crisis ecológica —o sobre algunos de sus elementos, principalmente el calentamiento global—, este apartado se abocará, sin embargo, a analizar críticamente el modo en que el discurso liberal articula su

explicación acerca de *las causas* de la crisis y sus *posibles soluciones*, desde su particular horizonte de pensamiento.

### 1.3.2 *Las causas de la crisis y la ideología liberal*

Como se ha mencionado, la crisis ecológica comienza a ser un objeto de atención para el pensamiento liberal en el momento en que ésta supone un obstáculo creciente para el libre desarrollo de las actividades industriales; anterior a este momento —que podemos ubicar a principio de los años setenta—, la contaminación del medio ambiente se encontraba en el apartado de las «externalidades» de la economía, como un resultado inevitable del bienestar material de las sociedades industrializadas y cuyos resultados debían interiorizarse socialmente, aceptando que era mucho más lo que se ganaba que aquello que se perdía.

En la vuelta de siglo, cuando en todas partes del mundo surgían conflictos ambientales y el calentamiento global se convertía en un tópico de atención —ciertamente de manera *espectacular* en los *mass media*—, el discurso liberal se vio obligado a considerar la destrucción ecológica como un problema real, que oponía una barrera al crecimiento económico e, incluso, ponía en entredicho las condiciones vitales mínimas para muchas especies animales y vegetales y, por tanto, para las sociedades que dependen de ellas.

En realidad, en torno al discurso liberal existe un silencio casi absoluto acerca de las causas de la crisis ecológica; como es propio de este discurso, la equiparación de formas histórico-concretas de reproducción social con la actividad humana *en general*, supone una herramienta efectiva para tornar nebulosas e incomprensibles las causas reales de la crisis (Lohmann, 2006, p. 34 y s.). Al hacer referencia al tema, se presentan abstracciones tales como «las actividades humanas», o incluso expresiones que, no sólo despojan al problema de su historicidad, sino que le atribuyen un carácter antropológico.

Uno de los conceptos que tienen mayor difusión en la actualidad cuando se hace referencia a la crisis ecológica, es el de la *escasez de los recursos*; sin embargo, la escasez no supone una novedad para el desarrollo teórico de la economía, sino su punto de partida

(Samuelson, 1985, p. 22 y s.). Para la ciencia económica, la escasez constituye una propiedad natural e irrevocable de los bienes materiales de nuestro planeta, por lo tanto, la ciencia es requerida para la administración racional de los mismos; de esta manera, la economía equipara *escasez* con *finitud* y puede *naturalizar* el hecho de que los bienes sean escasos ante la irrealidad de su infinitud y relativizar el impacto de la crisis, considerándola como una prolongación cuantitativa de la escasez, solucionable por principio en la esfera de la circulación. En el capítulo siguiente se pondrá a discusión este concepto de escasez, contraponiéndolo al argumento sobre la escasez desarrollado por la crítica de la economía política; la escasez no es una propiedad intrínseca de las cosas debida a su finitud; por el contrario, tiene un origen social, histórico y cultural (Harvey, 2007, p. 74 y s.)

El único factor concreto, destacado como agente causante de la crisis por la gama de autores identificados con el pensamiento liberal, es la explosión demográfica experimentada en todo el mundo —principalmente en las *regiones subdesarrolladas*— en la segunda mitad del siglo XX. Para ellos, que retoman parcialmente la tesis malthusiana según la cual el crecimiento exponencial de la población supera por mucho al incremento aritmético de los recursos y, por tanto, supone el riesgo del agotamiento y la insostenibilidad, no sólo la «huella ecológica», sino también la desigual distribución de la riqueza, son explicables a partir del crecimiento de la población.

Si bien se reconoce, en general, que la inminencia de las advertencias de Malthus pasaban por alto el incremento de la productividad de los suelos debido al desarrollo de las fuerzas productivas —crítica encontrada inicialmente en los escritos de Ricardo, Marx y Engels—, es común hallar supuestas confirmaciones de las profecías malthusianas en la catástrofe ambiental de nuestros días: si para el siglo XIX la teoría de Malthus se encontraba lejos de encontrar su escenario de aplicación, éste ha llegado a fines del siglo XX.

Debe apuntarse que una crítica de los planteamientos de Malthus requiere aceptar la validez de su punto de partida: la sobrepoblación relativa es un problema real, sin embargo, sus causas no son aquellas que dicho pensador argumenta.<sup>6</sup>

Las causas del aumento de la población, identificadas por Malthus en la pobreza de las grandes masas obreras, se encuentran determinadas históricamente, y no pueden ser consideradas, por sí mismas, como causas principales de la crisis ecológica y la escasez progresiva de los recursos; es necesario apuntar la mirada al modo específico en que nuestra sociedad reproduce su riqueza, pues es ahí —siguiendo lo expuesto por Marx en *El capital*— donde se encuentra el fundamento general del crecimiento poblacional.<sup>7</sup>

Según Marx, al desarrollarse, el modo de producción capitalista eleva su *composición orgánica* (Marx, 1975, p. 760n.), es decir, sustituye gradualmente fuerza de trabajo viva por elementos técnicos en el proceso de producción, lo que ocasiona la «liberación» de grandes cantidades de personas que se convierten en supernumerarias hasta se que se ven atraídas nuevamente a la industria, ya sea por una expansión de un determinado ramo productivo o por la creación de un nuevo nicho de acumulación; al quedar integrado su trabajo al proceso de reproducción del capital e identificarse plenamente con él, grandes masas de población producen las condiciones en que su propia existencia es excedentaria para la acumulación, quedando así a expensas de un movimiento económico que escapa a su voluntad (*Ibíd*, p. 785 y s.)

Esto no constituye un «desperfecto» del modelo de acumulación que pudiera ser paulatinamente solucionado —como las teorías keynesianas del «pleno empleo» querían suponer—, por el contrario, la existencia de una población que excede las necesidades coyunturales de la acumulación de capital constituye una necesidad ineludible de la misma (*Ibíd*, p. 790.), puesto que supone un acicate para la parte de la población en activo,

---

<sup>6</sup> «Y Malthus (...) tiene razón, a su modo, cuando afirma que siempre hay una sobrepoblación superflua, que en el mundo hay siempre demasiados hombres; sin embargo, se equivoca cuando afirma que hay más hombres que los medios de subsistencia existentes para alimentarlos» Engels, cit. en Meek (1973), p. 111.

<sup>7</sup> «Hay que distinguir entre la sobrepoblación relativa y la absoluta. La primera es un fenómeno puramente intrasocial; la segunda, una posibilidad relacionada con la dependencia de la sociedad en su conjunto de los ecosistemas de la biosfera y de las materias primas no regenerables imprescindibles para la producción de fertilizantes minerales. El malthusianismo confunde ambas cosas, suministrando así una ideología que sirve cuanto menos para la estabilización del sistema capitalista, si no para algo peor, como el genocidio, por ejemplo.» Harich (1978), p. 43.



posibilitando un incremento de la tasa de explotación y un límite a sus demandas en cuanto clase.

El aceptar la sobrepoblación como causa principal de la crisis ecológica y de la creciente escasez de algunos recursos conlleva algunas implicaciones sociales y políticas, pues las ideas con respecto al medio ambiente, los recursos naturales y su escasez no pueden señalarse como simples resultados irrefutables arrojados por la investigación científica; por el contrario, tienen un origen político y consecuencias políticas ligadas a la identificación y eliminación de «los sobrantes» (Harvey, 2007, p. 76).

Por lo anterior, si bien es válida la advertencia de los ecologistas autonombrados «neomalthusianos» acerca de la *capacidad de carga* (Martínez Alier, 2004, p. 72) de la densidad de población sobre los recursos naturales, el aumento de la misma no puede ser el hilo conductor ni el punto de partida de un estudio que pretenda establecer las causas reales de la crisis; antes bien, y con el objetivo de evitar conclusiones apresuradas, es necesario cuestionar otros factores que determinan el crecimiento poblacional; pasarlos por alto, conlleva el riesgo de un reforzamiento de «políticas dirigidas hacia la represión étnica o de clase en el interior y políticas de imperialismo y neoimperialismo en el extranjero» (Harvey, 2007, p. 77).

### 1.3.3. *El papel del Estado y de la sociedad civil en la gestión de la crisis ecológica*

Las variopintas organizaciones que se reivindican, de un modo u otro, en contra de la destrucción medioambiental, son identificables —desde hace ya varios años— bajo el adjetivo «verde». Sin embargo, debe advertirse que dentro del amplio espectro de organizaciones y grupos que —en palabras de Martínez Alier— «toman en cuenta a la naturaleza» (Martínez, 2004 p.33 y ss.), encontramos las más diversas motivaciones político-ideológicas; si bien este apartado se enfoca en la versión liberal del discurso ecologista, parece pertinente mencionar que, al interior del *movimiento verde*, coexisten ideologías con las más diversas inspiraciones y finalidades; de algunas de ellas se hará breve mención, y en otras se profundizará en los capítulos siguientes.

La versión liberal del discurso ecologista, en primer lugar, toma distancia respecto a la orientación general del movimiento verde que pugna por un reconocimiento de ontológico y epistemológico de la naturaleza (Bellamy, 2000, pp. 24 y s.), calificándolo de discurso hueco y confuso. Para los «economistas del medio ambiente», las alternativas a la crisis ecológica empíricamente realizables tienen que plantearse en un lenguaje racional de *costo-beneficio*, y evitar la proposición de nuevos sistemas de valores, así como la introducción de cuestiones que no atañen directamente a la cuestión del calentamiento global, tales como la democratización de la sociedad y el «principio de incertidumbre» respecto al desarrollo tecnológico. Para esta corriente de pensamiento, las acciones enfocadas a mitigar el calentamiento global deben partir de una identificación con la acción empresarial y gubernamental que tenga como propósito garantizar las condiciones de realización de la acumulación de capital y del crecimiento económico. Este conjunto de ideas ha sido denominado por sus autores como «modernización ecológica», que es definida por esta corriente de pensamiento como:

«una asociación en la que gobiernos, empresas, ecologistas moderados y científicos cooperan en la reestructuración de la economía política capitalista siguiendo líneas más defendibles desde un punto de vista ecológico.» (Giddens, 2010, p. 88).

Este «ecologismo» de corte liberal siembra todas sus esperanzas en lo que se denomina «convergencia económica», concepto que hace referencia a las coincidencias entre las tecnologías "bajas en carbono", ciertas formas de práctica empresarial y de estilos de vida y la competitividad económica. Para lograr sus objetivos, se atribuye un papel preponderante al Estado, como un agente crucial en la aplicación de las medidas y en la creación de las oportunidades surgidas de dicha convergencia económica. Para los autores liberales, es necesaria la aplicación de políticas intervencionistas que, sin embargo, otorguen un margen de libertad a aquellas iniciativas que busquen la innovación tecnológica, política y económica con respecto al cambio climático; se habla incluso de un «*New Deal* del cambio climático», que tiene entre sus expectativas la caída de la tasa de desempleo a nivel mundial ocasionada por las nuevas oportunidades de negocios abiertas por el libre desarrollo de la iniciativa tecnológica contra el calentamiento global gestionada por el Estado, con diferentes grados de urgencia según la región en que se trate. Por ejemplo, para los países desarrollados, existe la necesidad de cuestionar el «desarrollo

excesivo», mientras que para los países en vías de desarrollo es necesario un «imperativo de desarrollo» que posibilite a estos países alcanzar los niveles de prosperidad existentes en aquellos (Giddens, 2010, p. 90 y ss.).

Los nuevos estilos de vida requeridos por la «modernización ecológica» apelan, sin duda, al concepto liberal de *soberanía de los consumidores*, según el cual cada elección del consumidor en la esfera propia del consumo partiría de una decisión racional e informada. La recientemente surgida «Economía Ecológica» añade incluso valoraciones de tipo ético a sus modelos de cálculo económico que inviten a los consumidores a modificar sus preferencias y encaminarlas a elecciones ecológicamente sustentables (Common y Stagl, 2008, p. 10).

De esta manera, es posible señalar a la esfera del consumo como el lugar donde, a fin de cuentas, se llevan a cabo las decisiones más importantes con respecto a la crisis ecológica; a través de las elecciones con cierta carga valorativa parece fundamentarse la elección del consumidor como responsable último de la contaminación. La participación de la ciudadanía —en tanto que conglomerado de consumidores— se reduciría a consumir productos «amigables con el medio ambiente», y consagrar así a los nuevos promotores del «capitalismo verde».

#### 1.3.4. *Las nuevas energías: la tecnocracia y sus límites*

El desarrollo y aplicación de tecnologías alternativas a los combustibles fósiles como patrón energético es, sin duda, la piedra angular de la salida liberal a la crisis: sin tecnologías alternativas, la acción del Estado y la promoción de nuevos «estilos de vida» quedarían reducidos a mera palabrería.

No es una simple confianza ingenua en la tecnología lo que hace que ésta ocupe un lugar central en las alternativas liberales a la crisis; el motor principal de la preponderancia

de la tecnología es, sin duda, las oportunidades de apertura de nuevos ramos de acumulación que surgirán con ella.<sup>8</sup>

Existe una criticable confianza en las tecnologías alternativas como fundamento no sólo de la continuidad, sino también de un «perfeccionamiento» del modo de producción capitalista: si la tecnología está ahí, sólo haría falta un «concierto de democracias» que faciliten las condiciones para su aplicación (Li, *op. cit.*, p. 103). A continuación se verá que no es tan sencillo como parece.

Son varios los autores que ensalzan las veleidades de las tecnologías alternativas en desarrollo, sugiriendo incluso que el siglo XXI verá la consolidación de un sistema energético global basado en la energía eólica, solar y térmica (Brown, 2011, p. 156). Sin embargo, ninguna de estas fuentes alternativas de energía —utilizables mayoritariamente para la producción de electricidad— puede sustituir al petróleo en muchas de sus funciones. Debido a ello, la atención se ha centrado en décadas recientes en los llamados «agrocombustibles», fundamentalmente en el etanol, líquido producido a partir de azúcares, fécula o celulosa y que puede utilizarse para alimentar automóviles. Es común encontrar motores E-10, es decir, que funcionan con 10% de etanol y 90% de gasolina; sin embargo, actualmente existen motores capaces de funcionar con un 100% de etanol, por lo que su producción ha resultado atractiva para diversos gobiernos —principalmente el de Estados Unidos— y se han brindado diversos apoyos y subsidios para la agricultura con esa finalidad. Los partidarios del etanol afirman que éste es ecológicamente viable, pues la producción de combustible a partir de plantas no implicaría la emisión de nuevo dióxido de carbono a la atmósfera —como ocurre con los hidrocarburos—, sino que sólo se arrojarían las cantidades que las plantas producen y eliminan por sí mismas.<sup>9</sup>

A pesar del entusiasmo inicial, son muchos los factores que determinan la inviabilidad de los agrocombustibles para sustituir a los hidrocarburos. Entre ellos, puede mencionarse, en primer lugar, la eficiencia energética.

---

<sup>8</sup> «Actuar sobre el cambio climático generará también importantes oportunidades empresariales, ya que se crearán nuevos mercados de tecnologías de energías bajas en carbono y de otros bienes y servicios igualmente bajos en carbono.» (Stern, 2007, p. 24).

<sup>9</sup> Magdoff, Fred, «Economía política y ecología de los biocombustibles», en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, op. cit., p. 73.

El etanol es un combustible que posee dos tercios de valor energético de la cantidad equivalente de gasolina, sin embargo, para su producción es necesaria una cantidad de energía. Desde la necesaria para la producción del maíz, su transporte hacia la planta y, sobretodo, para la fermentación del maíz y destilación del etanol, es un proceso que implica trabajo, maquinaria, fertilizantes, pesticidas, gasóleo y transporte. Por ello, cuando se habla de la tasa de retorno energético (TRI) del etanol, no existen perspectivas satisfactorias.

Aunque existieran actualmente las capacidades técnicas para sustituir las fuentes de energía tradicionales, su aplicación está mediada por las necesidades concretas del modo de producción capitalista y sus agentes particulares; por ello, la transición no sería inmediata, ni mucho menos. El capital constante invertido en las redes técnicas que articulan la circulación global del capital, por ejemplo, no pueden ser reemplazadas de la noche a la mañana, sino hasta que realicen integralmente su valor u ocurran circunstancias extraordinarias que posibiliten nuevas inversiones (Li, *op. cit.*, p. 105).

### 1.3.5. *La solución del mercado*

No sólo la tecnología abre oportunidades de negocio relativas a la crisis ecológica. Habiendo declarado a las emisiones de gases de efecto invernadero como la principal causa de la polución atmosférica —y, por tanto, del calentamiento global—, 127 países responsables del 61% de emisiones de estos gases ratificaron el Protocolo de Kioto en 2005, que los obligaba a reducir en promedio 5.2% sus emisiones con respecto a las de 1990, en el periodo comprendido entre 2008 y 2012. Sin embargo, el gobierno norteamericano promovió la creación de «vacíos» en el documento que abren las puertas a la especulación y al negocio empresarial, que coinciden con lo que Larry Lohmann ha denominado el «*Market Fix*» (Lohmann, 2006, p. 45 y ss.) del calentamiento global.

Los países industrializados no se ven, en realidad, obligados a cumplir con los objetivos del protocolo, pues existen muchas «compensaciones» que pueden realizarse a cambio de no reducir las emisiones. Entre ellas, figura la posibilidad de comprar «derechos de emisión» a países que no se ven obligados a disminuir drásticamente sus emisiones, como Rusia y Ucrania; la inversión de dinero en conservación de suelos y en la

reforestación de diversas áreas también puede eludir las responsabilidades en cuanto a emisiones de gases de efecto invernadero; y, por último, el financiamiento de proyectos, aprobados por la ONU, para capturar CO2 en el extranjero exime a los países industrializados de sus responsabilidades. De esta manera «las industrias pueden pagar dinero para que otras industrias reduzcan emisiones ‘para’ ellas y se cumpla el objetivo general fijado por la sociedad. O bien esas industrias pueden financiar proyectos especiales para ahorrar emisiones en otros países, si es que consideran que ésta es una forma aún más barata de cumplir con sus obligaciones».<sup>10</sup>

Por otro lado, la inserción de las Áreas Naturales Protegidas (ANPs) a los programas REDD+ (Reducción de Emisiones por Deforestación y Degradación Evitada), en los cuales además de cumplir su papel como conservadoras de la biodiversidad, ingresan al negocio de la captura de carbono y de la compra-venta de bonos de emisiones, supone un riesgo evidente de privatización de áreas otrora gestionadas por comunidades indígenas, así como de despojo de recursos naturales y privatización de saberes tradicionales.

#### **1.4. Conclusión**

En este capítulo se realizó un brevísimo balance de la gravedad de la crisis ecológica, a partir de la cual se desprenden las más diversas teorías explicativas y propuestas para neutralizarla. Para el pensamiento crítico, supone una tarea la realización de un balance de estas teorías y propuestas, pues es a través de éste que pueden comprenderse las tendencias de la acción social en el contexto de dicha crisis, sus premisas, así como sus posibles resultados.

El debate con los postulados que se desprenden de la teoría liberal de la «modernización ecológica» resulta, en este contexto, de particular pertinencia, pues en ella pretende fundarse la posibilidad del surgimiento de una comunidad armoniosa entre el modo de producción capitalista y una naturaleza cada vez más mercantificada que,

---

<sup>10</sup> Entrevista a Larry Lohmann, disponible en la página: <http://www.carbonradewatch.org/articles/la-politica-del-cambio-climatico-entrevista-con-larry-lohmann.html>

mediante la tecnificación y la privatización crecientes, responda a los requerimientos de la acumulación de capital y ensanche sus límites naturales.

Los riesgos que se ciernen sobre la crítica ecológica son grandes, pues de no abandonar el progresismo y las ilusiones tecnocráticas que caracterizaron a buena parte del pensamiento de izquierda durante el siglo pasado, su actuar se limitaría inevitablemente a acompañar las *reformas verdes* a un sistema que, lejos de plantear soluciones a la crisis, únicamente la observa como un conjunto de posibilidades de negocio en las que la opresión y la injusticia permanecen incuestionadas.

En el capítulo siguiente, se intentará desarrollar algunas ideas que, a partir de la crítica de la economía política de Marx, contribuyan a pensar críticamente la crisis ecológica como expresión inevitable de las contradicciones intrínsecas del modo de reproducción capitalista de la riqueza social, con la finalidad de discutir las premisas a partir de las que puede construirse una verdadera alternativa a un sistema que vive de sacrificar a las fuentes de toda riqueza bajo el estrecho interés privado.

## Capítulo 2

### **Mercado, capitalismo y enajenación: algunas ideas para pensar la crisis ecológica a partir de la *Crítica de la Economía Política* de Karl Marx**

*El terror meridiano en el que los hombres tomaron conciencia súbitamente de la naturaleza en cuanto totalidad ha encontrado su correspondencia en el pánico que hoy está listo para estallar en cualquier instante: los hombres esperan que el mundo, carente de salida, sea convertido en llamas por una totalidad que ellos mismos son y sobre la cual nada pueden.*

Max Horkheimer y Theodor W. Adorno,

*Dialéctica de la Ilustración*

#### **2.1. Introducción**

Después de muchos años de omisión en torno a los problemas ecológicos que ocasionan las actividades industriales del capitalismo desarrollado, quizás supone un avance el hecho de que, en general, hoy se reconoce ampliamente que dichos problemas tienen un *carácter social*, tanto en sus causas como en sus consecuencias. A lo largo de décadas, el silencio y la justificación reinaron a la hora de abordar las cuestiones de carácter ambiental, la ciega confianza en las promesas de los tecnócratas que tomaron bajo su conducción la planeación económica de los Estados —tanto «desarrollados» como «en vías de desarrollo»— dominaba sobre la gran mayoría de sus habitantes, y el progresismo, así como una confianza acrítica en la modernización y en el crecimiento, eran características que definían tanto a derechistas como a izquierdistas en el plano de la política institucional e incluso dentro de una política reivindicativa y pretendidamente revolucionaria en las décadas inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Lefebvre, 1972).



Sin embargo, la carrera armamentista y la permanente amenaza de una guerra atómica a escala global en los años de la llamada Guerra Fría, la ofensiva imperial estadounidense en Vietnam y otros países del Tercer Mundo, así como el crecimiento de los movimientos de estudiantes y trabajadores que impugnaron el «Estado del bienestar» y su «tolerancia represiva» (Echeverría, 2010b) en Europa, Asia y América, fueron los detonadores de una crítica que, a paso lento y con sobresaltos, busca desde entonces y hasta el día de hoy comprender a cabalidad la naturaleza de la crisis civilizatoria en la que nos encontramos. La formulación de nuevas ideas, la recuperación de muchas otras sepultadas bajo los escombros de la catástrofe contrarrevolucionaria, y el permanente cuestionamiento de aquellas verdades absolutas sobre las cuales se asentó una izquierda tradicional, dogmática y dependiente de los dictados de los grandes institutos científicos soviéticos durante la primera mitad del siglo XX, son las características de la misma que, sin embargo, no está exenta de dificultades ni de contradicciones.

En el capítulo anterior fueron descritas y puestas a discusión de manera sucinta las perspectivas que se desprenden desde el horizonte del poder establecido, a saber: la crisis es un fenómeno que sólo se vincula con el crecimiento económico en la medida en que lo entorpece, no habiendo una conexión *necesaria* entre éste y la devastación ambiental; por el contrario, ella encontraría su fundamento en el crecimiento desmesurado de la población, en el progresivo agotamiento del patrón energético actual, en procesos naturales que atañen a la dinámica terrestre, así como en un consumo irracional, que debe someterse a juicios éticos para ser eximido de sus responsabilidades.

Las respuestas a la crisis, en consecuencia, estarían vinculadas al desarrollo de tecnologías alternativas —con la correspondiente apertura de nuevos e inmensos campos de acumulación de capital—, a la promoción de nuevos estilos de vida —saturados de nuevas *mercancías verdes*—, y al otorgamiento de plenos poderes al Estado —ligado al creciente autoritarismo actual— para la administración de los «pactos sociales» necesarios para la consecución de los planes que trae consigo la «alternativa capitalista» a la crisis ecológica.

En este capítulo se intentará establecer los lineamientos para comprender la crisis de una manera que trascienda las limitaciones y los intereses del discurso del poder,

reconociendo, sin embargo, que existen muchas dificultades que entorpecen la realización de este objetivo. Entre ellas, es posible mencionar las siguientes:

— La capacidad que la modernidad capitalista ha mostrado para interiorizar y refuncionalizar diversos conceptos teórico-críticos<sup>11</sup> y, a su vez, para restringir los alcances de diversas luchas sociales que, en coincidencia con el discurso del poder, terminan por identificarse en sus objetivos con los intereses del capital: la continuidad de la vida humana sobre la Tierra resulta para ellos impensable sin la existencia renovada de las relaciones capitalistas.<sup>12</sup>

— La coincidencia inmediata entre las relaciones humanas «en general» y las relaciones mercantil-capitalistas en el plano de la vida cotidiana o el «mundo de la *pseudoconcreción*» (Kosík, 1967). La batalla en el terreno ideológico no se da en condiciones de igualdad, y la ventaja evidente que posee el discurso del poder no radica — como suele pensarse— en el desigual acceso a los aparatos de comunicación por parte de uno de los contendientes; en realidad, el terreno de disputa aparentemente neutral está cargado de manera decisiva hacia uno de los dos lados, predisponiendo su victoria: es el ámbito de la praxis cosificada —el mundo del «traficar y manipular» (*Íbid*, p. 27)— donde el discurso espontáneo de la sociedad capitalista adquiere y ratifica su *verdad*.<sup>13</sup>

Así pues, más allá de sumarse a las múltiples voces que, con buenas o malas intenciones, reconocen hoy el *carácter abstractamente social* de la crisis ecológica, este trabajo intenta tematizar dicha crisis en conexión no sólo con las actividades industriales del capitalismo contemporáneo, sino con un conjunto de procesos de mayor duración y

---

<sup>11</sup> «Les sucede lo que siempre le sucedió al pensamiento triunfante: en cuanto abandona voluntariamente su elemento crítico y se convierte en mero instrumento al servicio de lo existente, contribuye sin querer a transformar lo positivo que había hecho suyo en algo negativo y destructor.» Horkheimer y Adorno (2009), p. 52.

<sup>12</sup> «¡Cambiar la vida! Esta idea, procedente de poetas y filósofos, formulada como utopía negativa, cae desde hace poco en el dominio público, es decir, en el dominio político. En el proceso ha ido degenerando en eslóganes políticos: *Vivir mejor...*, *Vivir de otro modo...*, *La calidad de vida...*, *El estilo de vida...* De ahí se pasa naturalmente a mentar la polución, el respeto a la naturaleza y al «medio ambiente», etc., una y otra vez.» Lefebvre (2013), p. 117.

<sup>13</sup> «La lucha ideológica y el dominio ideológico son hechos que ocurren, en primer lugar y de manera determinante, en la esfera profunda del "lenguaje de la vida real", ahí donde se produce el discurso, el "lenguaje propiamente dicho", es decir, "la conciencia y las ideas".» Echeverría (1986), p. 41.

alcance, decisivos en la configuración de las relaciones que los seres humanos mantienen entre sí y con «la Naturaleza»; es decir: desde esta perspectiva, el carácter destructivo de las relaciones humanas no iniciaría con el desarrollo de «La Máquina» (Mumford, 2006), sino que es un componente estructural y necesario de una existencia social fundada en una *escasez* interiorizada y reproducida por cada uno de los individuos que la componen. Dicho sea de paso, el concepto de escasez que se expondrá aquí se contrapone radicalmente al defendido por la economía neoclásica que, como ya se expuso con anterioridad, equipara *escasez* con *finitud*, haciendo de la escasez algo eterno y natural.

Este capítulo inicia con una breve discusión en torno al concepto de escasez y su función crítica como «motor pasivo de la historia» (Sartre, 2004, p. 278), para posteriormente comprender las posibilidades que se abren a la sociedad humana con una lenta revolución técnica que permite relativizar progresivamente la escasez y construir un mundo fundado en la abundancia; a su vez, se tematizará el encuentro de estas posibilidades con el modo de producción capitalista, así como el derrotero seguido por el desarrollo técnico bajo la impronta de la acumulación de capital, que imprime un sesgo específico no sólo en el uso de la técnica, sino también en su desarrollo.

Más adelante se intentará elucidar el significado de la «crisis estructural» con base en conceptos tales como cosificación y enajenación, lo que permitirá comprender los límites de la razón instrumental capitalista y los alcances y contradicciones del capitalismo en tanto que mediador del metabolismo entre la sociedad y la naturaleza.

De este modo, se establecerá una conexión con la temática del capítulo tercero, que versa sobre las alternativas actuales a la crisis ecológica desde una perspectiva crítica, a la luz de los postulados que aquí se plantean.

## **2.2. La escasez, la historia y el fundamento de la modernidad**

### *2.2.1. La ideología liberal y la escasez*

El pensamiento moderno se ha edificado a partir de ciertos presupuestos que constituyen su horizonte de inteligibilidad; uno de ellos, elaborado principalmente por la ciencia económica, pero presente de una u otra forma en la compleja red que articula a la totalidad de dicho pensamiento, es el que hace referencia al concepto de *escasez*. Tal y como se mencionó anteriormente, para el pensamiento económico —ligado directamente a reflexiones de carácter antropológico— la escasez constituye la razón de ser de las diversas formas sociales de organización social, ya que si los bienes materiales fueran infinitos no habría necesidad alguna de racionalizarlos ni de establecer control sobre ellos y, por consiguiente, la existencia de una forma social determinada sería superflua, pues cada individuo podría disponer de los bienes necesarios para su reproducción sin preocuparse por las necesidades de los otros.<sup>14</sup>

Dado que la realidad es otra y puesto que, por su propia naturaleza, los recursos de los que dispone el ser humano para la satisfacción de sus necesidades son finitos, la ciencia económica se encomienda a sí misma la tarea de administrar racionalmente un mundo de apetencias infinitas y bienes escasos, ya que, de no ser así, la vida social sería prácticamente imposible.<sup>15</sup> Así, al equipararla con la finitud propia de todo lo que existe en el planeta, la ciencia económica eterniza la escasez y la convierte en una condición inevitable de la relación de la sociedad con la naturaleza. Para la economía, por consiguiente, es esta relación conflictiva entre bienes finitos y necesidades ilimitadas la que justifica, en último término, la desigual distribución de la riqueza y la insatisfacción de necesidades.

A partir de esta escasez ahistórica y absoluta teorizada por la economía, el pensamiento moderno ha construido, sin embargo, una visión progresista del desarrollo social que consiste en la abolición gradual de todo lo que pudiera remitir a un «estado de naturaleza» presente en la vida humana como garantía de la victoria de ésta sobre el entorno que la constriñe; de esta manera —y a modo de ejemplo— la ciencia antropológica

---

<sup>14</sup> «No habría entonces bienes económicos, es decir, bienes relativamente escasos, y apenas y sería necesario estudiar economía o «economizar». Todas las cosas serían bienes libres, como solía ser el aire puro.» Samuelson (1985), pp. 22-23.

<sup>15</sup> Argumentación similar a la que John Locke (Cf. *Segundo Ensayo sobre el gobierno civil*, Madrid, 2010) recurre para justificar la propiedad privada como requisito indispensable para la ciudadanía.

pudo hablar de la inexistencia de «cultura» en los pueblos primitivos por su relación de sometimiento frente a lo «natural».<sup>16</sup> El desarrollo económico sostenido sería el único modo de *humanizar* la escasez, de volverla administrable a través de la previsión y el cálculo; el productivismo exacerbado, así como las veleidades de la economía de libre competencia, fungirían como las únicas armas disponibles para combatirla en una batalla perdida de antemano, en la que sin embargo existe la promesa de abundancia y calidad de vida como metas alcanzables de múltiples conglomerados nacionales de acumulación de riqueza.

Propia de las «antinomias del pensamiento burgués» (Lukács, 1969), esta contradicción entre —por un lado— una escasez eterna e irrefutable de los medios de vida de que dispone la sociedad, que a su vez sirve como justificación para una desigualdad en el acceso a los mismos por parte de sus distintos miembros, y —por el otro— una idea histórica de progreso y desarrollo infinitos, en la que se basa la idea de un bienestar general en proceso de consolidación, no puede *resolverse* —en la relación práctico-histórica que la sociedad establece con la naturaleza— sino mediante el *extrañamiento* y la abstracción de la naturaleza y la constante violación de su legalidad.

### 2.2.2. *En torno a la escasez y el materialismo histórico*

Al discutir acerca de lo que la ciencia moderna entiende por escasez, no se propone la inobservancia de los límites naturales que existen frente a la acción humana, ni refutar la noción de escasez mediante otras como «opulencia primitiva» (Sahlins, 1983); por el contrario, se busca el reconocimiento de la escasez en un plano que trascienda el horizonte ideológico desde el cual sirve como justificación última de la desigual participación en la riqueza social. Por esta razón, cuando aquí se habla de escasez se hace referencia a un concepto que, desarrollado bajo los principios del *materialismo histórico*, se contrapone a

---

<sup>16</sup> «Nuestros manuales de economía, casi en su totalidad partidarios declarados de la idea de que la vida fue dura y difícil durante el paleolítico, coinciden en transmitir una sensación de fatalismo, dejando a la imaginación del lector que adivine no sólo cómo lograban subsistir los cazadores, sino también si aquello era vida, después de todo [...] Se dice que su incompetencia técnica le impone una labor continua que apenas le permite sobrevivir, y que por lo tanto no le proporciona excedentes ni le deja descansar, y mucho menos arribar al «ocio» para «crear cultura.» Sahlins (1983), p. 13.

aquel conjunto de ideas que hacen de la escasez algo eterno e irremediable; la idea central que aquí se expone es que ésta no es una propiedad del objeto *en sí* —como sí lo es su *finitud*—: antes bien, tiene un origen histórico-social, y está determinada por la relación que se establece entre la sociedad y la naturaleza a lo largo de la historia.

Posicionándose críticamente respecto a la noción de escasez proveniente del pensamiento liberal, Marshall Sahlins (1983) hace la siguiente afirmación en polémica con aquellos autores que hacen de uso de ella para explicar el desarrollo de las sociedades primitivas:

«Sin embargo, la escasez no es una propiedad intrínseca de los medios técnicos. Es una relación entre medios y fines. Deberíamos considerar la posibilidad empírica de que los cazadores trabajan para sobrevivir, un objetivo finito, y que el arco y la flecha son adecuados a ese fin.» (*op. cit.*, p. 17)

Acertando sin duda al argumentar que la escasez no es una propiedad intrínseca del objeto, y al plantear una noción de escasez que articula la capacidad de los medios técnicos con el sistema de necesidades, Sahlins descarta, no obstante, la pertinencia de dicha noción al otorgarle una relatividad histórica que acaba por marginarla:

«¿Acaso es tan paradójico afirmar que los cazadores tenían economías opulentas a pesar de su extrema pobreza? Las modernas sociedades capitalistas, no obstante estar abundantemente provistas, se preocupan por la perspectiva de la escasez. La inadecuación de los recursos económicos es el principio fundamental de los pueblos más ricos del mundo. La aparente situación material de la economía no parece ser un indicador válido a la hora de los hechos; es necesario decir algo acerca del modo de organización económica.» (*op. cit.*, p. 16)

En *El capital*, Karl Marx (1975, p. 620 y ss.) reconoce la relación orgánica entre el progreso de las capacidades técnicas y desarrollo histórico-geográfico de la esfera de necesidades de una sociedad determinada; de esta manera pudo hablar de la correspondencia entre el tiempo de trabajo necesario para la satisfacción de dichas necesidades y el *tiempo libre* del cual podían disponer los miembros de la comunidad.<sup>17</sup> La

---

<sup>17</sup> «Cuanto menor sea el número de necesidades naturales que imperiosamente se deba satisfacer y mayores la fertilidad del suelo y la benignidad del clima, tanto menor será el tiempo de trabajo necesario para la conservación y reproducción del productor.» *Ibid.*, p. 622.

existencia de este nexo entre capacidades y necesidades no impide a Marx, sin embargo, hablar en distintos pasajes sobre la existencia de una escasez que determina, de algún modo, el desenvolvimiento histórico de las distintas sociedades humanas. ¿A qué podrá entonces estar referida esta insistencia de Marx respecto a una escasez presente en toda la historia humana hasta nuestros días?

Es poco probable que el concepto marxiano de escasez se vincule y confunda con otro que, aunque pretendidamente crítico, parece no superar los límites que le impone el productivismo capitalista: para éste, la consecución del producto, arrancado de una u otra forma a la naturaleza, significa una victoria frente a ella, así como la garantía de supervivencia para nuestra especie —o una parte de ella—. Más bien, dicho concepto parece apuntar hacia la *extrañeza* dominante en la relación práctica constituida entre la sociedad y su «cuerpo inorgánico»; atravesada, en efecto, por la reticencia de la naturaleza<sup>18</sup> a establecer en términos favorables el intercambio orgánico con la sociedad —concebida en tanto que naturaleza *dotada de conciencia y voluntad*—, dicha relación adopta un carácter extraño y destructivo, tanto al interior de la sociedad humana, como con respecto a una naturaleza que se presenta hostil a las pretensiones de supervivencia de la misma.

Para Jean Paul Sartre, la escasez<sup>19</sup> reviste un carácter universal y puede ser considerada como el «motor pasivo de la historia» (Sartre, 2004, p. 278) debido a que la existencia humana se funda en una libertad frente a la cual la legalidad objetiva de la materia se contrapone de manera irresoluble; de este modo, lo que hoy conocemos como historia humana sólo es tal debido a las condiciones a las que debe hacer frente sin interrupción.

Resulta comprensible que las fuerzas sociales encaminadas a hacer retroceder la escasez se encuentran históricamente determinadas; la historia humana conocida nos remite, sin lugar a dudas, a una exigüidad de dichas fuerzas en su enfrentamiento con la

---

<sup>18</sup> En la obra anteriormente citada, Sahlins no puede demostrar la generalidad de su argumentación en torno a la existencia de opulencia en las comunidades primitivas; tan sólo puede, por el contrario, tomar partido favorable respecto a la «frugalidad» de sus modos de vida.

<sup>19</sup> En su obra, Sartre llama *rareza* a lo que aquí se define como *escasez*, siguiendo la argumentación de otros autores que utilizan directamente la terminología de Marx (Marcuse, Echeverría, etc.).

escasez; ésta —nos dice Sartre—, al ser lo que determina la tensión y el *campo de fuerzas* en el que ocurre el intercambio metabólico de la sociedad y la naturaleza, es interiorizada por cada individuo singular y reproducida de múltiples formas en las relaciones intersubjetivas, creando vínculos cuya característica principal es el riesgo permanente de desaparecer frente a la necesidad de otros:

«este riesgo constante de aniquilación de mí mismo y de todos, no sólo lo descubro en *los Otros*, sino que *soy yo mismo* este riesgo en tanto que Otro, es decir, en tanto que designado *con los Otros* como posible sobrante por la realidad material de lo circundante.» (Sartre, 2004, p. 287).

Por consiguiente, puede afirmarse que, más allá de medir los éxitos o los fracasos por parte de la sociedad humana al momento de arrancar el producto de su trabajo a la naturaleza, el concepto de escasez anteriormente esbozado funciona como hilo conductor para comprender el derrotero seguido por la historia humana hasta el día de hoy, sin necesidad de hacer referencia a abstracciones metafísicas tales como la «naturaleza humana»: para hacer inteligible la cruenta historia que la humanidad se ha dado a sí misma, resulta necesario seguir el camino trazado por una relación en que el hombre, «ese ser achaparrado, deforme, pero sufrido en el trabajo», ha arrebatado sus condiciones de vida a una «tierra ingrata y amenazadora» (*Ibíd*, p. 282).

### 2.2.3. *La revolución técnica y la posibilidad de superación de la escasez*

A pesar de que la escasez abre la posibilidad de existencia a una historia propiamente humana (*Ibíd*, p. 281 y ss.), caracterizada por los innumerables intentos sociales de hacerla retroceder y los múltiples modos en que es interiorizada por los individuos y reproducida en la vida social —con la inhumanidad de las relaciones sociales como su principal característica—, la esencia del conjunto de fenómenos que caracterizan lo que Echeverría (1995, p. 140 y ss.) llama el *fundamento de la modernidad* han puesto en entredicho esta condena aparentemente ineludible para la especie humana, según la cual la insuficiencia de bienes y la amenaza constante de aniquilación constituyen la base permanente de la



relación entre los seres humanos con la naturaleza, así como de las relaciones intersubjetivas.

Acorralados durante milenios, los seres humanos «premodernos» se enfrentaron de diversas maneras a una naturaleza que se presentaba cerrada en sí misma, y cuya única vía de acceso parecían ser los pactos religiosos que exigían el sacrificio de una parte de la comunidad para poder obtener de aquella algo más que la negación absoluta de sus condiciones mínimas de existencia (Cohn, 1995).

Sin embargo, a partir de una larga revolución tecnológica ocurrida desde el siglo XI hasta bien entrado el siglo XVIII con base en la asimilación de un «sincretismo técnico» (Mumford, 2006, p. 126 y ss.) y la lenta creación de un complejo tecnológico particular — la «eotécnica», según Mumford (2006)—, ocurre un cambio radical en el modo en que interactuaban hasta entonces lo humano y lo natural, inaugurándose la posibilidad de que dicha interacción partiera de una escasez sólo relativa de la riqueza natural (Echeverría, 2010b, p. 22); de que el trabajo humano se despojara de ese carácter negativo que brotaba de la imposibilidad de «ser-para-sí» (Marcuse, 1969) y se abriera a una producción infinita de formas posibles a partir de una materialidad no hostil, «ateniéndose a las leyes de la belleza» (Marx y Engels, 1982, p. 601); y, además, del establecimiento de un pacto no metafísico, en el que el conflicto entre lo humano y lo natural perdiera su carácter destructivo y adoptara otro, según el cual la producción material de los seres humanos no haría otra cosa que llevar adelante el proceso de creación de la historia natural en un estadio cualitativamente más elevado (Schmidt, 1976, p. 85).

Partiendo de la distinción entre *esencia*, *fundamento* y *figura* de la modernidad (Echeverría, 1995), es posible advertir que, si bien es cierto que con el lento desarrollo de la «eotécnica» se inauguran posibilidades nunca antes vistas de totalización de la vida humana, éstas se mantienen únicamente como «una realidad de concreción en suspenso, todavía indefinida» (Echeverría, 1995) mientras no adquieran una configuración histórica efectiva; dichas posibilidades, por consiguiente, sólo eran tales en la medida en que fueran encauzadas a ser el fundamento de formas de vida radicalmente nuevas, surgidas del conflicto entre las formas tradicionales y las nuevas condiciones históricas traídas por esta milenaria transformación en la estructura técnica.

#### 2.2.4. Acerca de la concreción histórico-geográfica de la modernidad

Este conflicto antes mencionado entre formas tradicionales de vida y nuevas condiciones técnicas derivó, en algunos casos, en el rechazo y el sometimiento de las transformaciones que la «eotécnica» traía consigo; en otros, por el contrario, existía ya una suerte de «preparación cultural» (Mumford, 2006, Cap. 1) que posibilitó la introducción de las mismas, ocurriendo una simbiosis entre las nuevas técnicas y los «compromisos históricos de larga duración» (Echeverría, 2010b, p. 109 y ss.) establecidos por las civilizaciones que aceptaron el «desafío» que representaba la asunción de lo moderno y la puesta en cuestión de sus formas tradicionales de vida.

De esta manera resulta inteligible que el encuentro más exitoso entre las posibilidades técnicas antes mencionadas y una civilización determinada se haya producido en Europa Occidental, pues la mercantificación ya milenaria de su vida económica, la organización social basada en el ascetismo religioso y en el productivismo exacerbado, así como un espacio que presentaba las condiciones adecuadas para su interconexión técnica<sup>20</sup>, fungieron como los cimientos sobre los cuales ocurrió una serie de transformaciones decisivas en el modo de reproducción social que hoy son perceptibles a escala global.

Una de estas transformaciones, crucial para definir lo específicamente moderno, es aquella que atribuye al Hombre una posición predominante en el cosmos:

«[...] la pretensión de la vida humana de supeditar la realidad misma de lo Otro a la suya propia; su afán de constituirse, en tanto que Hombre, o sujeto independiente, en calidad de fundamento de la Naturaleza, es decir, de todo lo infra-, sobre- o extra-humano, convertido en puro objeto, en mera contraparte suya.» (Echeverría, 1995, pp. 149-150).

---

<sup>20</sup> «[...] el "pequeño continente" europeo era el único que se encontraba en plena "revolución civilizatoria", sometido al esfuerzo de construirse como totalidad concreta de fuerzas productivas; el único que disponía entonces del lugar funcional adecuado para aceptar y cultivar un acontecimiento que consiste justo y ante todo en una potenciación de la productividad del trabajo humano y por tanto en una ampliación de la escala en que tiene lugar ese metabolismo del cuerpo social. La zona europea, como orbe económico capaz de dividir regionalmente el trabajo con coherencia tecnológica dentro de unas fronteras geográficas imprecisas pero innegables, poseía ante todo la *medida* óptima para ser el escenario de tal acontecimiento.» Echeverría (1995), p. 168.

De ser una criatura permanentemente aterrorizada dentro de un medio hostil, la confianza técnica posibilitó al Hombre el rompimiento de los pactos con una voluntad superior, y atribuir su devenir histórico al uso práctico de la *razón*. Ésta, lejos de hacer referencia a un mundo ordenado y concebido como *sistema*, pone al Hombre como el único ser capaz de ejercer la razón y de organizar progresivamente el azar y la casualidad del mundo mediante el uso de su *razón instrumental*<sup>21</sup>, ideada tan sólo como *medio* para alcanzar fines, los cuales no necesariamente eran guiados por la razón misma.

Desprendidos de este nuevo «humanismo» basado en el uso omniabarcante de la razón instrumental, otros rasgos inéditos de comportamiento aparecen en Europa en su proceso de modernización; entre ellos, es posible mencionar el *progresismo*, caracterizado por la reorganización de la experiencia de la historicidad de la vida humana: de ciclos eternos de orden y caos provenientes de una entidad superior e inaccesible, a la experiencia práctica de una innovación constante que dibuja una espiral ascendente de progreso técnico y social y de dominio sobre la naturaleza. El *individualismo*, como reconocimiento de la identidad individual basada en la propiedad privada, sustituye a su vez gradualmente a la comunidad cohesionada por vínculos estrechos de dominación y servidumbre; y *la ciudad*, constituida como el «recinto exclusivo de lo humano» (Echeverría, 1995, p. 152) y como ese espacio en el que el progresismo y la libertad adquieren materialidad, logra predominancia con respecto al campo y lo somete a sus necesidades (Marx y Engels, 1998, p. 44).

Reduciendo progresivamente su hostilidad mediante la razón y el cálculo, la Naturaleza se presenta ahora como algo exterior pero cuantificable, como el conjunto de reservas de que dispone el Hombre (Echeverría, 1995, p. 150) y frente a la cual éste intenta evidenciar su discontinuidad radical. Sometido a un proceso de represión, sustitución y fomento de ciertos rasgos que lo conectan con un estado de vida anterior (Echeverría, 2010,

---

<sup>21</sup> «De acuerdo con esta última concepción de la razón, sólo el sujeto puede ser racional en un sentido genuino, de modo que cuando decimos que una institución o alguna otra realidad son racionales, lo único que afirmamos es que los hombres las han organizado racionalmente, que les han aplicado, de modo más o menos técnico, su capacidad lógica, calculística.» Horkheimer (2002), p. 47.

p. 138 y ss.), el Hombre articula toda su existencia en torno a esta separación<sup>22</sup>, despojando a su vez a la Naturaleza de toda determinación concreta y reduciéndola a mera conceptualización abstracta, adecuada para los fines prácticos de la actividad humana.

Entre los múltiples caminos que pudo seguir la concreción histórica del fundamento de la modernidad, el más eficaz al momento de introducir y potenciar las nuevas capacidades productivas en el seno de la vida social fue el de la «proto-modernidad espontánea de la civilización occidental europea» (Echeverría, 1995, p. 170); este encuentro entre una sociedad en la que el *capital* se encontraba presente ya como fenómeno circulatorio y posibilidades inéditas de *relativización* de la escasez, no cambió el rumbo de una comunidad progresivamente escindida por el mercado; por el contrario, lo dotó de nuevos medios para profundizar su separación.

### **2.3. La figura capitalista de la modernidad: mercado, explotación del trabajo y desarrollo técnico**

#### *2.3.1. Propiedad privada y sociedad mercantil simple*

Para la teoría liberal, la propiedad privada constituye la carta de ciudadanía de los miembros de la comunidad humana; aquellos no propietarios, no integrados y reticentes a la propiedad determinada por el trabajo, pertenecerían a un «estado de naturaleza» que los conectaría a otros modos de vida inferiores, no civilizados.

Bajo los principios de libertad económica e igualdad jurídica, la sociedad moderna está compuesta por propietarios privados independientes entre sí, que conectan sus capacidades y sus necesidades a través del mercado; su identidad abstracta como propietarios que participan como ofertantes o demandantes en la esfera mercantil, les otorga el pleno convencimiento de que el libre intercambio de mercancías es el único medio

---

<sup>22</sup> «Esta relación de exclusión que es, a la vez, diferencia y negación, autonomía y exterioridad, se encuentra en el fundamento de nuestras ciencias, modela y organiza nuestros comportamientos políticos, económicos e ideológicos.» Moscovici (1975), p. 8.

de apropiación del trabajo del otro y, por consiguiente, de la satisfacción de sus necesidades (Fernández y Alegre, 2010, p. 289 y ss.).

Para que todos los productos del trabajo —y no únicamente la producción de excedentes— puedan convertirse en mercancías, es necesario que todos los trabajos cualitativamente diferenciados queden reducidos a ser manifestaciones cuantificables de trabajo abstractamente social; de igual forma, los objetos producidos deben expresar, a través de su materialidad, el valor gastado en su producción, así como el valor que poseen con miras a su intercambio por otros.<sup>23</sup> La existencia de una mercancía que cumpla la función de equivalente general es necesaria para eliminar las trabas impuestas por la arbitrariedad de la coincidencia de la oferta y la demanda en un mercado poco desarrollado.

La fórmula que esquematiza los movimientos económicos en la circulación mercantil simple (**Mercancía<sup>1</sup>-Dinero-Mercancía<sup>2</sup>**) describe una situación en la cual los propietarios privados articulan su sistema de capacidades con su sistema de necesidades a través del mercado, mecanismo sobre el cual ellos no pueden ejercer ningún control y cuyo funcionamiento parece milagroso a los ojos de sus participantes; aquí, la capacidad de los individuos para dar forma a su socialidad se encuentra *suspendida*, y son las fluctuaciones del mercado las que dibujan, de manera abstracta y casual, la figura distributiva de la sociedad.

Una sociedad constituida en estos términos, es decir, una sociedad carente de *proyecto* en la cual su politicidad constitutiva parece estar ausente y cuya reproducción se lleva a cabo mediante mercancías «comunes y corrientes» que circulan en una esfera mercantil «pura», sólo pudo haber tenido una existencia «históricamente breve y geográficamente escasa» (Echeverría, 1986, p. 109) debido a que el mismo carácter de indefinición política del proceso de reproducción ocasionó la abolición de su propio fundamento, a saber: una esfera económica neutral, que posibilitara la competencia económica libre entre sus miembros y la realización del valor de sus mercancías.

---

<sup>23</sup> «La forma general del valor, la cual presenta a los productos del trabajo como simple gelatina de trabajo humano indiferenciado, deja ver en su propia estructura que es la expresión social del mundo de las mercancías. Hace visible, de este modo, que dentro de ese mundo el carácter humano general del trabajo constituye su carácter específicamente social.» Marx (1975), p. 82.

Con el libre desarrollo de la competencia económica —y de las fuerzas productivas— la *medida mínima* de valor necesaria para establecer una unidad productiva rentable se vuelve cada vez mayor, por lo que la aparente igualdad económica de los propietarios se desvanece; algunos son capaces de arrojar a la circulación una suma de valor competitiva, otros son absorbidos por sus competidores y despojados de cualquier propiedad más allá de su corporeidad.<sup>24</sup>

### 2.3.2. *La circulación capitalista y la explotación de la fuerza de trabajo*

Contrario a lo que se piensa, una circulación mercantil desarrollada y el uso del dinero como equivalente general de la riqueza no constituyen aún los puntos de partida del modo de producción capitalista. Éste, por el contrario:

«Surge tan sólo cuando el poseedor de medios de producción y medios de subsistencia encuentra en el mercado al *trabajador libre* como vendedor de su fuerza de trabajo, y esta *condición histórica* entraña una historia universal.» (Marx, 1975, p. 207).

Ubicado originalmente en la esfera circulatoria en tanto que *capital usurario* —como «forma antediluviana de capital» (Marx, 1985, p. 15 y ss.)—, el capital sólo elimina el carácter intermitente de su aparición en la historia de las civilizaciones mercantiles al encontrar, como *requerimientos técnicos* para la realización del proceso de reproducción social, a dos tipos de propietarios estructuralmente distintos, que condicionan mutuamente su existencia en el acto mercantil: por un lado, los propietarios de los medios de producción que, con base en el crecimiento de sus capacidades productivas y la violencia, detentan el conjunto de elementos necesarios —a excepción de la tierra— para llevar a cabo el proceso de producción; por el otro, a aquellos propietarios privados que únicamente disponen de sus capacidades físicas y mentales como *su mercancía*, sometida como cualquier otra a las oscilaciones del mercado.<sup>25</sup>

---

<sup>24</sup> Algunos autores, como Fernández y Alegre, consideran que una sociedad de productores independientes que intercambian sus productos de manera generalizada consiste únicamente en el «experimento teórico de poner en juego la famosa "teoría del valor"» (2010, p. 293), mientras que Bolívar Echeverría, en un pasaje ya citado, advierte sobre la posibilidad de la breve existencia de una sociedad con dichas características.

La fórmula general del capital (**Dinero-Mercancía-Dinero'**) esquematiza una serie de transformaciones clave con respecto al intercambio mercantil simple. Mientras que en éste el objetivo del proceso se encuentra orientado a facilitar y diversificar el intercambio de valores de uso<sup>26</sup>, el capital —al apropiarse del funcionamiento del mercado— sitúa como primer y último término del proceso al dinero: primero como suma determinada que es arrojada a la circulación, y al final como una cantidad de dinero mayor que la anterior extraída de la misma. Aquí —y a diferencia de lo que ocurre con la circulación mercantil simple—, el dinero no se gasta, tan sólo se *adelanta* (Marx, 1975, p. 182).

La fórmula ilustra, además, un movimiento en el cual una suma de dinero inicial (**D**), al cumplir un ciclo dentro de la esfera circulatoria bajo la forma mercancía (**M**), retorna a su propietario con un incremento respecto a la cantidad originaria (**D'**). Situándonos en la esfera de la circulación, este aumento parece brotar de alguno de los movimientos ocurridos en el «cambio de manos» propio del mercado; el enriquecimiento progresivo de algunos poseedores sería explicable, por consiguiente, con base en su astucia para los negocios: *engañar y no ser engañado, comprar barato y vender caro*, se convirtieron en los presupuestos para dar cuenta del incremento de la riqueza en unas cuantas manos.

Marx (1975, p. 202) nos dice que este incremento de valor obtenido en el ciclo (**D-M-D'**) necesariamente debe brotar en la circulación, y a la vez, no brotar de ella. Esta paradoja aparentemente irresoluble invita a considerar el tipo específico de mercancías en que la suma inicial (**D**) es invertida: por un lado, el capitalista encuentra disponibles en el mercado los medios necesarios para llevar a cabo el proceso de producción de alguna mercancía; por otro, halla al trabajador *libre*, es decir, desprovisto de los medios de trabajo necesarios para

---

<sup>25</sup> «La presencia en el mercado de la fuerza de trabajo presupone la existencia del vendedor de la mercancía fuerza de trabajo. El vendedor presupone al propietario. Y el propietario que vende presupone la libre propiedad de la mercancía. Esta es también una libertad muy particular: libertad para vender una sola mercancía, imposibilidad de no venderla —una constricción aceptada libremente, la libertad precisamente que funda el capital.» Tronti (2001), pp. 169-170.

<sup>26</sup>En una interesante reflexión sobre la diferencia entre la ley mercantil simple y la ley mercantil-capitalista, Bolívar Echeverría sostiene: «Esta distinción es clave, esencial, porque nos está diciendo que toda civilización moderna, es decir, toda civilización globalizada, es imposible de imaginar con un sistema distributivo tradicional o regido por la cultura propia de una identidad localista [...] la mercancía es una conquista civilizatoria, y la civilización mercantil es un instrumento neutral de civilización porque permite, gracias a la combinación de valor de uso y valor de cambio, que se establezca la relación entre la succión de las necesidades de consumo y la oferta de productos, que los dos escenarios entren en contacto, sintiéndose mutuamente.» Echeverría (2011), pp. 287-288.

satisfacer sus necesidades de manera autónoma y obligado a disponer *libremente* de su fuerza de trabajo como su única propiedad. Mediante un contrato en el cual ambos propietarios se presentan como personas jurídicamente iguales en la esfera de la circulación —el terreno propio de la llamada «sociedad civil»— se establece una relación en la cual el capitalista adquiere el derecho de consumir, mediante el pago de un salario y durante un lapso de tiempo determinado en el contrato, la mercancía que adquirió: la fuerza de trabajo que, como única propiedad del trabajador, debe ser desplegada ahora con un fin ajeno a su voluntad.

El pago del valor de la fuerza de trabajo —determinado, como el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario requerido para su producción— y su empleo «no coinciden en el tiempo» (*Ibid.*, p. 211); el establecimiento de la relación jurídica entre comprador y vendedor no determina de suyo que los términos de la misma favorezcan a uno de los dos participantes: *el comprador paga justo el valor por lo que obtiene*. Si en el ámbito de la circulación, por consiguiente, nos encontramos con un intercambio de equivalentes, la disparidad entre la suma de valor inicial y la resultante del ciclo **D-M-D'** debe ubicarse en otro lugar. A este respecto, Tronti (2001) afirma:

«El dinero no es capital ni deviene capital, debe *transformarse* en capital. Si esta transformación se produce en la mercancía, en el proceso de consumo de una mercancía, es necesario que el valor de uso de esta mercancía posea una cualidad particular: ser fuente de valor. Su consumo real debe ser, él mismo, objetivación de trabajo y, por lo tanto, creación de valor.» (p. 169).

El consumo de este valor de uso excepcional por parte del capitalista es, pues, la explicación al problema del *plus de valor* resultante del ciclo descrito por la fórmula general del capital; el tiempo de trabajo del obrero que rebasa lo necesario para reponer al capitalista el valor que éste desembolsó para adquirir su fuerza de trabajo en el mercado es la clave que devela el misterio de dicha fórmula. De esta manera —aunque encubierta por las mistificaciones propias de la «sociedad civil»— la desigualdad del contrato jurídico establecido entre los dos propietarios salta a la vista: la esfera de la circulación, aparentemente neutral y pacífica, aparece ahora como un escenario donde «los propietarios



privados tienen un cuerpo lleno de apetitos rebeldes al control del alma: un territorio sumamente proclive a la violencia.» (Echeverría, 1998, p. 99).

La presencia activa del capital en esta esfera ocasiona la violación sistemática de las leyes del funcionamiento del mercado basadas en el respeto y la igualdad; las diferentes formas que adopta la riqueza en el proceso de reproducción social ya no surgen de un imperativo orientado a la satisfacción y diversificación de las necesidades sociales, estas formas —dinero y mercancía— no son sino «máscaras» que el capital debe asumir alternadamente para cumplir un ciclo que, ajeno a todo proyecto concreto de dar forma a la socialidad, tiene ya un sentido y una finalidad específica: *la autovalorización del valor mediante la explotación del trabajo*. Es posible, por lo tanto, afirmar que, con la determinación que ejerce el capital, la estructura mercantil de la riqueza social y su comportamiento capitalista muestran una complementariedad orgánica:

«Un sólo proceso y dos sentidos contrapuestos. En una dirección, el comportamiento capitalista del mercado es el instrumento de la expansión y consolidación de la estructura mercantil en calidad de ordenamiento fundamental y exclusivo de toda la circulación de la riqueza social (a expensas de otros ordenamientos "naturales"). En la otra dirección: la estructura mercantil es el instrumento de la expansión y consolidación de la forma capitalista del comportamiento económico en calidad de modo dominante de la producción y el consumo de la riqueza social.» (Echeverría, 1995, pp. 145-146).

### 2.3.3. *La subsunción real del proceso de reproducción social bajo el capital y el sentido destructivo del desarrollo técnico*

El modo de reproducción capitalista se caracteriza históricamente como aquel que, a diferencia de otras modalidades anteriores de producir y consumir la riqueza, promueve la transformación incesante de las circunstancias en que se desenvuelve. Por este carácter progresista y revolucionario, en el *Manifiesto Comunista* pueden leerse las valoraciones positivas que Marx y Engels escribieron sobre el modo en que las relaciones burguesas rompen con las ataduras de modos de producción arcaicos y limitados:

«La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, vale decir las relaciones de producción y, por ende, todas las relaciones sociales. En cambio, la conservación inalterada del antiguo modo de producción era la condición primordial de la existencia de todas las clases industriales anteriores. El continuo trastocamiento de la producción, la conmoción ininterrumpida de todas las situaciones sociales, la eterna inseguridad y movilidad distingue la época burguesa de todas las demás.» (Marx y Engels, 1998, pp. 42-43).

Como ya se mencionó anteriormente, la preexistencia del capital en la esfera de la circulación en la economía europea jugó un papel crucial en la interiorización de la revolución técnica «posneolítica» por parte de un proyecto civilizatorio caracterizado por un productivismo exacerbado como modo de hacer frente a una escasez de carácter *absoluto*; al mantener ese productivismo como la finalidad única del proceso de reproducción social —a pesar de las posibilidades reales de *relativizar* la escasez y darle un nuevo sentido al proceso de reproducción social—, el desarrollo ininterrumpido de la técnica moderna se convirtió en la manera más eficaz de elevar la productividad del trabajo. A pesar de todos los caminos inéditos que dicha revolución técnica abre para la creación humana, el capital —cuya presencia en la esfera de la producción era cada vez más determinante— sólo actualizó aquellas que servían directamente a su propósito abstracto de acumulación; al hacerlo así, demostró que «sólo es capaz de fomentar e integrar la neotécnica de una manera unilateral y empobrecedora; la trata, en efecto, como si fuera la misma técnica neolítica, sólo que potenciada cuantitativamente» (Echeverría, 2010, p. 30).

En un primer momento, el capital subsume la fuerza productiva del trabajo *formalmente*, es decir, poniendo bajo su control a una estructura técnica y a una organización social preexistentes; esta dirección por parte del capital no cumple una función derivada de la organización misma del proceso de trabajo, sino que se caracteriza por sus «rasgos autoritarios» (De Palma, 1972, p. 8 y ss.) orientados a realizar los objetivos de la producción capitalista. Aquí, sin embargo, la producción de plusvalor se encuentra limitada por medios de trabajo y formas sociales de organización que incluso entorpecen las pretensiones de acumulación y crecimiento del capital.

El concepto de *subsunción real del proceso de trabajo*, expuesto ampliamente por Marx en el llamado «Capítulo sexto inédito» de *El capital*, hace referencia al proceso mediante el cual el capital se apodera, no sólo del plusvalor producido por los asalariados bajo el mando del capitalista, sino también de las fuerzas sociales del trabajo y el sentido de su desarrollo.

Como ya se sabe, la separación del trabajador con respecto a sus medios de trabajo constituye el punto de partida histórico del modo de producción capitalista; por tanto, la relación del capital con el trabajo presupone al trabajador atomizado, despojado de sus medios de producción y de subsistencia. En estas condiciones, el capital se convierte en una *mediación necesaria* para que el proceso de trabajo pueda ser realizado, pues sin ella los trabajadores aparecen «simplemente amontonados» (Marx, 2005, p. 25) en el mercado, sin poder desempeñar ninguna actividad productiva. Al reunirse y trabajar colectivamente, su cooperación no es más que una *forma de existencia* del capital, que aprovecha la fuerza productiva de trabajo acrecentada debido al trabajo cooperativo para incrementar la acumulación.<sup>27</sup> Debido a que el pago de salarios los realiza de manera individual, esta fuerza eminentemente social del trabajo resulta gratuita para el capital.

Posteriormente, la organización manufacturera del trabajo, caracterizada por la fragmentación de los trabajos artesanales —generalmente realizados por un individuo— en determinado número de funciones heterogéneas, supuso el aumento de la productividad del trabajo social, pero también la asignación permanente y exclusiva de una función parcial a cada obrero, con lo cual éste se vio despojado de su capacidad para conocer la totalidad del proceso productivo, quedando condenado a una «especialización sin contenido» (Marx, 2005, p. 48). Al obrero anteriormente escindido de sus medios de trabajo, ahora, en el periodo manufacturero, se le presentan como algo ajeno también su capacidad de trabajo y el tipo y el modo en el que éste se realiza (*Ibíd.*, pp. 33-34).

La época manufacturera choca irremediablemente con barreras técnicas determinadas por el carácter artesanal de sus instrumentos y por la dependencia de la

---

<sup>27</sup> «El carácter capitalista de la cooperación es determinado por el fin de la producción que consiste en la apropiación de la mayor plusvalía posible, por la configuración del proceso de trabajo como proceso de consumo de la fuerza de trabajo por parte del capitalista, por el control que ejerce el capitalista sobre los individuos cooperantes y por la propiedad del producto por parte del capitalista.» (De Palma, 1972, pp. 7-8).

productividad con respecto a la fuerza humana para el manejo de los mismos; si bien es cierto que las fuerzas naturales ya son utilizadas para producir energía, éstas se encuentran determinadas por su *situación geográfica* (Marx, 1975, p. 459). Es sólo con el desarrollo de máquinas, impulsadas por un autómatas central que se mueve a sí mismo, que resulta posible la consolidación de un sistema de fábricas cuyo funcionamiento homogéneo e ininterrumpido a través de máquinas conectadas entre sí, que el capital se libera definitivamente de las barreras impuestas por la fuerza humana, quedando ésta relegada a ser mero apéndice de nuevas fuerzas motrices que desbordan con creces sus capacidades.

Aquí, el *sentido* capitalista domina ya no sólo la totalidad de fases que componen el proceso trabajo; de él depende, a su vez, la condición para la realización del mismo y todo desarrollo tecnológico posterior.<sup>28</sup>

«el uso capitalista de las máquinas no es, por así decirlo, la simple distorsión o desviación de un desarrollo "objetivo" en sí mismo racional, sino que dicho uso determina el desarrollo tecnológico.» (Panzieri, 1972, p. 43).

Cada mejora introducida en el proceso productivo mediante los progresos de la ciencia se orienta, no a reducir la carga de trabajo social —producir lo mismo con menos trabajo—, sino a acortar el tiempo de trabajo necesario y prolongar el tiempo de plustrabajo en una jornada laboral dada —producir más con el mismo trabajo—. Con el abaratamiento generalizado de las mercancías debido al aumento de la productividad, cae a su vez el valor de la fuerza de trabajo, despojada ya de sus capacidades para controlar el proceso de producción global, de esta manera:

«[...] las fuerzas sociales generales del trabajo, incluidas las fuerzas naturales y la ciencia, aparecen directamente como armas, sea para echar al trabajador a la calle, para ponerlo como un sujeto excedentario, sea para romper su especialización y las pretensiones basadas en ella, sea para someterlo al despotismo y a la disciplina militar del capital organizada en el mundo fabril.» (Marx, 2005, p. 56).

---

<sup>28</sup> La teoría marxiana de la subsunción formal y real del proceso de trabajo revela su actualidad al discutir acerca de la naturaleza de la tecnología moderna, pues permite el cuestionamiento de aquellos que afirman un entrecruzamiento histórico no necesario entre dicha tecnología y el desarrollo capitalista (Lewis Mumford), así como de los que afirman una supuesta ambigüedad de la técnica (Jürgen Habermas) frente a las formas sociales que hacen uso de ella.

La «ley general de la acumulación capitalista» —desarrollada por Marx como corolario de su crítica a la economía política— muestra que para la realización de la acumulación resulta necesaria la reproducción de una parte del sujeto social en calidad de excedentario, que permita al capital disponer de él sin que las barreras naturales del crecimiento de la población se interpongan a sus necesidades. De este modo, una parte creciente de la población es atraída y repelida por los ciclos del capital y, además, funciona como acicate para el «sector del ejército industrial en activo», que se ve sometido a grados de explotación directamente proporcionales al crecimiento de la productividad del trabajo.

El periodo de «audacia técnica» del capital [1750-1914] (Bloch, 2006) es la época del perfeccionamiento de los mecanismos para la extracción del plusvalor, pero también del crecimiento explosivo de la productividad del trabajo; las crisis posteriores —cuyo resultado es la barbarie y destrucción características del siglo XX— demostraron que la técnica capitalista hacía posible la producción de una cantidad de riqueza que desbordaba las estrechas formas sociales del mismo modo de producción:

«Antes de la última crisis se produjo más de lo que el capital podía dominar. Comenzó el hambre, esta vez no, como en épocas anteriores, por causa de malas cosechas, sino porque los graneros estaban demasiado llenos. Como salta a la vista y es bien conocido, la economía capitalista privada que, un día, desencadenó la producción, se ha convertido en el grillete de esta última.» (Bloch, 2006, pp. 237-238).

A partir de entonces, el sentido del desarrollo técnico se encamina a entorpecer e incluso a eliminar la *tendencia inmanente* del mismo; las fuerzas productivas, como promesa de la progresiva relativización de la escasez en la que se desenvuelve la existencia humana, se han convertido en el mecanismo más eficaz de creación de una *escasez absoluta artificial*, en la que el escenario de violencia y sacrificio constitutivos, propio de épocas de escasez absoluta, se recrea con profundidad y eficacia desconocidas en tiempos arcaicos (Echeverría, 1998, p. 112 y ss.).

Este sentido destructivo del desarrollo técnico en vías de perder su carácter artificial y adquirir uno natural y necesario para su prosecución, que convierte al Hombre «en un animal de voracidad sin límites, irremediabilmente insatisfecho e insaciable» y a la Naturaleza «en un reservorio constitutivamente escaso, en una simple masa de "recursos no

renovables"» (*Ibíd*, p. 118), demuestra que, hoy en día, más que ser una condición intrínseca de la riqueza social o un desperfecto de la racionalización de la sociedad, «la escasez no es la consecuencia de un fracaso del capitalismo, sino todo lo contrario, el resultado de su triunfo.» (Echeverría, 2006, p. 41).

## **2.4. La fractura metabólica como expresión de la enajenación de la *politicidad***

### *2.4.1. Crisis estructural, mercado y cosificación*

Al individuo inmerso en el «traficar y manipular» propio de la sociedad moderna lo caracteriza una confianza casi ilimitada en el uso de la razón instrumental; aparentemente, todo cae o está destinado a caer bajo el cálculo racional, mediante el cual dicho individuo garantiza su posición dominante en el mundo.<sup>29</sup> La economía y la política son las dimensiones de la vida social que, anteriormente articuladas mediante el respeto a códigos religiosos en apariencia incuestionables, experimentaron procesos de secularización en los que la autonomía del individuo abstracto y la capacidad «milagrosa» del mercado adquirieron preeminencia por encima del respeto a las formas premodernas en que se llevaba a cabo el proceso de reproducción social, vistas ahora como arcaicas e ineficaces para la consecución de los productos del trabajo y la estructuración efectiva de las relaciones sociales.

Característica de una época de un desbocado desarrollo de las fuerzas productivas y de una creciente competencia económica, la garantía de vivir en un mundo dominado por la razón se desvanece con el despliegue de las contradicciones inherentes al sistema económico capitalista, que arrastra consigo fuerzas incomprensibles para el sentido común de la época;<sup>30</sup> con la aparición de las primeras crisis económicas modernas a partir de 1825,

---

<sup>29</sup> «Lo nuevo del racionalismo moderno consiste en que se presenta —y cada vez más a lo largo de su evolución— con la pretensión de haber descubierto *el principio* de la conexión de todos los fenómenos con que se enfrenta la vida del hombre en la naturaleza y en la sociedad.» Lukács (1969), p. 123.

<sup>30</sup> «Es correcto hablar de una ilusión heroica de los humanistas burgueses, que creyeron a pie juntillas en su ideal de una sociedad burguesa libre y armónica, que sería la base de un inaudito despliegue de la

comienzan a establecerse de manera inconsciente los límites de la *ratio* burguesa, más allá de los cuales predominan la irracionalidad y el oscurantismo, al perder el cálculo su capacidad previsoras ante la creciente división del trabajo social.<sup>31</sup> Por ello, quizás resulta pertinente hablar de qué es precisamente lo que impide a la racionalidad moderna cumplir sus pretensiones de abarcar el mundo como totalidad, pues a pesar de que la experiencia confirma una y otra vez el dominio pleno de la razón, las crisis irrumpen con tal radicalidad que es posible decir, siguiendo a Walter Benjamin (2008, p. 43), que «el "estado de excepción" en que ahora vivimos es en verdad la regla.».

La afirmación de la propiedad privada como principio estructurador de la vida económica moderna, el axioma según el cual el *bienestar general* consiste en la suma de los intereses egoístas de cada uno de los miembros de la sociedad en calidad de propietarios privados, así como la pretensión de constituir a la sociedad burguesa a imagen y semejanza de un sistema natural articulado según los paradigmas de la ciencia empírica —frente a la cual el burgués se comportaría como un simple observador (Lukács, 1969, p. 144)—, chocan ineludiblemente con barreras que no están constituidas por resabios del oscurantismo y la irracionalidad propios de épocas anteriores, sino por la naturaleza misma de la manera en que se reproduce la riqueza.

A pesar de lo que ella dice de sí misma, la sociedad moderna experimenta una suerte de «crisis estructural»<sup>32</sup> característica de todas las sociedades que articulan su vida económica en torno a la propiedad privada; si la esfera productiva de la sociedad está constituida por una serie de propietarios privados desconectados entre sí e indiferentes con respecto a las necesidades concretas de dicha sociedad —que sólo entran en sus planes como *mediación necesaria* para la valorización de su capital inicial—, puede decirse que

---

personalidad de todos sus miembros. Pero la realidad capitalista fue más poderosa que sus sueños, engendrados por la superación crítica de las trabas feudales; entre la praxis y el ideal subsistió un abismo infranqueable, como por fuerza debía suceder en el intento de conciliar el régimen de propiedad burgués con el humanismo.» Kofler (1972), p. 129.

<sup>31</sup> «[...] la burguesía recubre en la vida cotidiana la estructura dialéctica del proceso histórico con las abstractas y cuantificadoras categorías de la reflexión, el progreso indefinido, etc., para luego enfrentarse, en el momento del cambio, con catástrofes sin mediación.» Lukács, *op. cit.*, p. 182.

<sup>32</sup> «en la situación de un proceso de reproducción atomizado o privatizado, sea éste simple o capitalista, la situación de crisis es una *situación estructural*. En principio, la reproducción social en su forma mercantil, o mejor dicho en su *proto-forma privatizada*, es imposible.» Echeverría (1986), p. 138.

existe una situación crítica en el ámbito distributivo, es decir, en el momento en el que los productos del trabajo deben transformarse en bienes de consumo. La imposibilidad de la reproducción de la riqueza en estos términos de inconexión social, obliga al surgimiento de una solución «de emergencia» (Echeverría, 1986, p. 140) que posibilite la reconexión entre producción y consumo y, con ello, la supervivencia misma de la especie.

Al ocurrir mediante la transformación de los productos del trabajo en mercancías que circulan gracias al azar y a la indeterminación propias del mecanismo mercantil, la reproducción de la riqueza social adopta una serie de características que la alejan definitivamente de una situación en que la sociedad establece de manera consciente la articulación entre su sistema de capacidades y su sistema de necesidades. La mercancía, como «forma elemental de la riqueza» (Marx, 1975, p. 43), se convierte en un objeto con «efectividad doble»<sup>33</sup>: por un lado, una efectividad *concreta pero privada*, al fungir como satisfactor de necesidades sociales pero sólo en la medida en que se convierte en una suma de valor abstracto volcada al intercambio; por el otro, una efectividad *abstracta pero social*, pues el movimiento de las mercancías en tanto que suma de valores abstractos es la única manera posible para reconectar socialmente a propietarios privados en una situación de *asociabilidad* estructural.<sup>34</sup>

En el apartado 4 del capítulo primero de *El capital*, titulado «El carácter fetichista de la mercancía y su secreto» (*Ibid.*, pp. 87-102), Karl Marx descubre el modo en que la determinación social del trabajo, oculta tras el tipo de propiedad característico del régimen capitalista, se revela para los productores como una cualidad «misteriosa» del objeto mercantil, que parece atribuirse toda la capacidad distributiva de la riqueza al interior de la sociedad, como si una «mano invisible» llevara, de manera inexplicable pero bondadosa, a los objetos en calidad de productos a su destino en calidad de bienes. Este fetichismo del objeto mercantil, sin embargo:

---

<sup>33</sup> Cf. Echeverría (1977), «El concepto de fetichismo en el discurso revolucionario», en *Dialéctica*, Año III, No. 4, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.

<sup>34</sup> «Dieser Schein des gegenseitigen Austausches nach dinglich und unabhängig von der lebendigen Arbeitskraft sich vollziehenden »Gesetzen« macht das Wesen des Fetischismus aus» Kofler (1975), p. 32. [Esta apariencia de intercambio recíproco según leyes autónomas, cósicas e independientes de la fuerza viva de trabajo, constituye la esencia del fetichismo]



«[...] no es más que la manera como se muestra en la composición objetiva de las cosas un fenómeno global, que caracteriza a toda la reproducción social, el fenómeno de la cosificación.» (Echeverría, 1986, p. 211).

Dicho fenómeno de cosificación de las relaciones sociales, aún cuando parte de la estructura de la mercancía misma —existente hace miles de años—, es un problema específico de nuestra época, la del capitalismo moderno, ya que, no obstante que la forma mercantil aparece episódicamente en diversos estadios de la historia humana, es sólo con la consolidación del modo de producción específicamente capitalista que la forma mercancía adquiere una influencia decisiva sobre todas las manifestaciones de la vida (Lukács, *Ibíd.*, p. 90 y ss.).

La ya mencionada fórmula general del capital hace alusión a una situación en la cual la sociedad mercantil simple se ha despojado de ese carácter de indeterminación propio de un mercado que sólo funciona para efectuar la reconexión social de productores atomizados; el ingreso al mercado del sujeto productor de valor mercantil y el libre consumo de su fuerza de trabajo en la producción, inauguran una época en la que el dinero pierde su función original —mediador del metabolismo social— y adquiere otra: la de ser una suma de capital inicial que, a través de múltiples metamorfosis, se transforma en una suma de capital incrementada.

De esta manera, la finalidad abstracta del capital, constituido como un «capital emancipado» (Marx y Engels, 1982, p. 608), determina la manera en que funcionarán las distintas ramas productivas del trabajo —su relación capital constante/capital variable—; el modo específico en que el sujeto se reconectará con sus medios de trabajo —una vez despojado de su propiedad natural con respecto a ellos—; y, por último, el porcentaje del *pluscapital* que se arrojará a la circulación<sup>35</sup>, del cual depende el porvenir del ejército industrial de reserva.<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> En la traducción al español se vierten indistintamente como *circulación* dos conceptos —*Umlauf* y *Zirkulation*— que en *El capital* cumplen propósitos distintos: el primero describe propiamente la esfera de la circulación o de actos formales de intercambio mercantil; el segundo, por el contrario, hace referencia al proceso circulatorio del capital global, que incluye a la producción como uno de sus momentos. Cf. Echeverría (1994), p. 70 y ss. y Veraza (2007b), p. 96.

La forma que adopta la reproducción de la riqueza social parece estar dominada, por consiguiente, por la voluntad de un «sujeto automático» (Marx, 1975, p. 188) que, con su movimiento autónomo, determina la manera específica en que la esfera de capacidades y la esfera de necesidades se conectan para garantizar la supervivencia de la especie: sólo aquellas iniciativas productivas y aquellas necesidades consuntivas que tengan la impronta de servir como medio para la *valorización del valor* tienen cabida dentro de ellas.

#### 2.4.2. *La enajenación política, la nación y el estado*

La secularización de la dimensión política de la sociedad, cuya expresión es la separación de la Iglesia y el Estado propia del laicismo liberal a partir del siglo XVIII, es observada generalmente como un triunfo de la racionalidad y de la autonomía de lo político por encima de los mecanismos religiosos que tenían como finalidad la reconexión de los seres humanos como parte de una comunidad basada en la obediencia irrestricta a un dios.<sup>37</sup> Pretendidamente autónoma y ajena a toda «contaminación religiosa», la esfera política de la modernidad sería ese lugar donde, lejos de todo privilegio ideológico, los intereses comunes de la sociedad moderna encuentran expresión, demostrando que la armonía de los intereses privados puede ser alcanzada ahí con una eficaz gestión política basada en la democracia. Esta pretensión ilusoria parte de la constatación de dos hechos que, como veremos, no son más que «soluciones precarias» a un problema estructural que se conecta con lo expuesto más arriba.

El primero hace referencia a la capacidad del individuo moderno para ejercer libremente su *politicidad*. Si bien es posible afirmar que aquello que diferencia al ser humano con respecto a todos los animales gregarios es la capacidad para dar forma —de

---

<sup>36</sup> La exposición de la manera en que el capital se autonomiza y determina el funcionamiento del proceso de reproducción social mediante sus metamorfosis, está expuesto pormenorizadamente en la sección primera del Tomo II de *El Capital*. El *capital dinerario*, el *capital productivo* y el *capital mercantil* no son tres tipos de capital que existen de manera independiente, coordinados en busca de defender sus intereses en común; en realidad, es el Capital el que asume esas formas determinadas y recorre sus ciclos para poder someter al proceso de reproducción social en su conjunto. Cf. Marx (1976), pp. 28-181.

<sup>37</sup> «"Matar a Dios" había consistido, simple y llanamente, de acuerdo con la secularización liberal de la modernidad capitalista, en hacer a un lado las viejas entidades metafísicas, los viejos representantes-domadores de "lo otro" hostil en la resolución de los asuntos de la vida política.» Echeverría (2006), p. 43.

manera libre— a su socialidad, son prácticamente nulas las ocasiones que se le han presentado al ser humano para ejercer, ya sea como asociación de individuos o como persona singular, su libertad como soberanía (Echeverría, 1995, pp. 172-176). Factores extra-políticos han determinado que esta capacidad constitutiva del ser humano se ejerza siempre de manera negativa, y han concentrado y monopolizado para sí esta capacidad de reproducir la forma de la vida social de los seres humanos. En el caso de la sociedad moderna capitalista, el valor de la mercancía-capital se convierte en el sujeto sustitutivo de la *politicidad* humana:

«Instalado en la esfera de la circulación mercantil, el Valor de la mercancía capitalista ha usurpado (*übergrifen*) a la comunidad humana no sólo directamente la ubicación desde donde se decide sobre la correspondencia entre su sistema de necesidades de consumo y su sistema de capacidades de producción, sino también, indirectamente, la ubicación política fundamental desde donde se decide su propia identidad, es decir, la forma singular de su socialidad o la figura concreta de sus relaciones sociales de convivencia» (Echeverría, 1995, p. 174).

El segundo —directamente conectado con el primero— se refiere a la ilusión según la cual el Estado-Nación sería la expresión auténtica de una *comunidad orgánica*, construida a partir de condiciones naturales particulares, como un ente histórico-cultural (Echeverría, 1986). A diferencia de aquellos que intentan rastrear las raíces del Estado moderno en los orígenes de las civilizaciones que sirvieron como terreno para su surgimiento, la necesidad de su aparición responde más bien a desarrollos recientes, ubicados en la historia del capitalismo en el momento en que la acumulación de capital —como proceso *tendencialmente unitario*— debió realizarse de manera fragmentaria ante su incapacidad técnica para funcionar en una escala planetaria (Echeverría, 2006, pp. 143-154).

El Estado, pues, surge como necesidad de una masa de propietarios privados históricamente asentados en un territorio común para la realización de sus actividades productivo-consuntivas, inevitablemente coincidentes con la voluntad cósmica de sus capitales en el proceso de valorización frente a aquellas otras que se contraponen, ya sea desde el interior, o desde otras entidades estatales al exterior.<sup>38</sup>

Dado que el capitalismo no alcanza a construir una *figura* totalmente nueva para la reproducción de la riqueza social, su mediación puede considerarse como una «negación débil» (Echeverría, 1995, p. 158 y ss.) de la *comunidad natural* que, sirviendo como soporte para la realización del *telos* capitalista, no desaparece, sino que es subsumida en favor de dicho *telos*.

El capital, en tanto que sujeto abstracto que determina el sentido de la reproducción social, necesita dotarse de un proyecto concreto de elección civilizatoria; sólo puede existir como elemento parasitario pero determinante de un modo específico en que los seres humanos trabajan sobre la naturaleza. Por ello, es a través de la subordinación de lo que Echeverría (1985, p. 185 y ss.) llama la «sustancia de la nación», es decir, las múltiples formas social-naturales en que existe el ser humano como ente histórico-cultural, que el capital puede existir efectivamente en la historia de la humanidad; la «nación del Estado», resultado de dicho sometimiento, se establece como una lucha constante de conservación de valores y comportamientos afines a la acumulación de capital, y de supresión de aquellos impugnadores de ella. La empresa estatal sintetiza los intereses privados y los convoca a defender una causa general trascendente y aglutinante: la construcción histórica de la nación como un conglomerado de propietarios que salvaguardan un patrimonio común al interior de las fronteras territoriales en las cuales se encuentra asentada.

El ejercicio de la política en estos términos, a pesar de sus pretensiones de ser expresión genuina de los intereses de la nación, no es más que el modo en que la «superestructura» administra los resultados de la enajenación de lo político<sup>39</sup>, ubicada en el momento en que, incapaces para decidir libremente la forma de su socialidad, los seres humanos obedecen los dictados del *pseudo-sujeto capital* y construyen cotidianamente relaciones que niegan su soberanía.

---

<sup>38</sup> Esto no supone que el Estado sea simplemente un instrumento de la clase dominante contrapuesto a la llamada "sociedad civil"; aquí se considera que la acción del Estado —tal y como aquí se lo ha descrito— tiene como mediación necesaria la "complicidad" o participación de diversos estratos de dicha sociedad; además, no se considera tampoco a la clase dominante como un bloque homogéneo de intereses convergentes, sino que, como afirma Heinrich: «Los intereses que determinan la actuación del Estado no están simplemente ahí, esperando a su realización, como se supone en la concepción instrumental del Estado, sino que tienen que *constituirse*» Heinrich (2008), p. 212.

<sup>39</sup> Echeverría (1986), p. 214. Véase también Sartre (1973), «Las elecciones, una trampa para bobos», en *Revista Contrahistorias*, Segunda serie, No. 14, Marzo-Agosto de 2010, México D.F.

### 2.4.3. *La expresión material de la enajenación política: la fractura metabólica y la destructividad de la tecnología capitalista*

El trabajo como actividad mediadora entre el hombre en tanto que ser natural y la naturaleza como su «cuerpo inorgánico» constituye una condición *transhistórica* para la vida humana; el intercambio material o metabolismo entre el hombre y la naturaleza (*Stoffwechsel*), como expresión del comportamiento particular del hombre como ser orgánico, es el fundamento ineludible de la vida social. Si se comprende a la crisis ecológica como una *situación límite* en la cual las condiciones de existencia del modo de reproducción capitalista han puesto en entredicho las condiciones de supervivencia de nuestra especie —entre muchas otras—, es plausible señalar, como causa primera de dicha crisis, a una *fractura* en el metabolismo descrito anteriormente.

El sentido estructural de la reproducción capitalista, tal y como se ha mencionado, es la acumulación del capital mediante la valorización de un valor que, a través de varias fases, regresa a su punto de partida como una suma incrementada del mismo; la innovación técnica, como elemento decisivo en la competencia entre múltiples capitales, se orienta a elevar la productividad considerando de manera *exterior* tanto las necesidades sociales como los ciclos de la naturaleza, por lo que sólo puede progresar —tal y como Marx expresa en *El capital*— socavando «a los dos manantiales de toda riqueza: *la tierra y el trabajador*» (Marx, 1975, p. 613). Se parte aquí, pues, de un acuerdo tácito con los postulados de la *Crítica de la economía política* con respecto a los resultados destructivos que arroja el progreso de la técnica capitalista.

Siendo lo anterior ya un *lugar común* al interior de la crítica ecológica anticapitalista, resulta necesario, sin embargo, realizar un análisis de las *consecuencias políticas* que esto arroja, polemizando con las tendencias predominantes en el seno de dicha crítica. Por el momento, este apartado se limitará a discutir brevemente con un autor marxista, James O' Connor, cuyo libro *Causas naturales* (2001) es considerado pionero en la reflexión ecológica basada en la *Crítica de la economía política*.

Si bien en *Causas naturales* pueden encontrarse reflexiones interesantes sobre el papel de la naturaleza en la crisis económica capitalista, la noción de crisis ecológica de su autor no remite, por principio, a límites de carácter objetivo, a contradicciones ubicadas en el plano fundamental de la reproducción social, por el contrario:

«[...] la crisis ecológica puede definirse como el punto de inflexión en la batalla política entre, digamos, ambientalistas que están tratando de proteger un ecosistema o "zona silvestre", y promotores capitalistas movidos por el afán de inversiones y búsqueda de lucro, es decir, el momento en el que nadie sabe qué lado va a salir ganando.» (O' Connor, 2001, p. 169).

Para O' Connor, el carácter decisivo de la crisis ecológica no está dado por la fractura metabólica ocasionada por el modo de reproducción capitalista; tomándola como presupuesto, dicha fractura aquí no es más que el escenario en el que la lucha política y el conflicto de intereses procapitalistas y anticapitalistas es lo primordial. Consecuentemente, para este autor —insertándose en un amplio debate contemporáneo— la tecnología moderna no es intrínsecamente destructiva, sino que, partiendo de la aceptación de su *ambigüedad*, sería su uso y control capitalistas lo que ocasiona su inadecuación con las necesidades sociales:

«La tecnología en sí misma puede ser menos culpable que la forma en que el capital la organiza y la usa en los lugares de trabajo dedicados a dominar el trabajo y a la producción de plusvalor y utilidades.» (Ibíd, p. 244).

Por ello, la «cuestión tecnológica» para la lucha anticapitalista consistiría, fundamentalmente, en ganar terreno en la toma de decisiones con respecto al desarrollo tecnológico, sometiendo a un consenso democrático el rumbo del mismo, lo que facilitaría el discernimiento entre tecnologías «buenas» y «malas»:

«Como gran parte de la tecnología actual, si no toda ella, sirve no tanto para derrotar cuanto para impedir las formas populares de organización social, y puesto que las elecciones técnicas tienen una importancia tan grande en el mundo social como se nos presentan a la mayoría de nosotros, "la democracia [...] sólo es auténtica en la medida en que pone las cuestiones [tecnológicas] bajo el control popular bien preparado"» (Ibíd, p. 249).

La postura de O' Connor, muy difundida en el ámbito de los análisis marxistas sobre la crisis ecológica, parte de una insuficiencia —señalada por Echeverría (1986, p. 213 y ss.)— a la hora de considerar lo *específicamente político* en el ámbito de la reproducción social. Dicha insuficiencia consiste en la aceptación acrítica de la oposición tradicional entre economía y política («*infraestructura / superestructura*»), en la que la «superestructura» política aparece como el ámbito por excelencia de la toma de decisiones con respecto a la forma social en que *lo económico*, proceso irreflexivo y carente de sentido, debe ser encaminado. Para Marx, por el contrario, *lo político* aparece como característica fundamental de la infraestructura económica, es el lugar en el que se define la forma y el *telos* de la reproducción social.

En una sociedad atomizada, carente de proyecto y atravesada por la finalidad de un *sujeto automático*, la «politicidad espontánea» de la mercancía-capital consiste «en la capacidad que tiene el proceso de valorización y acumulación de la riqueza capitalista global para dirigir el progreso concreto de la sociedad, los cambios efectivos del conjunto de su producción y consumo» (*Ibíd*, p. 215). Siguiendo esta argumentación, es posible afirmar que la lucha política que O' Connor considera como característica decisiva de la crisis ecológica no es, tal como él piensa, un escenario neutral que dependa de la *acumulación de fuerzas* en sus polos constitutivos; por el contrario, la lucha política en la sociedad capitalista se encuentra marcada por un desencuentro fundamental, por la *enajenación política* ubicada en el ámbito de la «infraestructura» económica.

La fractura metabólica debe, por lo tanto, ser considerada como la expresión necesaria de la enajenación política característica de la sociedad capitalista; al estar intervenida y orientada por el capital, la reproducción social no sólo adquiere una finalidad ajena a la satisfacción y diversificación de las necesidades sociales, sino que construye progresivamente una base técnica adecuada al fin abstracto de la valorización del valor, para el cual la naturaleza sólo aparece como reserva gratuita de recursos explotables para el cumplimiento de dicha finalidad. Por dicha razón, Ernst Bloch (2006, p. 276) identifica una conexión necesaria entre las crisis económicas capitalistas y sus «accidentes técnicos»:

«el accidente técnico no carece de afinidad con la crisis económica ni ésta con el accidente técnico [...] en el fondo, ambas catástrofes se corresponden, porque ambas proceden, en último

término, de una *relación abstracta, mal mediada, del hombre con el sustrato material de su obrar.*»

Esta relación abstracta mencionada por Bloch no es otra que la relación que establece el capital con la naturaleza en una situación en la que la politicidad constitutiva de lo humano se encuentra enajenada, delegada a los designios del capital. Por ello, puede afirmarse —siguiendo a Anselm Jappe (en Marx, 2014)— que la contradicción fundamental del capitalismo no consiste en la oposición entre el trabajo asalariado y el capital, inmanente al sistema capitalista y cuyo escenario de batalla se encuentra en la esfera de la circulación mercantil; más bien, se localiza en el conflicto de dos tendencias contrapuestas en el plano de la definición política del proceso de reproducción social: superponiéndose y negando de manera continuada a la «forma natural» de dicho proceso, la finalidad abstracta de la valorización capitalista debe tratar a las dos fuentes de la riqueza como medios domeñables y sustituibles de la acumulación del capital:

«Una y otra vez se pone así de manifiesto que nuestra técnica hasta ahora se sitúa en la naturaleza como un ejército de ocupación en territorio enemigo, sin saber nada del interior del país, siéndole trascendente la materia de la cosa.» (Ibíd, p. 279).

## **2.5. Conclusión**

En su conocido *Prólogo de 1859*, Marx calificó —en polémica con los estudios etnográficos de su época— a toda la historia conocida del ser humano, incluyendo a la sociedad burguesa, como «la prehistoria de la sociedad humana» (Marx, 1980, p. 6). Frente a todos aquellos que, como Hegel, observaban en la consolidación del Estado moderno el punto culminante de la razón humana, Marx efectuó una valoración radical de todas las sociedades en las que la humanidad se ha visto negada sistemáticamente por la escasez; en una lucha interminable por su superación, el desarrollo de las fuerzas productivas puede observarse como un proceso histórico que, si bien ha creado las bases para la construcción de una vida plenamente humana, ha negado a su vez la posibilidad de realización de los



individuos, reduciéndolos a ser meros agentes de la producción de riqueza humana como un fin en sí mismo (Lukács, 2013).

Hoy en día, cuando se experimenta cotidianamente que el desarrollo de fuerzas productivas deja su lugar al desarrollo selectivo y potenciado de fuerzas destructivas que garanticen la prosecución de la acumulación de capital, en contradicción directa con la vida (Bensaïd, 2003, p. 512), resulta fundamental recuperar para la crítica social las conclusiones políticas de la citada expresión de Marx: a pesar de todas sus conquistas, *la humanidad* no ha llegado a realizarse; los logros civilizatorios han tenido siempre un lado bárbaro que denota la ausencia del control auténtico sobre las relaciones sociales, cuya reproducción recuerda el modo de comportamiento de «especies animales individualmente débiles y perseguidas con encarnizamiento» (Marx, 1975, pp. 801-802).

No hay reformas ni técnicas milagrosas que resuelvan la crisis estructural de la sociedad moderna. Cada día es más evidente la necesidad y urgencia de un cambio profundo en las relaciones sociales que posibilite no sólo la continuidad de la vida, sino su transformación cualitativa. Al hablar de «superar la prehistoria de la humanidad», no se hace referencia a un mundo idílico, donde los problemas sociales sean inexistentes; por el contrario:

«[...] la salida de la prehistoria promete y significa, a escala planetaria, el acceso del *homo sapiens sapiens* a una existencia histórica conquistada por generaciones de individuos al precio de inenarrables miserias y sufrimientos, de una gigantesca acumulación de sangrientos y bárbaros conflictos entre pueblos, Estados e imperios. Conquista no del paraíso sino de un espacio geohistórico que ofrece las condiciones materiales de supervivencia en una comunidad mundial donde el reino de la libertad se armonizaría con el reino de la necesidad [...]» (Rubel, 2003, pp. 184-185).

En Marx no podemos hallar ni a un genio del mal productivista ni a un ángel guardián ecologista (Bensaïd, 2003, pp. 455-522); si bien no es posible eximirlo de algunas ilusiones prometeicas de su tiempo, en este capítulo se ha intentado fundamentar por qué la crítica marxiana de la economía política resulta de fundamental utilidad para la comprensión de los problemas de nuestro tiempo. Conceptos como *fetichismo* y *enajenación*, así como un desarrollo de la teoría de la subsunción real del proceso de trabajo bajo el capital, arrojan

consecuencias que rebasan por mucho aquellas que se desprenden de teorías productivistas y estatistas que, incluso en el seno del marxismo<sup>40</sup>, dominan actualmente los debates críticos respecto a la situación contemporánea.

El desarrollo de dichos conceptos es premisa ineludible para la comprensión de la naturaleza de la crisis civilizatoria en que nos encontramos, así como para situar los verdaderos límites del capital, ubicados no sólo en su contradicción con los límites de la biósfera, sino también en la imposibilidad de funcionar sin un sustrato vital, concreto, cuyo funcionamiento espontáneo se opone a la voracidad del capital y, por ello, debe ser reorientado, empobrecido y mutilado incesantemente.

En el siguiente capítulo se llevará a cabo un debate con algunas propuestas teórico-políticas que gozan de cierta relevancia al interior de los movimientos ecológicos anticapitalistas; al ser ajenas —e incluso adversarias— al proyecto de crítica marxiano, se someterá a discusión la actualidad y validez de éste en el contexto de las actuales premisas y perspectivas de transformación social planteadas por la crítica ecológica.

---

<sup>40</sup>«El marxismo vulgar es el que sólo percibe la verdadera pérdida del sujeto social —que es la de su propio carácter de sujeto— bajo su forma productivista y abstracta, como simple pérdida de riqueza económica y de poder estatal.» Echeverría (1998), p. 101.

## Capítulo 3

### La teoría del decrecimiento y la Ecología Social: aciertos y límites de los paradigmas actuales de la ecología radical

*En la historia, como en la naturaleza, la podredumbre es el laboratorio de la vida.*

Karl Marx, *El capital*

#### 3.1. Introducción

La crisis ecológica es la cuestión fundamental de nuestra época. Si bien es cierto que la actual crisis civilizatoria es la expresión de múltiples crisis con diversos grados de profundidad, es la que condiciona materialmente la supervivencia de múltiples formas de vida sobre nuestro planeta la que, con urgencia y desde todos los frentes, nos obliga a cuestionar nuestro actual modo de vida. No hay mucho tiempo. La situación paradójica que expresa el hecho de que la relativa calma social respecto a las cuestiones ecológicas se puede volver una preocupación latente tan sólo cuando la catástrofe revista un carácter irresoluble, hace necesaria una reflexión que incluya distintas temporalidades: acciones inmediatas y proyectos a largo plazo que, orientados con un mismo fin, hagan posible una situación en la que las actividades humanas no signifiquen la negación de la base material sobre la que se sostienen.

Dichas acciones inmediatas deben pasar necesariamente por un momento reflexivo que nos permita cuestionar de manera profunda las alternativas a la crisis provenientes de los defensores del actual sistema. Al ser el capitalismo un sistema que tiene en la «huida hacia adelante» la única elección posible para escapar de sus contradicciones, es un sinsentido pensar en un capitalismo que no crezca, o incluso, que decrezca. Las propuestas

lanzadas por los partidarios de la «modernización ecológica», basadas en el establecimiento de nuevos pactos sociales comandados por un Estado con poderes renovados; en el fomento y desarrollo de nuevas fuentes de energía y «estilos de vida»; la creación de una nueva *civilización material*, ecológicamente sostenible, que brinde la posibilidad de una nueva ola de desarrollo económico sostenido; y la *mercantificación* total de la naturaleza que otorgue a su vez una nueva oportunidad a los hombres de negocios, han sido criticadas de manera sucinta en el capítulo uno del presente trabajo.

Sin embargo, debe tenerse presente que, entre la variadas y abigarradas teorías explicativas y propuestas de acción que han surgido bajo el auspicio de grandes grupos de poder internacionales, no sólo encontramos las mencionadas anteriormente; además, es posible identificar otras que, planteando alternativas supuestamente radicales frente a la crisis, no vacilan en sugerir la necesidad de un exterminio selectivo para alcanzar la estabilidad demográfica, y la creación de regímenes totalitarios en los que, con base en la tecnificación de cada uno de los aspectos de la vida social —desde la manipulación genética de todas las formas de vida, pasando por grandes proyectos de «geoingeniería», hasta el control progresivo de la inteligencia humana—, una vida humana «ecocompatible» se traduzca necesariamente en la represión y sometimiento de su libertad.

Hace mucho tiempo que la crisis dejó de ser un sinónimo de revolución. Nos encontramos en un momento histórico en el que, ante la urgencia de poner freno a la devastación ecológica y dar un giro radical a los principios sobre los cuales se sustenta la vida moderna, resuenan con fuerza los llamados a la aceptación generalizada de la barbarie y la regresión:

«Hoy la "cuestión social" existe para nosotros precisamente en el hecho de que nos hemos levantado hacia la luz de la libertad con los ojos semiabiertos, cargados por oscuros atavismos, antiguas jerarquías y prejuicios profundamente arraigados a los cuales todavía podríamos regresar, si persiste la actual contrailustración del misticismo y el irracionalismo; y esto podría llevarnos a nuestra ruina. Sostenemos una daga proverbial en nuestras manos que fácilmente podría ser utilizada para cortar en ambos sentidos: para nuestra emancipación o para nuestra destrucción.» (Bookchin, 2012, p. 90).

No es casual que, en su libro *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Carl Amery (2002) describa con seriedad los peligros que se ciñen sobre una sociedad en la que, tras los fracasos de la política y las promesas de la modernidad capitalista, los fundamentalismos sean abrazados como la única alternativa viable ante una pretendida voracidad sin límites de la especie humana fundada en el mito del progreso. Ante la pérdida de actualidad de las voces reformadoras de una sociedad que se cae en pedazos, surgen otras que alertan ante la necesidad urgente de un cambio de paradigmas. El capitalismo industrial, así como el modo de vida que éste promueve y reproduce, son quizás los problemas que se encuentran en el núcleo de discusiones en las que predominan la contradictoriedad y la ausencia de consenso; es más, en el seno de las mismas se alberga tanto a aquellos que quieren erradicar el individualismo abstracto capitalista, como a los que buscan suprimir al individuo en cuanto tal.<sup>41</sup>

Este capítulo tiene como propósito realizar un breve análisis de algunas corrientes al interior del llamado movimiento ecologista surgidas de una crítica al modo en que se reproduce la riqueza en la modernidad capitalista y a los valores que la sostienen. Frente a los que, embebidos todavía por la ideología del progreso y de la neutralidad del desarrollo de la tecnología capitalista, proponen una «huida hacia adelante»<sup>42</sup> —con o sin «rostro humano»—, estas alternativas se caracterizan por el reconocimiento de la necesidad de cuestionar radicalmente el actual modo de reproducción de la riqueza social como condición fundamental para la construcción de un tejido social verdaderamente comunitario; frente a aquellos que, por otro lado, proponen eliminar la actual contradicción entre la sociedad y la naturaleza mediante la abolición de uno de sus elementos, se sitúan a favor de la construcción de formas de vida que, basadas en la solidaridad y en una mediación social verdaderamente humana en el mundo natural, tengan como principio el restablecimiento del intercambio orgánico —y no la expoliación unívoca— entre las comunidades humanas y la naturaleza.

---

<sup>41</sup> Sobre estas tendencias antihumanistas en el seno del movimiento ecologista, disfrazadas de argumentos «biocéntricos» o de «ecología profunda» —término acuñado por el filósofo noruego Arne Naess a fines de los años setenta—, alerta de modo pertinente Murray Bookchin (2012).

<sup>42</sup> E incluso frente a aquella minoría «socialista» que, defendiendo una escatología vulgar, relativiza la importancia de la lucha ecológica. Para estos «socialistas», la única contradicción fundamental al interior de la sociedad capitalista es la que definen el trabajo asalariado y el capital; resuelta esta contradicción, las demás se resolverían automáticamente.

En el capítulo anterior fueron expuestas algunas ideas que podrían ser de utilidad a la hora de comprender el carácter fundamental de la crisis ecológica y los resultados de una situación social que nos obligan a elaborar un replanteamiento de las alternativas limitadas al ámbito del conflicto de intereses o a la cuestión de las clases propiamente dicha. Con base en estos presupuestos derivados del discurso crítico de Marx y otros pensadores que han profundizado el desarrollo del mismo, se intentará establecer un diálogo con las propuestas antes mencionadas, que gozan hoy en día de una difusión creciente en el seno de la lucha ecológica anticapitalista. Es cierto: la reflexión ecológica ha tenido hasta el momento un lugar marginal entre los partidarios del marxismo<sup>43</sup>; salvo contadas excepciones, los marxistas, anquilosados en concepciones corroídas por el tiempo y el curso de la historia, van a la zaga en el campo de la reflexión ecológica<sup>44</sup>. No obstante, a partir de los importantes avances alcanzados en los últimos años en este terreno, se intentará introducir en el debate contemporáneo conceptos de relevancia fundamental para la proyección y el alcance políticos del movimiento ecologista crítico del capitalismo y su modernidad.

Con este propósito han sido seleccionados dos autores como interlocutores en esta discusión: Serge Latouche y Murray Bookchin. Al ser representantes clave de dos corrientes dominantes al interior de dicho movimiento, resulta necesario entablar una discusión que parta de los esfuerzos ya realizados, con el objetivo de alcanzar una mayor claridad teórico-conceptual y una creciente capacidad organizativa del único movimiento actual que puede articular distintas luchas por un interés humano general.<sup>45</sup>

Serge Latouche es uno de los principales defensores de la «teoría del decrecimiento», que ha despertado gran interés y polémica en Europa —particularmente en Francia—, además de creciente aceptación entre distintos movimientos ecologistas a escala

---

<sup>43</sup> «La ecología de derecha, así como la de izquierda, se desarrollaron como tradiciones separadas del marxismo.» O' Connor (2001), p. 156.

<sup>44</sup> A pesar de contar con precedentes como el trabajo de Wolfgang Harich, *Comunismo sin crecimiento* (1975), la reflexión marxista sobre la cuestión ecológica tuvo que esperar hasta la primera década del siglo XXI para cobrar renovado interés.

<sup>45</sup> «La crisis ecológica actual es potencialmente capaz de movilizar un apoyo e involucramiento público que es más trascendente y más amplio que cualquier problemática que la humanidad haya enfrentado en el pasado.» Bookchin (2012), p. 173.

internacional; el segundo es uno de los primeros luchadores sociales que, después de la Segunda Guerra Mundial, planteó la necesidad de una crítica anticapitalista a la devastación ecológica, a la noción de progreso y a la tecnología moderna. Murray Bookchin es el iniciador de la que él mismo llama «Ecología Social», un proyecto político inspirado en la reflexión ecológica, utópica y revolucionaria del anarquismo clásico que plantea la necesidad de la práctica ecológica como correlato inseparable de la transformación social, cuya influencia crece entre los radicales norteamericanos, europeos, y entre quienes, convencidos de la caducidad de la política reformista que busca humanizar y colorear de verde al capitalismo, se han encaminado hacia una lucha frontal contra los intereses de aquellos que detentan el poder.

### **3.2. Serge Latouche y la teoría del decrecimiento: ¿Un reformismo radical?**

La publicación del informe *Los límites del crecimiento* por parte del llamado Club de Roma en 1972 es un hito en el ámbito de las reflexiones científicas de carácter ambiental; después de su publicación, y en un contexto de grandes discusiones que permearon diversos sectores de la comunidad científica, surgieron múltiples intentos de insertar los resultados de este informe en un contexto explicativo más amplio que, partiendo de la alerta sobre los peligros de una economía basada en el crecimiento ilimitado y en el consumo irracional, buscaron extraer las consecuencias políticas y sociales necesarias para dar un giro a una situación que desde aquellos años se plantea como muy riesgosa e insostenible.

Inspirada en estudios iniciados en la década de los setenta, como los de economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen —que reintrodujo la ley de la entropía en el análisis económico para considerar la degradación de la materia y la energía como elemento fundamental en la incorporación de los residuos y la contaminación en el cálculo económico— y en la obra de Iván Illich —pionero en el estudio crítico de la sociedad de consumo y la cultura moderna—, la teoría del decrecimiento no llama la atención internacional sino hasta la última década del siglo XX y la primera del XXI; algunos de sus

postulados han sido incluidos en los programas de diversos partidos ecologistas en Europa, e incluso la palabra «decrecimiento» forma parte ya de su léxico cotidiano.

En este subcapítulo se analizarán algunos de los aspectos principales de la «teoría del decrecimiento» con relación a la naturaleza de la crisis ecológica y a las posibles alternativas frente a la misma; para ello, se tomará como fuente principal el libro *La apuesta por el decrecimiento*<sup>46</sup> de Serge Latouche. Como se mencionó anteriormente, Latouche es el principal defensor de dicha teoría, y este libro, al describir de manera sistemática los lineamientos y las propuestas de la misma, resulta de gran utilidad para cumplir el propósito antes mencionado.

### 3.2.1. *Las dimensiones de la crisis y alternativas desde la teoría del decrecimiento*

El aumento de los defensores del decrecimiento en los últimos años parte de una evidencia cada vez menos disfrazada por los promulgadores del discurso tecnocrático y progresista: «el capitalismo nos arrastra hacia una catástrofe ecológica y no serán unos nuevos filtros o unos coches menos contaminantes los que resolverán el problema.» (Jappe, 2009, p. 51) La desconfianza frente a las reformas verdes lanzadas desde el poder, así como ante aquellas alternativas sociales que se limitan a criticar la injusticia distributiva del capitalismo y sus excesos —como las guerras o las distintas violaciones a los derechos humanos— es lo que vuelve atractiva y actual a una propuesta que responde al llamado de un urgente cambio de paradigmas:

«Desde la óptica de la construcción de una sociedad de decrecimiento, el problema no es cambiar el patrón de medida para transformar la sociedad, sino empezar por cambiar los valores y sacar consecuencias para los conceptos. La reevaluación precede a la reconceptualización» (Latouche, 2008, p. 82).

La teoría del decrecimiento reconoce la existencia de una crisis civilizatoria profunda, marcada por el dominio de una economía de crecimiento incompatible con los límites de nuestro planeta; al ser la nuestra una sociedad que no puede existir sin expandir

---

<sup>46</sup> Latouche, Serge (2008), *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona, 277 pp.



constantemente sus fronteras de acción basadas en la producción por la producción misma, los argumentos o artificios diseñados para remediar sus excesos — que por principio no abandonan la «religión del crecimiento»— resultan necesariamente insuficientes o falaces (*Ibíd.*, p. 36).

No obstante, la gravedad del problema va más allá de lo que Latouche concibe como capitalismo; para él, nos encontramos en una situación que supera las dimensiones económicas de una crisis propiamente capitalista, es una crisis que abarca todos los aspectos de la vida social, desde los que atañen a la reproducción material de la vida hasta los más arraigados en la subjetividad y en la vida cotidiana: crisis del modo de producción, pero también de los valores dominantes de la sociedad moderna. Por ello, para Latouche resulta innecesario posicionarse críticamente frente al capitalismo:

«Si no insisto en la crítica específica al capitalismo, es porque me parece inútil derribar una puerta abierta. Esta crítica, esencialmente, fue realizada, y muy bien realizada, por Marx. Sin embargo, no es suficiente con poner en duda al capitalismo, hay que replantear toda la sociedad de crecimiento. Y aquí, Marx falla.» (*Ibíd.*, p. 168).

Al compartir una confianza acrítica en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad de crecimiento, el socialismo ideado por Marx —materializado en la Unión Soviética— y el capitalismo serían dos caras de una misma moneda, distintas expresiones de una fe en el crecimiento y el progreso basado en la abundancia material. Por ello, la cuestión fundamental consistiría, no en criticar la inequidad estructural de la repartición de los frutos del progreso, sino en poner en duda su «espíritu»; objetivos tradicionales de la revolución socialista, como abolir la propiedad privada, eliminar a los capitalistas, suprimir las relaciones salariales y el dinero, sólo podrían ser realizables mediante el terrorismo masivo y generar caos, por otro lado, «esto no bastaría para abolir el imaginario capitalista» (*Ibíd.*, p. 173).

Para abandonar el «totalitarismo» economicista, desarrollista y progresista propio de las sociedades de crecimiento, Latouche considera fundamental una «descentralización cognitiva» que permita abrir espacios nuevos a la capacidad inventiva necesaria para construir una sociedad alejada de los paradigmas dominantes, ésta tendría que ser una sociedad que redujera drásticamente la *carga ecológica* de la actividad humana sobre el

planeta y cuya existencia tuviera como base la austeridad y la revaloración de las «verdaderas riquezas» para alcanzar la felicidad.

Si bien es cierto que Latouche afirma que «el decrecimiento, como tal, no es verdaderamente una alternativa concreta» sino que sería más bien «la matriz que daría lugar a la eclosión de múltiples alternativas» (*Ibíd*, p. 137), esta teoría sí ofrece los lineamientos de un programa de acción necesario para construir *otra sociedad*. En primer lugar, la constatación del carácter destructivo de la tecnología moderna, diseñada para extraer mayores ganancias en beneficio de unos pocos, nos llevaría necesariamente a replantear no sólo la estructura y propósitos de la misma, sino también a realizar un cuestionamiento acerca de las necesidades auténticamente humanas.

Como partidario de la «simplicidad voluntaria», este autor considera que una reevaluación cualitativa de las necesidades obliga a una transformación profunda de la base industrial que sustenta la economía de crecimiento. Si bien él no considera regresivo proponer la creación de tecnologías suaves, fácilmente controlables y reproducibles, no observa con malos ojos una «vuelta atrás» que conlleve la supresión de aquellas esferas de la vida que no respondan a una vida frugal y convivencial; no sería, después de todo, un cambio drástico: la mayor parte de la población mundial lleva actualmente, según este autor, una vida cuyo consumo energético y material se corresponde con un modo de vida ecológicamente compatible:

«Si volviéramos a la 'edad de las velas', la gran mayoría de la humanidad seguiría viviendo como lo ha hecho hasta ahora con una presión mucho menos fuerte sobre sus recursos y culturas. En cuanto a los otros, es decir, a la minoría mecanizada y motorizada, progresivamente tendría que ir utilizando las rotaciones y abonos naturales en sustitución de los fertilizantes químicos, incluso la tracción animal o útiles ligeros de producción antes que una fuerte mecanización» (*Ibíd*, p. 87).

Para conseguir la transformación, Latouche propone un «renacimiento de lo local» contrapuesto a la reciente revalorización de los lugares por parte de distintos gobiernos desarrollistas; al no escapar a las pretensiones de éstos, lo local se convierte en la nueva condición de la competencia entre los lugares, que se ven obligados a ofrecer sus ventajas comparativas a las empresas transnacionales. Para este autor, lo local sólo cobra su

verdadero sentido en un contexto de «posdesarrollo», es decir, en el momento en que lo local signifique proximidad intersubjetiva y reducción de la producción a lo indispensable. La escala local sería, por consiguiente, el ámbito adecuado para la reproducción de la vida humana:

«La relocalización, desde la óptica de un renacimiento, comprende ciertamente el paso de «reencerrar/recompartimentar». En la medida de lo posible, es incluso deseable, tal como se ha visto, volver a la *autoproducción*.» (*Ibíd*, p. 189).

La utopía política de lo local consistiría en crear las condiciones para el surgimiento de una sociedad basada en los principios de solidaridad en un contexto de democracia auténtica. Latouche considera que, ante la inviabilidad «de acabar frontalmente con la dominación del capital y las potencias económicas, sólo queda la posibilidad de ser disidente» (*Ibíd*, p. 193), por lo que la construcción y multiplicación de comunidades locales autogestivas y *sanas* es, para él, la manera más eficaz de hacer retroceder gradualmente a las economías productivistas. Al estar basadas en fuentes energéticas renovables cuya producción y consumo eliminan los gastos innecesarios de transporte y el despilfarro, y al responder a necesidades limitadas y verdaderamente humanas, es en este ámbito de nuevo localismo en el que la democracia ecológica puede ser alcanzada.

*Reconceptualizar, reducir, reestructurar y relocalizar* forman parte de las fases de un proyecto de transformación caracterizado por el abandono del imaginario dominante y la construcción de un nuevo tipo de bienestar social basado en un «decrecimiento sereno» alcanzado gradualmente a través de la toma de conciencia, el ejercicio de una democracia auténtica y la multiplicación de experiencias locales de *convivencialidad*.

Después de realizar este breve esbozo de las propuestas de la teoría del decrecimiento para comprender y escapar de la crisis, se problematizará con algunos aspectos que se desprenden de esta teoría; en particular, la relación que establece entre el capitalismo y la crisis, el carácter de la dominación que ejerce la sociedad de crecimiento y, por último, las ambigüedades que permean sus postulados.

### 3.2.2. *La sociedad de crecimiento y la dominación ideológica*

«¿Cómo salir del imaginario dominante?», con este subtítulo presenta Latouche el objetivo de la obra considerada en este apartado. Al haber indicado la urgencia de un cambio radical del sentido de la vida humana para construir una sociedad de decrecimiento, el autor propone algunas vías de acceso para comprender de qué manera nos domina la «religión del crecimiento» y cuáles son las posibilidades para abandonarla. Consistente en una acumulación ilimitada que se estrella irremediablemente contra la finitud de la biosfera; en el predominio de lo cuantitativo sobre lo cualitativo; y en la producción de múltiples desigualdades sustentadas en un sistema económica irracional e inhumano, la sociedad de crecimiento se parecería a una «megamáquina» capaz de absorber tarde o temprano todas las iniciativas hacia la lógica mercantil.

Para Latouche, que hace referencia constante a los conceptos *fetichismo* y *enajenación* en su análisis, la dominación que ejerce la sociedad de crecimiento tiene un carácter fundamentalmente ideológico. Al tratar de explicar «cómo ha sido colonizada nuestra mentalidad» (*Ibíd*, p. 147), este autor considera fundamentales tres aspectos: la educación, la manipulación mediática y el «consumo de lo cotidiano» (*Ibíd*, p. 151 y ss.); es decir, la sociedad moderna existe gracias a la creación de un sistema escolar que fabrica habitantes identificados con los valores dominantes que, al convivir cotidianamente dentro de una esfera en la que la opinión pública está manipulada gracias a los medios masivos de información, reproducen incesantemente dichos valores y actúan conforme a ellos.

Para abandonar este imaginario opresivo e impuesto desde el exterior, Latouche sugiere, en primer lugar, «salir del imperio de la economía [...] y de la economía política como discurso dominante» (*Ibíd*, p. 155) y construir nuevos conceptos de riqueza que nos permitan descubrir el buen uso de la vida, reencontrar el sentido de los límites y del «justo» valor de las cosas (p. 157). Contra la dominación ideológica propagada por la educación y por la «agresión publicitaria», el autor propone, además, la contrainformación y la contramanipulación como métodos de lucha altamente eficaces; de esta manera, y a través de la multiplicación de ejemplos de comportamiento ético y de la difusión de sus ventajas, una transformación en las conciencias podría ser realizable:

«El cambio de imaginario que permitiría asegurarse el triunfo de una sociedad de decrecimiento, si no se acaba de decidir, se deduce, en cualquier caso, de los múltiples

cambios de mentalidad que serían, en parte, fruto de la propaganda y, por otra, del ejemplo.» (Ibíd, p. 99).

Por consiguiente, en una lucha de ideas racionales y modos de convivencia no perjudiciales, por un lado, e ideas dominantes que sostienen un modo de vida autodestructivo, por otro, la victoria está reservada para aquellas ideas que puedan alcanzar una influencia mayor en la esfera de la opinión pública. A partir de lo anterior es posible pensar que, con el trabajo de la propaganda y el ejemplo de cada vez más personas convencidas en el «decrecimiento sereno», la transformación social puede ser alcanzada en términos graduales:

«Podemos imaginar que la esfera de la sociedad convivencial acabará por absorber y acabar con la de la economía productivista.» (Ibíd, p. 100).

Con base en lo expuesto en el capítulo anterior es posible señalar la insuficiencia y la ambigüedad de las premisas a partir de las cuales Latouche afirma este peculiar carácter de dominación de la sociedad de crecimiento. No obstante que es habitual encontrar en su análisis referencias a los conceptos con los que se intentó problematizar la crisis estructural en dicho capítulo, es perceptible una vaguedad en el uso de los mismos que, extraídos de un contexto explicativo más amplio y más profundo, quedan reducidos a ser una caricatura de su intención inicial. Por ejemplo su idea de «religión del crecimiento», basada en conceptos como *fetichismo*, *enajenación* y *sociedad del espectáculo*, hace únicamente alusión a un engaño ideológico que contribuye a la auto-justificación del *statu quo*; mediante su difusión y reproducción, este engaño sería aceptado cotidianamente por individuos que se ven sometidos por la racionalidad economicista y tecnocrática.

Si bien puede afirmarse que el dominio ideológico pasa necesariamente por un secuestro oligárquico de la esfera de la opinión pública, es decir, por la apropiación privada y el control monopólico de los medios de comunicación, y que frente a éste resultan imperiosas las acciones políticas que contrarresten el sentido apologético de la opinión pública desde el interior de la misma, esto no debe negar el reconocimiento del modo más decisivo y radical en que se lleva a cabo dicho dominio. En dicha esfera:

«[...] no son precisamente las mejores opiniones, las ideas mejor fundadas y los argumentos más coherentes, los que resultan más persuasivos. No prevalecen sobre las otras las ideas que se demuestran capaces de vencer en la contienda racional, sino más bien las que están respaldadas desde afuera de ese campo de la opinión pública por fuerzas extra discursivas o no racionales, sobre todo por aquellas realidades económicas y sociales que lo rodean y que gravitan determinantemente sobre él.»<sup>47</sup>

Porque, como se ha afirmado antes, la batalla de las ideas no se desarrolla en un escenario neutral, en el que las voces más fuertes o más racionales puedan tener mayor o menor grado de convencimiento frente a una opinión pública igualmente «pura» y completamente receptiva, capaz de decidir libremente entre una u otra alternativa de las ofrecidas en dicha batalla. Antes bien, el escenario de esta lucha y sus participantes se encuentran cargados espontáneamente hacia uno de los dos lados: hacia la afirmación acrítica del «poder de las cosas» y su lenguaje<sup>48</sup>; hacia la sumisión bajo poder del dinero en proceso de valorizarse y la aceptación de ser meros vehículos conscientes de dicho proceso, porque:

«En la modernidad capitalista, como en toda la larga historia de las sociedades de mercado, la “fuerza de las cosas”, del automatismo pragmático que las mueve, sigue imponiéndose inexorablemente en la vida y en las decisiones históricas, por encima de la voluntad racional del ser humano.» (Echeverría, 2007, p. 4).

La esfera de la opinión pública, sin embargo, no deja de revestir un carácter fundamental para el capital, pues es precisamente allí donde éste puede traducir la irracionalidad del lenguaje espontáneo del movimiento autónomo de las mercancías en un discurso aparentemente racional que, operante en el ámbito de la producción y consumo de ideas propiamente dicho, tiene la capacidad de convencimiento y ratificación de una *verdad* ubicada, no obstante, en un estrato más profundo de la realidad social.

Por ello, resulta un error caracterizar la dominación como el resultado de la manipulación de la opinión pública y de sus mecanismos de comunicación. Sin dejar de

---

<sup>47</sup> Echeverría (2007), «Discurso de recepción del Premio Libertador Simón Bolívar al pensamiento Crítico», p. 4. Disponible en: *bolivare.unam.mx*

<sup>48</sup> «El fetichismo de la mercancía es precisamente eso: una forma a priori, un código simbólico inconsciente, previo a toda forma posible de acción y de pensamiento.» Jappe, Kurz y Ortlieb (2009), p. 15.

reconocer su importancia, es pertinente decir que su control y manipulación por parte de los promotores de la «sociedad de crecimiento» es sólo un momento de dicha dominación; la praxis enajenada, identificada con la autovalorización del valor, implica ya una interrupción del proceso comunicativo auténtico y la posibilidad de imposición de ideas que sin embargo se encuentran ya contenidas *in nuce* en el ámbito de dicha praxis.

### 3.2.3. *Las ambigüedades del discurso del decrecimiento y sus peligros*

A pesar de mostrar determinación en la crítica de una sociedad presa de la dinámica de crecimiento ilimitado, y absoluta desconfianza frente a conceptos como «desarrollo sostenible» y a reformas que no cuestionan el rumbo marcado por dicha dinámica sino que, por el contrario, buscan revitalizarlo, la teoría del decrecimiento está llena de claroscuros que invitan a una reflexión cuidadosa, pues pese a ser una teoría atractiva debido al cambio radical que propone mediante vías pacíficas e individualistas<sup>49</sup>, las conclusiones que pueden extraerse de sus presupuestos no necesariamente conducen a una transformación total de la sociedad, tal como Latouche reconoce:

«[...] el sistema no es verdaderamente reformable. Sólo se puede mejorar cambiándolo. Por consiguiente, el programa de una política de decrecimiento es paradójico. La perspectiva de poner en marcha proposiciones realistas o razonables tiene pocas posibilidades de ser adoptada, y, menos todavía, de lograrse sin una total subversión.» (Latouche, *ibíd.*, p. 243).

Las propuestas decrecentistas no sólo corren el riesgo de no ser inmediatamente aplicables, sino que, además, al ser ambiguas y poco claras en sus fundamentos, se acercan peligrosamente a otras que, del mismo modo, se oponen contra la sociedad de crecimiento y el modo de vida «occidental», pero desde posiciones de una ultraderecha reaccionaria, antimoderna y, por tanto, antihumanista. Cuando el mismo Latouche reconoce que «la crítica más radical a la modernidad ha sido más extremada en la derecha que en la izquierda.» (*Ibíd.*, p. 171) hace notar una ausencia real en el pensamiento de izquierda sometido secularmente por la ideología del progreso, pero también valida una crítica

---

<sup>49</sup> «Pero atrae igualmente por su rostro amable, que hace creer que se puede alcanzar un cambio radical con un consenso generalizado, sin atravesar antagonismos y evitando fuertes enfrentamientos. Se trata de un reformismo que se quiere auténticamente radical.» Anselm Jappe (2009), p. 51.

aparentemente radical a la modernidad que pretende minar cualquier vestigio de pensamiento humanista y emprender un retorno hacia sociedades basadas en la irracionalidad y el misticismo.

Al hacer una valoración totalmente negativa de «lo Occidental» y lo proveniente del «Hombre Blanco» (Ibíd, p. 225 y ss.), Latouche se convierte en un partidario acrítico de la conservación de las culturas locales «no contaminadas» por el Hombre Occidental; con ello —y seguramente sin saberlo— Latouche se convierte en partidario de un concepto de cultura propio del nacionalismo moderno, para el cual cultivar la identidad de una comunidad consiste en «museificarla» (Echeverría, 2010a, p. 163 y ss.). Valorar de una manera positiva lo no-occidental e identificar su carácter comunitario no significa asumir acríticamente que la única vía para escapar de la modernidad capitalista sea encontrando refugio en lo local y no-occidental, ajeno por completo a la voracidad de la sociedad de crecimiento.<sup>50</sup>

Para finalizar —y aunado a lo expuesto anteriormente— puede afirmarse que, a pesar de su discurso radical basado en su llamado a «salir de la economía», las propuestas «realistas» de Serge Latouche no escapan, en último término, a las formas de la política tradicional, e incluso tampoco a la economía tan vilipendiada con sus slogans, pues este autor llama, como alternativa a la sociedad de crecimiento, a la limitación del tamaño de las empresas para que funcionen según preceptos «verdaderamente liberales»:

«Tal vez, en lo referente al tamaño, se pueda aplicar a las firmas capitalistas lo que la propia lógica liberal consideraba como la condición para una verdadera competencia: ¡que la producción de cada firma no sea más que una gota de agua en el océano de la oferta!» (Latouche, Ibíd, p. 244).

Por ello, el discurso del decrecimiento corre el riesgo de «reducirse a acompañar y justificar el "creciente" empobrecimiento de la sociedad», pues una retórica de la «vida frugal» podría ser de gran ayuda para explicar la existencia de nuevos pobres «y transformar lo que es una imposición en una apariencia de elección».(Jappe, 2009, p. 52) Al

---

<sup>50</sup> «Por lo que se ve, aunque respetuosa tanto del pasado como de lo no europeo, una modernidad alternativa no podría contar con lo no occidental como un antídoto seguro contra el capitalismo.»Echeverría (1995), p. 192.



minimizar la importancia de la crítica del modo capitalista de la reproducción social e identificarlo inmediatamente con lo moderno en cuanto tal, Latouche pierde de vista las contradicciones y los *límites inherentes* al sistema y sólo contempla sus *límites externos*; con ello, y a pesar de los slogans aparentemente radicales, la forma y el sentido capitalista de la reproducción de la riqueza podrían ser conservados en una sociedad de decrecimiento, siempre y cuando respondan a una ética que limite su voracidad y a la satisfacción de necesidades verdaderamente humanas.

### **3.3. Murray Bookchin y la Ecología Social: libertad, descentralización y autonomía como salida a la crisis ecológica**

Desde sus orígenes, el anarquismo considera la relación sociedad-naturaleza como uno de sus temas fundamentales. Los problemas abordados por el anarquismo «clásico», tales como la libertad, la solidaridad y el comportamiento ético, tienen como punto de llegada necesario la reflexión sobre modos de convivencia armónicos entre las comunidades humanas y el entorno natural. No es casual que dos de los grandes teóricos y revolucionarios anarquistas del siglo XIX y principios del XX —Elisée Reclus y Piotr Kropotkin— hayan sido también eminentes geógrafos que contribuyeron de manera importante al estudio de la naturaleza y del desarrollo evolutivo del hombre como ser natural.

Con la caída de la Unión Soviética —enmarcada a su vez por la llamada «crisis del marxismo»—, el anarquismo ha recobrado importancia para una izquierda anticapitalista que busca replantear su camino tras la «experiencia totalitaria»; las manifestaciones recientes contra la globalización, así como el feminismo y el ecologismo de corte radical, son ejemplos de movimientos que recuperan aspectos esenciales de la teoría y la práctica anarquistas para intentar comprender y enfrentar una crisis de dimensiones múltiples, sin hacer concesiones al dogmatismo y a la verticalidad propios del socialismo estalinista.

Si bien al interior del ecologismo anarquista coexisten diversas tendencias — primitivismo, liberación animal, veganismo, entre otras—, este subcapítulo se enfocará en la llamada «Ecología Social» fundada por Murray Bookchin. Contraria a las propuestas románticas e impracticables del primitivismo, y rebasando el carácter fragmentario de las otras corrientes mencionadas, la Ecología Social destaca por su crítico análisis de la tecnología capitalista, así como de las potencialidades emancipadoras de una tecnología verdaderamente humana; además, propone nuevos caminos para comprender la naturaleza de la crisis ecológica y social que rebasen el estrecho economicismo del pensamiento dominante, así como los lineamientos para la construcción de nuevas formas de vida, no encaminadas a la regresión, pero sí al rescate del humanismo y la razón.

Para este propósito, la obra de referencia principal será *Rehacer la sociedad: senderos hacia un futuro verde*<sup>51</sup> de Murray Bookchin, pues este libro —según palabras del mismo Bookchin— resume con claridad las ideas que en torno a la cuestión ecológica fueron publicadas por él en numerosos textos, la mayoría inaccesibles hoy en día. Sin embargo, se han consultado también otras de sus obras, que dan cuenta del desarrollo del pensamiento de un autor clave para la elaboración de una ecología crítica.

### 3.3.1. *La Ecología Social: Causas de la crisis y perspectivas de transformación*

En 1962, año de la aparición del célebre libro *La primavera silenciosa* de Rachel Carson, Murray Bookchin publicaba bajo un seudónimo la obra *Our synthetic Environment* que, al igual que la de Carson, denunciaba los efectos ecológicamente perjudiciales del uso de pesticidas. A partir de entonces —y hasta su muerte, acaecida en 2006— Bookchin consagró su vida y su obra a la lucha ecológica desde una perspectiva anarquista. Testigo activo de las grandes movilizaciones pacifistas y de las revueltas contraculturales en Estados Unidos durante las décadas de la Guerra Fría, Bookchin escribió principalmente como militante de un movimiento libertario que tenía en él a uno de sus principales teóricos, pero también a un incansable crítico de las debilidades y las contradicciones en el seno de dicho movimiento.

---

<sup>51</sup> Bookchin, Murray (2012), *Rehacer la sociedad: senderos hacia un futuro verde*, LOM Ediciones, Santiago, Chile, 205 pp.

Frente a un marxismo subordinado a los dictados ideológicos de la URSS, e incluso ante un sindicalismo anarquista que caía presa del economicismo y del progresismo, Bookchin pugnó siempre por la organización de una resistencia anticapitalista basada en la moralidad y en el reconocimiento de la libertad constitutiva del sujeto. Es a partir de estas premisas que, a lo largo de décadas, se enfocó en la construcción de un aparato teórico-crítico, denominado Ecología Social, cuya finalidad consiste en explicar las causas de la crisis ecológica y las perspectivas de liberación para la humanidad y, por tanto, para la naturaleza.<sup>52</sup> A continuación, se exponen algunos de los rasgos más importantes de la llamada Ecología Social.

Inspirado por pensadores como Proudhon y Kropotkin, Bookchin afirma la existencia de una continuidad entre la evolución natural y la evolución social. Contra todos aquellos que establecen puntos de ruptura y separan tajantemente al hombre de la naturaleza, los anarquistas sostienen que la especificidad del ser humano consiste, únicamente, en ser «una Segunda Naturaleza [...] *dentro* del Reino de la Naturaleza» (Bookchin, 2012, pp. 35-36). Por tanto, al no existir una división entre el hombre y la naturaleza, éste, al vivir en sociedad, sólo estaría prolongando el mundo orgánico del cual surgió y al cual pertenece<sup>53</sup>; las diferencias específicas que históricamente han ubicado al hombre por encima de otras especies, serían únicamente expresiones del desarrollo evolutivo de la naturaleza misma:

«Los grandes logros del pensamiento, el arte, la ciencia y la tecnología humanos no sólo sirven para monumentalizar la cultura, *sirven también para monumentalizar la evolución natural misma*. Nos entregan evidencia heroica de que la especie humana es una forma de vida de sangre caliente agudamente inteligente, excitantemente versátil —y no un irracional insecto de sangre fría, genéticamente programado—, que expresa los mejores potenciales creativos de la *naturaleza*.» (Ibíd, p. 45).

A partir de esta concepción, Bookchin se posiciona con respecto a aquellos que, tanto desde el liberalismo como desde «el marxismo», observan en la relación sociedad-

---

<sup>52</sup> «Debemos buscar *la relación de la sociedad con la naturaleza*, las razones por las que puede destruir el mundo natural, y, alternativamente, las razones por las que ha podido y todavía puede *mejorar, propiciar y contribuir enriquecedoramente* a la evolución natural.» Bookchin (2012), p. 35.

<sup>53</sup> «Los anarquistas afirman que el hombre no es, simplemente, social por naturaleza. La tendencia a vivir en sociedad emergió con él al desarrollarse fuera del mundo animal. La sociedad existía antes que el hombre, y una sociedad que viva y crezca libremente sería, en efecto, una sociedad natural [...]» Woodcock (1979), p. 24.

naturaleza un conflicto resoluble tan sólo con la dominación de la naturaleza por parte de la sociedad; con ello, estas ideologías antropocéntricas y reaccionarias justificarían la opresión y la desigualdad al interior de la sociedad, bajo pretexto de ser necesarias en el proceso de sometimiento de lo natural. El mito de una naturaleza «mezquina» no tendría ninguna utilidad explicativa ni trasfondo histórico alguno, sería tan sólo una herramienta de los opresores para justificar su superioridad; la naturaleza, en realidad, habría tenido, desde los albores de la civilización, una correspondencia enteramente positiva con el desarrollo social:

«No hace falta decir que ni la humanidad "dominaba" la naturaleza, ni la naturaleza "dominaba" la humanidad. Muy por el contrario: la naturaleza era vista como una fecunda fuente de vida, bienestar, en efecto como un pariente providencial de la humanidad, no un amo "mezquino" o "tacaño" que había de ser coaccionado para que entregara los medios de vida y sus ocultos secretos a un hombre fáustico. Una imagen de la naturaleza como "mezquina" hubiese producido comunidades "mezquinas" y participantes humanos interesados en sí mismos» (*Ibíd*, p. 58).

No existiendo un desencuentro entre la sociedad y la naturaleza, ni necesidad alguna que obligara a la especie humana a someter al medio natural bajo su dominio, la crisis ecológica debería encontrar entonces su explicación al interior de la sociedad misma; es ésta —en palabras de Bookchin— una de las contribuciones más importantes de la Ecología Social a la discusión ecológica actual, y la tesis central con la que puede ser resumida la explicación de las causas de la crisis a partir de ella:

«la dominación del humano por el humano *precedió* la idea de dominar la naturaleza. En efecto, la dominación humana del humano dio origen a la *idea* misma de dominar la naturaleza.» (*Ibíd*, p. 52).

Ahora quedaría por explicar cómo es que a partir de comunidades orgánicas que habitaban en armonía con su medio natural surgieron todas las contradicciones que tienen hoy a la especie humana al borde de su desaparición; para Bookchin, que mediante diversos estudios histórico-antropológicos confronta la versión economicista que hace del ser humano un «extranjero» en el mundo natural, el objetivo es «explorar los sistemas institucionalizados de coerción, mando y obediencia que precedieron a la emergencia de las

clases económicas y que no están necesariamente motivados por lo económico.» (*Ibíd*, p. 53).

Por ello, Bookchin se aboca al estudio de las formas culturales de dominación y del surgimiento de las jerarquías en la familia, entre generaciones y sexos, en grupos étnicos y en el conjunto de instituciones de administración política, económica y social que han existido a lo largo de la historia. Contraponiendo a las sociedades jerárquicas y opresoras con las comunidades humanas tempranas —que se reproducían armónicamente en el medio natural en unidad indisoluble con éste—, Bookchin rastrea el momento histórico en que las jerarquías y la idea de dominación se expandieron al interior de dichas comunidades; para él, el surgimiento de las gerontocracias, es decir, el dominio de los viejos sobre los jóvenes, es el punto de inicio de los lazos de dominio y servidumbre que después se apoderarían de la esfera doméstica —sometiendo a la mujer— y acabarían dominando al conjunto de la sociedad con el apareamiento de los modernos Estados-Nación; con éstos, la dominación social se *profesionaliza* y, por tanto, entra en contradicción absoluta con la vida social:

«Sólo cuando la coerción social es institucionalizada en una forma profesional, sistemática y organizada de control social —es decir, cuando las personas son sacadas de sus vidas diarias en una comunidad y se espera de ellas no sólo que la "administren", sino que lo hagan con el apoyo de un monopolio de la violencia— es que podemos hablar propiamente de un Estado.» (*Ibíd*, p. 74).

Para este autor, pues, son las jerarquías, las clases y los Estados los factores que distorsionan el potencial creativo de la humanidad; éstos «definen si la creatividad ecológica de la humanidad será puesta al servicio de la vida o al servicio del poder y el privilegio» (*Ibíd*, p. 79). Identificando de esta manera las causas de la crisis ecológica como un producto auténticamente social, Bookchin se posiciona tajantemente ante el capitalismo como modo de reproducción:

«El capitalismo marca el fin del camino en un largo desarrollo social en el cual el mal penetró en el bien y lo irracional penetró en lo racional. El capitalismo, en efecto, constituye un punto de absoluta negatividad para la sociedad y el mundo natural.» (*Ibíd*, p. 99).

Frente las tentativas de surgimiento de un capitalismo verde y reformado que limite su voracidad y su crecimiento, Bookchin señala de manera pertinente su imposibilidad y la

contradicción que esto representa con base en la comprensión de la dinámica de desarrollo inherente al sistema; la tecnología capitalista, si bien ha sentado las bases para la realización de una vida verdaderamente humana, al escapar de toda restricción moral y representar los intereses del lucro y la dominación, se ha vuelto «intrínsecamente mala [...] no puede tener ninguna justificación» (Ibíd, p. 188), por lo que, con respecto al capitalismo:

«La única opción que tenemos es destruirlo, puesto que encarna todas las enfermedades sociales —desde los valores patriarcales, la explotación de clase y el estatismo a la avaricia, el militarismo, y ahora, el crecimiento por el crecimiento— que han afectado a la "civilización" y envilecido sus grandiosos avances.» (Ibíd, p. 100).

Por consiguiente, nos encontramos ante la necesidad de *rehacer* la sociedad, de construir un proyecto revolucionario que, basado en las circunstancias actuales, rebase los intereses particulares y limitados que caracterizaron a los movimientos revolucionarios del pasado, que represente la emergencia de «un interés humano general que atraviese los intereses particulares de clase, nacionalidad, etnia y género» (Ibíd, p. 170). Para Bookchin, este proyecto tiene su punto de encuentro en la lucha ecológica, en la construcción de alternativas de vida frente a la catástrofe ambiental capitalista; la ética, la razón, la solidaridad, la verdadera democracia y el absoluto rechazo al poder estatal conformarían su núcleo. Al hablar de las características de este proyecto de transformación, debe hacerse alusión necesariamente a lo que Bookchin llamó «municipalismo libertario»; en éste, el proyecto revolucionario esbozado por él adquiere dimensiones espaciales cualitativas, así como el sentido concreto que debe guiar al proceso de reproducción social.

Una de las características principales del «municipalismo libertario» es el rescate de la idea de la ciudad como el *locus* auténtico del ejercicio de la *politicidad* humana. Frente a la urbanización capitalista e industrial, que niega progresivamente al individuo y a su capacidad de decidir en un entorno comunitario, la ciudad, concebida como el terreno de la *humanitas* universal, es el único recinto en el que la libertad individual y colectiva puede ser alcanzada. Resulta claro que Bookchin no tiene en mente aquí a las ciudades que resultan del crecimiento irracional del dominio de lo urbano sobre lo rural; para él, la *idea* misma de ciudad debe ser recuperada para construir nuevas ciudades descentralizadas en escalas que correspondan a la capacidad de carga de nuestro planeta, donde la democracia

*vis-à-vis* y la autonomía frente al Estado y al poder establecido constituyan la fuente de la toma de decisiones. Lejos de representar un proyecto utópico, estas nuevas ciudades

«[...] señalan necesidades apremiantes si hemos de ser una especie viable y vivir en armonía con un mundo natural complejo que está bajo amenaza de ser destruido. La ecología, en efecto, ha presentado las claras alternativas que nos confrontan: o damos un giro aparentemente "utópico" en dirección a soluciones basadas en la descentralización, un nuevo equilibrio con la naturaleza y la armonización de las relaciones sociales, o nos enfrentamos con la muy real subversión de la base material y natural para la vida humana en el planeta.» (*Ibíd.*, p. 185).

Una vida comunitaria y armónica con el medio natural, por consiguiente, sólo podría ser construida en una escala verdaderamente humana; la tecnología, respondiendo a intereses sociales basados en la ética y la razón, deberá a su vez ser modificada radicalmente para abolir los riesgos que se imponen hoy a una humanidad cuyas capacidades técnicas escapan a su control racional y democrático. Estas son las premisas del surgimiento de lo que Bookchin denomina la *Gemeinschaft* [comunidad] «biocéntrica». Previendo conclusiones apresuradas que podrían conducir a pensar que este es una alternativa local, este autor aclara:

«este enfoque presupone que hablemos de un movimiento, no de instancias aisladas donde las personas en una sola comunidad asumen el control de su municipalidad y la reestructuran sobre la base de asambleas barriales. Presupone que exista un movimiento que altere una comunidad tras otra y establezca un sistema de relaciones confederales entre municipalidades; un movimiento que conforme un poder regional por derecho propio.» (*Ibíd.*, p. 184).

Ante el fracaso secular de la idea de la insurrección general obrera contra el capital, la alternativa radicaría, pues, en la construcción de un *contrapoder* y en la búsqueda de *contrainstituciones* que se opongan al poder del Estado-Nación; frente a la encrucijada histórica en la que hoy se encuentra la civilización, esta es la única manera en que, para Bookchin, los más altos ideales de la humanidad pueden ser rescatados de la barbarie nihilista, y en que una verdadera comunidad humana puede emerger de la catástrofe a la que nos ha orillado el modo de reproducción capitalista.

Si bien puede compartirse en lo general el diagnóstico que hace Bookchin sobre la situación actual y sobre la necesidad de superación del capitalismo mediante la

construcción de formas de vida auténticamente democráticas y no destructivas del medio natural, se polemizará a continuación con algunos de los elementos de su «Ecología Social» a partir de la crítica de la política implícita en la *Crítica de la economía política* de Marx; al ser éste un pensador permanentemente denostado por Bookchin, sirva también lo siguiente como un pequeño ajuste de cuentas entre el pensamiento de Marx y el anarquismo antimarxista de este autor, sobre todo con respecto a temas como la *escasez* —concebida por Bookchin como la justificación teórica para la dominación—, la *libertad humana* —absolutizada por Bookchin frente a un supuesto determinismo marxista que la negaría de manera absoluta— y el *carácter de la dominación*, tanto de la sociedad, como de la naturaleza.

### 3.3.2. *Sobre la escasez y el carácter natural de la evolución social en la Ecología Social*

Como se mencionó anteriormente, para Bookchin —siguiendo una línea de pensamiento «clásica» dentro del anarquismo— la evolución específicamente humana no reviste ninguna diferencia sustancial con respecto de la evolución natural, por el contrario, aquélla es la expresión más alta de ésta; la especie humana es el resultado más complejo, hasta el día de hoy, de la evolución de la vida sobre el planeta. Esta posición materialista puede ser compartida en su totalidad. No obstante, la afirmación del carácter natural de la vida humana lleva a Bookchin a rechazar el concepto de *escasez*<sup>54</sup> como elemento clave para la comprensión del particular modo de existencia del ser humano en el mundo; para él, este concepto de carácter estrechamente económico no haría más que justificar —como ya se ha dicho— el dominio sobre la naturaleza y el surgimiento de las desigualdades:

---

<sup>54</sup> En la trayectoria intelectual de Bookchin pueden percibirse cambios sustanciales en lo que respecta a su posición sobre el concepto de escasez; en algunos textos de inicios de los años setenta, por ejemplo, desarrolla —sin saberlo— una noción similar a la del materialismo histórico, que abandonaría posteriormente: «[...] la escasez es más que una situación de recursos insuficientes: para que esta palabra signifique algo en términos humanos, ha de englobar las relaciones sociales y el aparato cultural que nutren la inseguridad *en la mente* [...] Las relaciones humanas y la psique individual en una sociedad que haya rebasado la escasez deben reflejar plenamente la libertad, la seguridad y la expresión personal que hace posible la abundancia. La sociedad post-escasez es la realización de las potencialidades sociales y culturales latentes en una tecnología de abundancia.», «Después de la escasez» [1971], en Bookchin (1979), p. 17.



«Mirando atrás en el tiempo, es justo decir que la evolución natural no es el «reino de la necesidad» estrecho y restrictivo que Marx designó como naturaleza, sino un desarrollo muy fecundo que exhibe un esfuerzo hacia la conciencia y la libertad, por muy débiles que estas cualidades puedan parecer incluso en organismos no humanos sumamente complejos.» (Bookchin, 1999, p. 52).

De este modo, Bookchin se suma a Kropotkin en el reconocimiento del desarrollo de un potencial liberador en la naturaleza misma, una naturaleza que nunca habría sido un «Reino de la Necesidad» sino hasta el surgimiento de las jerarquías al interior de la sociedad humana. Las posiciones de Kropotkin con respecto a la evolución natural no son tema de este apartado, sin embargo, es pertinente mencionar que sus esfuerzos por presentar a la ayuda mutua y la solidaridad como un factor en la evolución de las especies —argumento en contraposición directa al malthusianismo predominante en su época— estaban determinados por un objetivo principal: fundar una ética que diera solidez al proyecto del comunismo libertario (Cf. Girón Sierra, «Introducción histórica», en Kropotkin, 2009).

Partiendo de esta afirmación resulta posible criticar esta valoración idealista, enteramente positiva, de la vida humana y de la naturaleza a partir de los conceptos de libertad y escasez que se desprenden de la teoría marxiana y que han sido desarrollados por diversos autores, no sin antes reconocer que los aportes de Kropotkin cumplen su cometido: dan bases científicas al proyecto de fundación de una ética revolucionaria y demuestran que el apoyo mutuo —y no sólo la lucha por la supervivencia—, tanto en el mundo animal como en la sociedad humana, ha asegurado el mantenimiento de la vida y contribuye al progreso (Mattick, 1956); de ello no se desprende, sin embargo, que entre la vida humana y el mundo natural no exista una *no-identidad* fundamental que explique la especificidad de aquélla dentro del complejo mundo orgánico al que sin duda pertenece.

Debe decirse, en primer lugar, que el concepto marxiano de escasez no está atrapado en el economicismo burgués, tal y como Bookchin afirma; posee, por el contrario, un carácter materialista que afirma que en todas las *sociedades escasas* gobierna la primacía de lo económico por sobre otras esferas de la vida social. Tal como señala Echeverría (1995, p. 99), la percepción de la reducción economicista en la vida social no es lo mismo

que proponerla, por lo que cuando Marx habla de las leyes económicas que rigen la vida moderna, no sugiere que la vida social deba estar regida por leyes abstractas, sino que constata críticamente que esto es así por razones que se explican a partir de un tratamiento crítico del problema de la enajenación constitutiva de la *politicidad* humana en un contexto de escasez.<sup>55</sup>

Si bien el ser humano pertenece al reino animal y, por lo tanto, se caracteriza por reproducir las condiciones de su existencia vital mediante la realización de un proceso de transformación material elemental característico del comportamiento que llamamos «vida» (Echeverría, 1998, p. 160 y ss.), el modo particular en que reproduce dichas condiciones lo distingue radicalmente de las demás especies gregarias.<sup>56</sup> No es el uso de la razón y del lenguaje, ni la capacidad de decidir bajo principios morales lo que distingue al ser humano de aquéllas; la diferencia estriba en que, mientras las demás especies animales se encuentran amparadas por la legalidad natural y el instinto al momento de reproducir sus condiciones de vida, el ser humano se halla «condenado a la libertad», a la necesidad de elegir, de otorgarse una forma social para la reproducción de sus condiciones de existencia, al grado en que esta reproducción de su materialidad *animal* es trascendida, en calidad de pretexto, por la reproducción libre de su materialidad *social* (*Ibíd*, pp. 164-165).

Esta libertad característica de lo humano existe, sin embargo, dentro de un mundo objetivo sujeto a una legalidad propia que escapa, por principio, a la voluntad humana y a su capacidad de construir un mundo conforme a esta voluntad. La adecuación a fines constitutiva de la praxis humana tiene, como rasgo distintivo, un *carácter negativo* que se expresa al estar referida a objetos cuya historicidad es distinta de la del propio ser humano:

«Esta enajenación y alienación de la existencia, esta aceptación de la ley de la cosa, en lugar del dejar-acontecer la propia existencia, es por principio imposible de suprimir [...] no coincide de ningún modo con la resistencia del "material", ni se acaba con la terminación de cada

---

<sup>55</sup> «[...] Marx piensa que es justamente el carácter enajenado de la sociedad capitalista lo que le da a ésta su configuración de sociedad movida por leyes naturales. Situación que para él es grave, sólo en tanto propicia que los individuos sociales estén impedidos de tener una participación consciente-proyectiva en el momento de constituir su ser social. La marcha de la sociedad, nos dice, descansa ahora en la obediencia pasiva por parte de los hombres a una ley objetual que degrada sus posibilidades autoconstitutivas.» Juanes (1982), p. 71.

<sup>56</sup> Por ello Marx expresó en diversos pasajes que lo importante no es el *qué*, sino el *cómo* al momento de analizar la historia de la humanidad.

proceso de trabajo aislado; la existencia está en sí misma dirigida hacia esta objetividad» (Marcuse, 1969, p. 35).

Es esta existencia «transnatural» (Echeverría, 2010a, p. 127 y ss.) del ser humano lo que permite el surgimiento de la *historicidad* en el mundo; el metabolismo entre la sociedad y la naturaleza y su peculiaridad no tienen su raíz en una identificación ideal y ahistórica del hombre con la naturaleza —a pesar de que se parta de argumentos naturalistas—; esta identidad y correspondencia entre el mundo natural y el propiamente humano es una *construcción histórica*, que conlleva necesariamente la transformación del mundo natural —y del hombre mismo—, por principio *no-idéntico*, opuesto a las proyecciones humanas de interiorización de su existencia. El dominio de la naturaleza del que hablaban Marx y Engels —inspirados en la concepción de Francis Bacon (Cf. Bellamy, 2000)— no se basa en su conversión en un mero almacén de recursos que satisfaga la voracidad creciente del hombre industrial moderno, sino en el conocimiento de sus leyes y en la adecuación de la actividad humana a las mismas, lo que permitiría el surgimiento de «un trabajo que, lejos de explotar a la naturaleza, es capaz de ayudarlo a parir las creaciones que dormitaban como posibles en su seno.» (Benjamin, 2008, p. 48).

Esta utopía de un «naturalismo consumado» (Marx y Engels, 1982, p. 617) es compartida tanto por el anarquismo<sup>57</sup> como por el materialismo histórico; no obstante, para aquél, la utopía debe fundarse en el romanticismo y la ética, mientras que para éste dicho naturalismo es la máxima expresión de una «utopía concreta» (Bloch), que reconoce al hombre como ser histórico y, por tanto, a sus posibilidades de liberación también como posibilidades históricas (Marcuse, 1973).

### 3.3.3. *Dominación, ética y libertad: la transformación desde la ecología social*

El tránsito de las posturas éticas hacia posturas económicas es reconocido por Bookchin como el error histórico más grande en la construcción de la utopía socialista

---

<sup>57</sup> «Si vamos a re-ingresar en el continuo de la evolución natural y jugar un rol creativo en ella, debemos re-ingresar en el continuo de la evolución social y jugar un rol creativo allí también. No habrá "reencantamiento" de la naturaleza o del mundo hasta que logremos un "reencantamiento" de la humanidad y las potencialidades de la razón humana.» Bookchin (2012), p. 80.

(Bookchin, 1984). Para él, como ya se ha visto, la dominación social tiene un carácter multifactorial y no estrictamente económico, por lo que la reducción economicista en la explicación de las causas de la dominación, así como en la elaboración de alternativas al capitalismo, constituye una de las razones más importantes de su fracaso hasta el día de hoy.

Realizando una valoración histórica de los intentos de transformación social ocurridos en la época moderna, Bookchin rescata aquellos que han puesto énfasis en la libertad individual y su capacidad para efectuar elecciones que tengan como base el bien social y humanitario<sup>58</sup>; desde los socialistas utópicos y los anarquistas, hasta los intentos de la «Nueva Izquierda» surgida en Europa y Estados Unidos en la década de los sesenta, pueden ser rastreados los elementos para la construcción de una resistencia al capitalismo que tenga como fundamento el accionar libre de la praxis humana basada en la razón, despojada de las ataduras del determinismo establecido por el socialismo marxista.

La oposición frontal al Estado, concebido como un mecanismo de opresión contrapuesto a la sociedad, sería uno de los elementos centrales de la lucha libertaria de transformación social; los riesgos del reformismo y de las estrategias de lucha que hacen concesiones a los espacios políticos abiertos desde el poder son expuestos por Bookchin del siguiente modo:

«La apelación a este poder invariablemente legitima y fortalece al Estado, con el resultado de que, en efecto, disminuye el poder del pueblo. El poder no permite ningún vacío en la vida pública. Todo el poder que el Estado gana siempre lo hace a expensas del poder popular. A su vez, todo el poder que el pueblo adquiere, siempre lo hace a expensas del Estado. Legitimar el poder del Estado es, por tanto, deslegitimar el poder popular.» (Bookchin, 2012, p. 162).

Así, Bookchin explica la revolución como un proceso en el que el poder popular se consolida mediante la acción racional y libre de los individuos decidiendo democráticamente su destino, frente a un sistema jerarquizado de dominio que se opone radicalmente a la razón y a la libertad, y que reduce a los individuos al automatismo y a ser

---

<sup>58</sup> «El individuo es, en efecto, verdaderamente libre y adquiere verdadera individualidad cuando él o ella está guiado(a) por una noción racional, humanitaria y elevada del bien social o comunitario.» Bookchin (2012), p. 124.

tan sólo agentes anónimos de la producción y la circulación mercantil. ¿Cuáles son, sin embargo, los límites de esta perspectiva?

Al manifestar una confianza absoluta en la libertad del individuo que, mediante acciones racionales y humanitarias puede ocasionar, en cualquier momento histórico, puntos de inflexión que conduzcan hacia una sociedad liberada<sup>59</sup>, los anarquistas reproducen lo que Bolívar Echeverría caracteriza como el «mito moderno de la revolución», el cual

«supone que el ser humano está en capacidad de crear y re-crear ex nihilo no sólo las formas de socialidad sino la socialidad misma, sin necesidad de atenerse a ninguna determinación natural o histórica preexistente; de acuerdo con él, la "segunda naturaleza", el conjunto de normas sociales de convivencia comunitaria, es un material neutro o pasivo, puesto a disposición de la actividad del Hombre como sujeto de la "política"» (Echeverría, 1998, p. 68).

La *enajenación de la politicidad*, y su realización autónoma bajo los imperativos del *sujeto-capital* —elemento central de la modernidad capitalista— es pasada por alto por los anarquistas en su afán de atribuir a la voluntad humana su capacidad subversiva arrebatada por el socialismo reformista; el alto grado de convicción ideológica, que sitúa como *inmediatamente presente* el objetivo de la revolución «constituye la grandeza y, al mismo tiempo, la debilidad de la lucha anarquista» (Debord, 2005, p. 89), pues al tiempo que resalta la ética y la libertad como elementos centrales del proyecto de transformación social, descuida el carácter determinante de una *materialidad social* construida con base en la auto-negación renovada de la libertad humana, que la limita a ser el vehículo consciente de la finalidad abstracta del capital.

Es por ello que oponer frontalmente al poder del Estado con el poder de la Sociedad resulta erróneo y engañoso; tanto el uno como la otra reproducen día a día las relaciones

---

<sup>59</sup> «El énfasis que pusieron los anarquistas y los utopistas libertarios sobre la *elección* en la historia creó un punto de salida radicalmente nuevo desde las visiones crecientemente teleológicas de los socialismos religiosos y posteriormente "científicos". Este énfasis explica en gran parte la atención que los anarquistas y utopistas libertarios del siglo XIX pusieron en la autonomía individual, la capacidad del individuo de hacer elecciones sobre la base de juicios éticos y racionales.» *Ibid.*, pp. 123-124.

capitalistas<sup>60</sup>, y nada garantiza que las decisiones tomadas por individuos que —a pesar de ser objetos de la violencia estatal— forman parte de la situación social que asegura su dominio tiendan hacia la liberación de la humanidad y hacia la recuperación de la autarquía política cedida al capital que, bajo sus interminables metamorfosis, no sólo domina la producción de cosas, sino que penetra, cada día con mayor radicalidad, en la personalidad de aquellos convertidos en sus víctimas voluntarias.

### 3.4. Conclusión

Los postulados de la teoría del decrecimiento y de la Ecología Social difieren tanto en sus propósitos como en las vías de su realización, sin embargo, ambas coinciden en algunos puntos importantes:

— En primer lugar, reconocen la necesidad de una transformación social profunda que implique a su vez un cambio radical del sistema de valores dominante en la sociedad; sostienen la urgencia de la equidad y del bienestar general, siempre y cuando éstos se cumplan en el contexto de una reestructuración del complejo tecnológico que responda a necesidades verdaderamente humanas y a la afirmación de una vida no mercantil, comunitaria.

— En segundo, al llevar a cabo sus análisis, tanto Latouche como Bookchin realizan una separación entre el *ser humano como esencia* —ya sea como un ser cultural no contaminado por el Hombre Occidental, ya sea como ser ético que es por principio racional y libre— y el *ser humano como existencia* —es decir, los seres humanos insertos en el «traficar y manipular» de la vida práctica enajenada de la sociedad moderna—. Es por ello que pueden suponer que, más allá de que en la vida cotidiana, dominada por la economía, la existencia del mismo se encuentra subordinada a la realización de fines ajenos a la expresión genuina de su *sujetividad*, la *comunidad humana* y su capacidad *política* de

---

<sup>60</sup> «El «capitalismo» no son sólo los «capitalistas», los banqueros y los ricos, mientras que «nosotros», el pueblo, seríamos los «buenos». El capitalismo es un sistema que nos incluye a todos; nadie puede pretender estar fuera.» Jappe, en Marx (2014), p. 25.

superación de las relaciones de opresión y de construcción de modos de vida radicalmente nuevos se encuentran «ya disponibles», a la espera de un acto salvador que dé un vuelco definitivo y radical al *statu quo*.

En sus *Tesis sobre Feuerbach* —específicamente en la Tesis VI—, Marx afirma que «la esencia humana no es un abstractum inherente al individuo singular. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales» (cit. en Echeverría, 1986, p. 29); con ello, realiza un reconocimiento fundamental que permite pensar las posibilidades reales de la emancipación humana sin recurrir a esencias atemporales y metafísicas que sólo obstaculizan la comprensión de la realidad social. Para los defensores de estos «naturalismos inconsecuentes» (Bensaïd, 2003, p. 517), la praxis resulta ser un mero accidente inesencial para un ser humano que «sufre y contempla la historia del proceso de acumulación como un devenir que le es enteramente ajeno» (Echeverría, 1995, p. 107), pero que, por la misma razón, se encuentra en condiciones inmediatas de subvertir dicho proceso mediante la puesta en práctica de una ética humanista que subyace intacta bajo la enajenación de la vida cotidiana.

Sortear esta división idealista y perjudicial en términos teórico-políticos es uno de los grandes retos para una teoría crítica que parta de conceptos tales como fetichismo y enajenación, pues como afirma Echeverría:

«La existencia de un sujeto de-sujetizado por completo o dotado sólo de una sujetividad defensiva, reducida a ser mera *resistencia* al mundo moderno —dada la pureza de su positividad concreta— y, contrapuesta a ella, la existencia de un objeto sujetizado, ya sea absolutamente abstracto, ajeno a la substancia del mundo social, o dotado de una concreción exclusivamente *destruktiva* —dada la pureza de su negatividad concreta— constituyen supuestos que no sólo carecen de coherencia teórica, sino que desoyen las exigencias que el mundo moderno plantea a la teoría [...]» (*Ibíd.*, pp. 109-110).

El cumplimiento de dichas exigencias pasa necesariamente por el reconocimiento de que el poder del Estado y el *telos* capitalista —así como los valores de «Occidente»— no son potencias autónomas que se impongan de manera unilateral y negativa a un sujeto social abstracto, que aguarda el momento de abandonar la pasividad y liberarse de las cadenas que lo oprimen; por el contrario, estas potencias son la expresión cosificada y

opresiva de un modo específico de convivencia social en el cual los seres humanos no son capaces de elegir libremente la forma —ni el contenido material— de sus relaciones sociales. Éstos no son sólo receptores pasivos de la enajenación, sino que participan *activamente* en ella construyendo día con día la materialidad que afirma el mundo capitalista y lo petrifican como si fuera el único mundo posible, pues es precisamente en él donde la experiencia subjetiva y la praxis social se realizan, si bien de manera mutilada y represiva.

«La superación de la autoenajenación sigue igual camino que la autoenajenación misma», escribió Marx en 1844. Con ello hacía una advertencia de impresionante actualidad: el acceso de la humanidad a su verdadera historia sólo puede ocurrir mediante una ruptura con esa metamorfosis que enajena su *sujetividad* y la sustituye por *la pseudo-sujetividad* del movimiento autónomo de las cosas; únicamente será realizable haciendo estallar los límites inherentes<sup>61</sup> de un mundo construido a imagen y semejanza del capital.

Para la gran mayoría del movimiento ecologista que predica una transformación radical como única vía de resolución de la catástrofe ambiental, opuesta por principio a los totalitarismos y al dogmatismo que heredaron los fracasos del socialismo del siglo XX, pero también a Marx como pensador fundamental para comprender la compleja crisis de nuestros tiempos, resulta de gran pertinencia la conclusión que Michael Löwy extrae después de un minucioso análisis de las propuestas teóricas que hoy encabezan dicho movimiento:

«[...] es imposible pensar una ecología crítica a la altura de los desafíos contemporáneos, sin tomar en consideración la crítica marxiana de la economía política, su cuestionamiento de la lógica destructiva inducida por la acumulación ilimitada de capital. Una ecología que ignora o desprecia el marxismo y su crítica del fetichismo de la mercancía está condenada a no ser más que un correctivo de los "excesos" del productivismo capitalista» (Löwy, 2011, pp. 73-74).

---

<sup>61</sup> «Llevar la ecología hasta el punto en que ya se vuelve incontenible en el marco capitalista, significa primero extender ese impulso dentro del marco capitalista» Marcuse (1973), p. 73.



## A modo de conclusión

En la encrucijada civilizatoria en que nos encontramos, determinada por la premura y la confusión, se abren diversas posibilidades que atañen a la prosecución de la vida social en un contexto de progresiva escasez de recursos y de nuevas catástrofes ocasionadas por los cambios acelerados en las condiciones objetivas de la vida de muchas especies en el planeta, incluyendo la humana.

Si bien es cierto que —como se afirmó en el primer capítulo de este trabajo— el capitalismo y sus defensores contemplan la creación de una nueva *civilización material post-petrolera* que permitiría una nueva ola de crecimiento económico basado en tecnologías «sostenibles» y en el establecimiento de pactos sociales a escala internacional que limitarían el consumo en los países desarrollados y fomentarían el desarrollo para los países que hoy en día no cuentan con las «comodidades» que trae consigo el «progreso», resulta igualmente probable que —como ocurre en el momento en que estas líneas son escritas— el fracaso de las promesas de la vida moderna y la profundización de la compleja crisis actual conduzcan hacia el resurgimiento de fundamentalismos y de ideologías impregnadas del miedo y la inseguridad que ocasionan la escasez y la pauperización progresivas.

Ante el triunfo de los primeros, es previsible que las expectativas llenas de fantasías tecnocráticas y progresistas permanezcan incumplidas; el «New Deal del cambio climático» del que hablan algunos autores para defender la posibilidad de conquistar el pleno empleo con la diversificación de ocupaciones lograda gracias a la creación de nuevos mercados y ramas productivas es absolutamente irrealizable en una sociedad que sobrevive gracias al sacrificio de una parte de sí misma; al mantenimiento, en calidad de excedentarias, de grandes masas de población cuya vida depende de la aceleración o ralentización de los ciclos del capital.

Las nuevas tecnologías que pudieran sustituir al petróleo como patrón energético sin menguar las ganancias de los capitalistas, así como ese «concierto de democracias» requerido para el establecimiento de un nuevo orden internacional, parecen inalcanzables

en un momento en que las grandes potencias internacionales apuestan por la extracción de hidrocarburos hasta sus últimas consecuencias, así como por el retorno a la quema de carbón a pesar de ser altamente contaminante y por el desarrollo de proyectos de enriquecimiento de uranio con fines civiles, pero también y sobre todo bélicos, en un contexto en que las tensiones crecen cada día más entre aquellos países que se disputan la hegemonía económica, política y militar en escalas regional y mundial.

Con el avance y la aceptación de las ideologías reaccionarias, xenófobas y anti-humanistas que hoy parecen dar pasos decisivos en Europa, no es posible esperar más que la aceptación del exterminio selectivo y el establecimiento autoritario de formas de convivencia que, con base en el control de cada uno de los aspectos de la vida social, nieguen al individuo para afirmar a una comunidad artificial basada en el misticismo y en la sinrazón. La experiencia fascista del siglo pasado, lejos de suponer un error irrepetible en una vida por principio democrática, constituye quizás, como dice Carl Amery, un precursor para la historia del siglo XXI.

A lo largo de la elaboración de este trabajo surgían inevitablemente más preguntas que certezas; incluso podría afirmarse que en este periodo histórico de inestabilidad e indeterminación no hay certeza posible, y que la formulación de preguntas que apunten a la verdadera comprensión de la realidad social resulta urgente. Esto debido a las tribulaciones de una izquierda que tras el derrumbe de su referente secular debe reconstruirse alejada de los mitos y los dogmas que dominaron a la izquierda en el siglo anterior.

La impugnación del crecimiento, de la idea de progreso, del desarrollo tecnológico orientado a la explotación de plustrabajo y a la «liberación» masiva de trabajadores, así como el llamado urgente a una transformación radical de los valores dominantes, constituyen los aspectos positivos de aquellos intentos de transformación surgidos en el seno de la crítica ecológica; enemigos de la economía y del reduccionismo economicista, niegan, sin embargo, la validez de un descubrimiento crítico fundamental: *en una situación histórica de escasez, las cosas gobiernan a los seres humanos, que se ven sometidos al movimiento aparentemente autónomo de las mismas como si se tratara de una ley natural.*

Al desconocer esto con el afán de afirmar la libertad del sujeto y su capacidad para realizar elecciones racionales subjetivas en contraposición a un férreo determinismo económico, la crítica ecológica no puede sino afirmar erróneamente que, en un terreno de disputa neutral —ubicado en la esfera de la «opinión pública»—, la batalla se pierde una y otra vez debido al secuestro unilateral de los medios masivos de comunicación o mediante un engaño que parte de la educación y la costumbre, que nos orillan a reproducir una y otra vez relaciones destructivas, irracionales y anti-ecológicas que disminuyen y corrompen a una «esencia humana» que todavía espera el momento de su expresión auténtica.

A partir de la recuperación de conceptos críticos como *escasez*, *cosificación* y *enajenación*, se intentó mostrar el error que supone partir de esas premisas que señalan a la sociedad moderna —por un lado— como el aspecto activo y absolutamente destructor de la configuración de las relaciones sociales y —por otro— al ser humano como un receptor débil pero en esencia positivo y racional de dicha configuración, que únicamente lo oprime y lo «desvía» de su verdadera realidad.

El reconocimiento de que el ser humano no es un receptor pasivo de la opresión, sino que participa activamente en la construcción cotidiana de las relaciones que lo oprimen y de que el capitalismo no sólo viola y disminuye formas naturales «prístinas», sino que busca incansablemente la construcción de un mundo social-natural adecuado a sus necesidades insaciables de valorización permitiría, quizás, clarificar las perspectivas de transformación social en un contexto en que la confusión y la ambigüedad constituyen el ambiente general de las discusiones; abriría la posibilidad de avanzar en la comprensión de la esencia de la tecnología capitalista, así como de las promesas incumplidas de la época moderna.

Nos encontramos en una época de redefinición en que incluso, como afirma Wolfgang Harich (1978, p. 212 y ss.), quizás sea necesario reelaborar el contenido material de la utopía socialista. ¿Será que el «Reino de la Libertad» como realización de la abundancia y de la satisfacción de todas las necesidades sociales es hoy materialmente imposible? ¿La utopía consistirá hoy, por el contrario, en la construcción de un poder que logre frenar el actualmente incontenible desarrollo de necesidades artificiales cuya satisfacción implica la destrucción de nuestro planeta? Lejos de promover el desarrollo de

nuevas necesidades auténticamente humanas, ¿una sociedad racional será aquella que logre hacer un inventario crítico y diferenciador de las necesidades legadas por el pasado?

La respuesta a estas preguntas, de inquietante actualidad, sólo será posible si, superando la enajenación que da vida al capital, la humanidad puede plantearse la cuestión de la libertad auténtica que, como afirma Echeverría (1998):

«[...] no sería el acceso a un mundo angelical, sino la entrada en una historia en la que el ser humano viviría él mismo su propio drama y no, como ahora, un drama ajeno que lo sacrifica día a día y lo encamina, sin que él pueda intervenir para nada, a la destrucción.» (pp. 196-197).

La actualidad de la cuestión ecológica reside, pues, en que para obtener una respuesta satisfactoria a los cuestionamientos antes postulados resulta necesario abandonar la concepción tradicional de la política liberal —y retomada de algún modo por la política marxista en el siglo XX— y abocarnos al descubrimiento y la crítica de la *politicidad* en ese recinto abandonado a la suerte del desarrollo «objetivo» de la ciencia y la tecnología y del funcionamiento azaroso del mercado; ese lugar en que se decide —hoy ciega y destructivamente— la materialidad y el *sentido* del desarrollo de las fuerzas productivas, pues es únicamente la crítica del contenido de nuestras relaciones sociales lo que permitirá vislumbrar alternativas posibles que vayan más allá de la repartición autoritaria de la miseria y la destrucción, o de una tecnocrática *huida hacia adelante* que no garantiza su éxito, y sí parece anunciar hoy en día sus primeros y decisivos fracasos.

## Bibliografía citada

- Bellamy Foster, John (2000), *La ecología de Marx*, El Viejo Topo, Barcelona, España.
- Benjamin, Walter (2008), *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Ítaca, México.
- Bensaïd, Daniel (2003), *Marx intempestivo*, Herramienta, Buenos Aires, Argentina.
- Bloch, Ernst (2006), *El principio esperanza*, Tomo 2, Trotta, Madrid, España.
- Bookchin, Murray (2012), *Rehacer la sociedad: senderos hacia un futuro verde*, LOM, Santiago, Chile.
- (1999), *La ecología de la libertad*, Nossa y Jara, Madrid, España.
- (1984), «6 tesis sobre municipalismo libertario», disponible en [www.institutoanarquista.cl](http://www.institutoanarquista.cl)
- (1978), *Por una sociedad ecológica*, Gustavo Gili, Barcelona, España.
- Brown, Lester (2011), *El mundo al borde del abismo: cómo evitar el declive ecológico y el colapso de la economía*, ECOE, Bogotá, Colombia.
- Cohn, Norman (1995), *El cosmos, el caos y el mundo venidero*, Crítica, Barcelona, España.
- Common, Mick y Stagl, Sigrid (2008), *Introducción a la economía ecológica*, Reverté, Barcelona, España.
- Davis, Mike (2007), *Planeta de ciudades miseria*, Foca, Madrid, España.
- De Palma, Armando «La organización capitalista del trabajo en *El capital* de Marx», en *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 32, Córdoba, Argentina, 1972.
- Debord, Guy (2005), *La sociedad del espectáculo*, Pre-textos, Valencia, España.
- Echeverría, Bolívar (1977), «El concepto de fetichismo en el discurso revolucionario», en *Dialéctica*, Año III, No. 4, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1978.
- (1986), *El discurso crítico de Marx*, Era, México.
- (1994), *Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social*, Facultad de Economía UNAM / Ediciones Nariz del Diablo, Santa Fe de Bogotá, Colombia.

- (1995), *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM / El Equilibrista, México D.F.
- (1998), *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI, México D.F.
- (2006), *Vuelta de siglo*, Era, México D.F.
- (2007), «Discurso de recepción del Premio Libertador Simón Bolívar al pensamiento Crítico», disponible en: *bolivare.unam.mx*
- (2010a), *Definición de la cultura*, Ítaca / Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- (2010b), *Modernidad y blanquitud*, Era, México D.F.
- (2011), *Crítica de la modernidad capitalista*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia / OXFAM, La Paz, Bolivia.
- (2013), *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad*, Ítaca, México D.F.
- Fernández Liria, Carlos y Luis Alegre Zahonero (2010), *El orden de El capital*, Akal, Madrid, España.
- Giddens, Anthony (2010), *La política del cambio climático*, Alianza, Madrid, España.
- Harich, Wolfgang (1978), *Comunismo sin crecimiento*, Materiales, Barcelona, España.
- Harvey, David (2007), *Espacios del capital*, Akal, Madrid, España.
- Heinrich, Michael (2008), *Crítica de la economía política*, Escolar y Mayo, Madrid, España.
- Hobsbawm, Eric (2001), *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, España.
- Horkheimer, Max (2002), *Crítica de la razón instrumental*, Trotta, Madrid, España.
- y Theodor Adorno (2009), *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, España.
- Jappe, Anselm, *et. al.* (2014), *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*, Pepitas de calabaza, La Rioja, España.
- «De lo que es el fetichismo de la mercancía y sobre si podemos librarnos de él», en Marx, Karl (2014), *El fetichismo de la mercancía (y su secreto)*, Pepitas de calabaza, La Rioja, España.

- «Entrevista», en *El Viejo Topo*, N° 258-259, Barcelona, España, 2009.
- Juanes, Jorge (1982), *Marx o la crítica de la economía como fundamento*, BUAP, Puebla, México.
- Klare, Michael T. (2003), *Guerras por los recursos*, Urano, Barcelona, España.
- (2008), *Planeta sediento, recursos menguantes*, Urano, Barcelona, España.
- Kofler, Leo (1972), *Historia y dialéctica*, Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.
- (1975), *Soziologie des Ideologischen*, W. Kohlhammer Verlag, Stuttgart, Alemania.
- Kosík, Karel (1967), *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México D.F.
- Kropotkin, Piotr (2009), *La selección natural y el apoyo mutuo*, Catarata, Madrid, España.
- Latouche, Serge (2008), *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona, España.
- Lefebvre, Henri (1972), *Contra los tecnócratas*, Granica, Buenos Aires, Argentina.
- (2013), *La producción del espacio*, Capitán Swing, Madrid, España.
- León, Efraín y Rosas Landa, Octavio, «Geopolítica crítica de la civilización petrolera», en *Sostenible?*, N° 8, Barcelona, España, 2006.
- Locke, John (2010), *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, Tecnos, Madrid, España.
- Lohmann, Larry (2006), *Carbon trading. A critical conversation on climate change, privatisation and power*, Development dialogue, Uddevalla, Suecia.
- Löwy, Michael (2011), *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Herramienta, Buenos Aires, Argentina.
- Lukács, Georg (1969), *Historia y consciencia de clase*, Grijalbo, México D.F.
- (2013), *Ontología del ser social: la alienación*, Herramienta, Buenos Aires, Argentina.
- Marcuse, Herbert (1969), *Ética de la revolución*, Taurus, Madrid, España.
- (1973), *Contrarrevolución y revuelta*, Joaquín Mortiz, México D.F.
- Martínez Alier, Joan (2004), *El ecologismo de los pobres*, Icaria, Barcelona, España.

- Marx, Karl (1975), *El capital*, Tomo I (Vols. 1, 2 y 3), Siglo XXI, México D.F.
- (1976), *El capital*, Tomo II, Vol. 4, Siglo XXI, México D.F.
- (1982), *Escritos de juventud*, en *Obras Fundamentales* de Marx y Engels, Tomo 1, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- (1985), *Grundrisse (I)*, en *Obras Fundamentales* de Marx y Engels, Tomo 6, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- (2005), *La tecnología del capital*, Ítaca, México D.F.
- y Friedrich Engels (1998), *Manifiesto comunista*, Crítica, Barcelona, España.
- Mattick, Paul (1956), «Kropotkin sobre el apoyo mutuo. Una crítica», disponible en: <http://www.anticapitalistes.net/spip.php?article4613>
- Meek, Ronald L. (Comp.) (1973), *Marx, Engels y la explosión demográfica*, Extemporáneos, México D.F.
- McNeill, John R. (2003), *Algo nuevo bajo el sol*, Alianza, Madrid, España.
- Moscovici, Sergei (1975), *Sociedad contra natura*, Siglo XXI, México D.F.
- Mumford, Lewis (2006), *Técnica y civilización*, Alianza, Madrid, España.
- Naím, Moisés (2006), *Ilícito: cómo traficantes, contrabandistas y piratas están cambiando el mundo*, Debate, Barcelona, España.
- O' Connor, James (2001), *Causas naturales*, Siglo XXI, México D.F.
- Panzieri, Raniero, «Sobre el uso capitalista de las máquinas», en *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 32, Córdoba, Argentina, 1972.
- Rubel, Maximilien (2003), *Marx sin mito*, Octaedro, Barcelona, España.
- Sahlins, Marshall (1983), *Economía de la edad de piedra*, Akal, Madrid, España.
- Samuelson, Paul A. (1985), *Curso de economía moderna*, Editorial Aguilar, Madrid, España.
- Santos, Milton (1990), *Por una geografía nueva*, Espasa-Calpe, Madrid, España.
- Sartre, Jean Paul (1973), «Las elecciones, una trampa para bobos», en *Revista Contrahistorias*, Segunda serie, No. 14, Marzo-Agosto de 2010, México D.F.
- (2004), *Crítica de la razón dialéctica*, Tomo I, Losada, Buenos Aires, Argentina.



- Schmidt, Alfred (1976), *El concepto de naturaleza en Marx*, Siglo XXI, México D.F.
- Smith, Neil (2008), *Uneven development*, The University of Georgia Press, Estados Unidos.
- Stern, Nicholas (2007), *El informe Stern: la verdad sobre el cambio climático*, Paidós Ibérica, Barcelona, España.
- Tronti, Mario (2001), *Obreros y capital*, Akal, Madrid, España.
- Veraza, Jorge (2007a), *Economía y política del agua*, Ítaca, México.
- (2007b), *Leer El capital hoy*, Ítaca, México D.F.
- Veraza, Jorge (Coord.) (2007c), *Los peligros de comer en el capitalismo*, Ítaca, México D.F.
- VV. AA. (2011), *Monthly Review. Selecciones en castellano*, n°11, Icaria, Barcelona, España.
- Woodcock, George (1979), *El anarquismo*, Ariel, Barcelona, España.